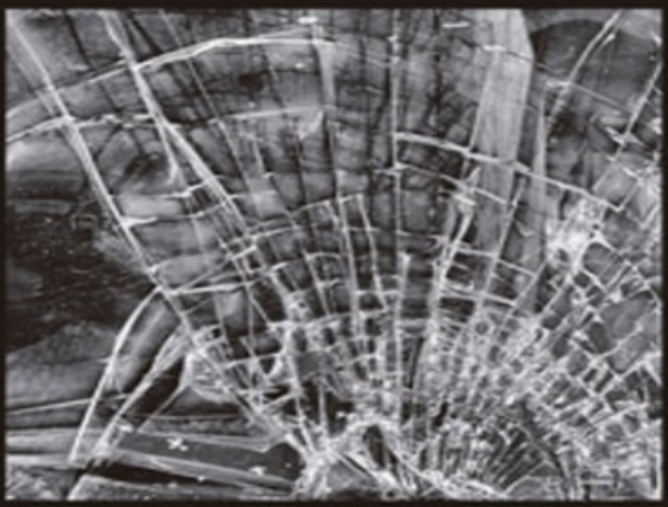
Pablo Nacach



# *Ver y maquinar*

## *La emergencia de una nueva sensibilidad*

ANAGRAMA
Colección Argumentos

# VER Y MAQUINAR

**PABLO NACACH**

ANAGRAMA
Colección Argumentos

Edición en formato digital: abril de 2019

© imagen de cubierta, Stefan 1085

© Pablo Nacach, 2019

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2019
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4017-9

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

*A Raquel y Olga, por orden de a/parición*

Por potente o débil que mi vista sea, con ella alcanzo solo a cierta distancia, y en ese recinto es donde vivo y obro; la línea del horizonte es mi destino inmediato, destino grande o pequeño del que no puedo escapar. De manera semejante nos encierra el oído en un espacio reducido, e igualmente el tacto. En función de ese horizonte, en el que cada uno se ve encerrado por los sentidos como entre los muros de una prisión, *medimos* el mundo, decimos que esto está cerca y aquello lejos, que esto es grande, y aquello, pequeño, esto, duro, y aquello, blando: a ese medir lo llamamos sentir -¡y todo, todo eso, en sí, no son más que patrañas!

F. NIETZSCHE, *Aurora*

# PUNTOS CARDINALES: LA VIDA EN EL CAPITALISMO DE CRISTAL

*Gracias, Vicente, por la inteligencia y por los pliegues*

> La cuna se balancea sobre un abismo, y el sentido común nos dice que la existencia no es más que una breve rendija de luz entre dos eternidades de tinieblas.
>
> VLADIMIR NABOKOV, *Habla, memoria*

Los particulares puntos de vista que asumen memoria y mirada a la hora de organizar el mapa de la sensibilidad y la sensorialidad actual; las técnicas particularizantes que emplea la transparencia como herramienta de control y dominación social; las marcas *made in* Capitalismo de ayer, hoy y siempre que dejan en los cuerpos la máquina, la maquinaria y los mecanismos de producción, acumulación, intercambio y consumo de mercancías, y el formato infantil e infantilizador que está en la base de las prácticas relacionales cotidianas, constituyen los cuatro puntos cardinales que (des)orientan la vida en el capitalismo de cristal.

Acercándose y alejándose según azares siempre complejos de desentrañar, el par memoria/olvido y el par mirada/vista cargan sobre sus espaldas y guardan en sus retinas la difícil tarea de ordenar la emergencia de una nueva sensibilidad.

¿Cuán lejos somos capaces, personalmente, de recordar? Metrónomo suave e insistente, mediante delicados golpecitos en la espalda los latidos del corazón de la madre aplacan la posible angustia del feto, que desde fases tan tempranas comienza su periplo narcisista dentro de esa envoltura sonora que es el útero. ¿Hasta qué punto somos capaces, colectivamente, de olvidar? *Ars memoriae* de dudosa calidad, Google se arroga el derecho legal de

amontonar cada una de las palabras y las cosas que flotan a su aire en el Universo. Al estilo del Aleph borgiano, ese sitio donde están, sin confundirse, todos los lugares del orbe vistos desde todos los ángulos, nuestro motor de búsqueda por antonomasia vomita bulímicamente una memoria que se queda en los huesos. Prótesis omnipresente de memoria externa global, Google se encarga de recordarnos que nada es más complicado de hacer en esta vida que olvidar: el territorio y el mapa de la memoria contemporánea se superponen *exactamente* entre sí.

Con una sociedad empeñada en lapidarnos mediante aquella nietzscheana cantidad tremenda de indigestas piedras de saber que entrechocan en la panza, se hace muy pesado sacar de paseo por las calles del Ser al *animal obliviscens* que anida en nuestras mentes y en nuestros corazones. El Muro de Facebook parece cruda metáfora del vínculo entre la consciencia y los bajos fondos del Yo; *deep Web*, sagaz metonimia del lazo entre el imaginario colectivo y la sociedad.

Sumida en un letargo hipnótico que no hace más que desperezarse, como si un hábil carterista le hubiera robado el ayer y el mañana, en el cruce de caminos señalizado por la memoria y el olvido posa un instante su mirada la vista del presente, que vuela como una mariposa y pica como una avispa en las partes más sensibles de la realidad rev(b)elada.

El par memoria/olvido y la mirada (y la vista) se dan cita técnicamente en el iPad y demás tablets de la familia: máquina registradora en el fondo y almacén de ultramarinos en la forma, el iPad reúne *para sí* una serie privilegiada de idearios históricos y trompicones dialécticos, de imaginerías simbólicas y estructuras ideológicas. Y de igual manera que para explicar el proceder de la memoria Platón utilizó la alegoría de la tablilla de cera que empleaban en sus diálogos Sócrates y Teeteto, Schopenhauer esgrimió la imagen de un paño que reproduce y conserva las dobleces en que ha sido plegado, y Freud se valió de la pizarra mágica escolar para dibujar los trazos y reconstruir los trozos de nuestro aparato psíquico, maquinamos aquí la hipótesis de que el iPad representa la metáfora más acertada para pensar y pensarnos.

Cristal y transparencia(s) constituyen un matrimonio por conveniencia de dicho y de hecho, que ha dado magníficos resultados en las complejas funciones de control y dominación social para las que celebraron sus esponsales.

La principal virtud del capitalismo es una condición natural que trae desde la cuna y que se llevará a la tumba: su fantástica

estrategia adaptativa. En el transcurso de tan solo una década, la que va de la quiebra de Lehman Brothers en septiembre de 2008 hasta hoy, la sociedad gaseosa en la que chocábamos relacionalmente como burbujas, evaporándonos dentro de la olla a presión que cocinaba el capitalismo gaseoso, ha conseguido resetearse convenientemente para encontrarse vivito y coleando, mutando en un capitalismo de cristal pronto siempre a quebrarse o a resquebrajarse, pero nunca a romperse.

Dueño de una salud frágil y delicada, el capitalismo de cristal es materialmente propenso a las quiebras nacionales e internacionales, motivo por el cual requiere cuidados intensivos en forma de rescates financieros, amnistías fiscales y parches impositivos. Propietario de un ánimo taciturno y desaliñado, el capitalismo de cristal está potencialmente expuesto a fugas y filtraciones globales, por lo que precisa adecentarse con lavados de cara, inyecciones de bótox y masajes con final feliz. Debido a la fama de elemento quebradizo del cristal, *fake news* y hackeos están a la orden del día, traiciones que se escurren como anguilas entre sus grietas sistémicas y se introducen como langostas por sus agujeros informáticos. El techo del capitalismo también es de cristal, que corta a rajatabla y a medida a quien osa intentar atravesarlo, mientras que su mandíbula de cristal lo expone a sufrir los más espectaculares *knock-outs*.

Una cualidad inherente al propio cristal nos ofrece las prestaciones materiales más fabulosas: la transparencia que le viene incorporada de serie. Permitiendo ver pero no tocar, fundiendo y confundiendo proximidad y distancia, comportándose como subterfugio legal de clase ociosa y planificando el menú del inconsciente óptico contemporáneo, el cristal capitalista nos sumerge de lleno en la emocionalidad moral del mundo. Es la *perspicuitas universalis*, una formidable herramienta de administración de la vida, perfectamente capacitada para vislumbrar los más ínfimos microorganismos del Espacio y los agujeros más negros del Tiempo.

Máquina, maquinaria y mecanismos combinan, con su habitual maestría *made in* Capitalismo, un sinfín de saberes prácticos y de poderes fácticos en el proceso de construcción social del individuo, elevándose como uno de los más poderosos y letales tridentes de la historia de la humanidad. En el ámbito de una yerra lúdica y festiva para quienes empuñan los hierros candentes y lúgubre y sombría para quienes recibirán la firma en el anca, la mercancía más rentable del capitalismo de cristal ha sido marcada a fuego con un tatuaje indeleble que la estigmatiza como lo que, desde tiempos

antiguos, verdaderamente es: un *instrumentum vocale*, al que solo le ha quedado el habla como fuerza productiva para la lucha.

La polución que, por un lado, pinta de negro el sol y las calles, las fábricas y las literaturas, y el ruido ensordecedor que, por el otro, oscurece el arco sinfónico de las escuchas sociales, se elevan como marcas capitalistas que, desde sus inicios industriales, adquieren permiso de libre circulación para convertirse en lazos federadores de sentido. Y ello a pesar de que hubiera sido posible evitar tanto derroche energético e insalubridad fabril llevando a cabo unos pequeños retoques técnicos. ¡Pero si, precisamente, el derroche de energías y la ostentación de fuerzas suponen las marcas mejor valoradas por el capitalismo en su sempiterno deambular al borde del precipicio y al filo de la navaja!

¿No posee, cada época determinada, una larga procesión de objetos fetiche preferidos con los que se exhibe y pavonea, trabaja y explota, juega y educa? ¿No forja, cada momento histórico concreto, un amplio catálogo de obsesiones personales y esquizofrenias colectivas que lo define y encierra? ¿No surge, de cada era puntual, una estructura adictiva hegemónica y un régimen específico de metáforas de dominio?

Ayer, el capitalismo industrial dio a luz a un sistema de pesos y medidas que privilegió los objetos grandes y pesados, todos inefablemente teñidos de hollín y de carbón. William Morris veía titánicas catedrales en los buques que surcaban los mares: la pesada inmensidad y la colosal envergadura de la máquina de vapor, la locomotora y el transatlántico dotaron al momento originario del capital de un criterio de eficacia directamente proporcional al tamaño XL y al peso pesado de sus máquinas, maquinarias y mecanismos.

Hoy, el capitalismo de cristal no alumbra la aparición de objetos nuevos, sino que más bien propicia su adiós: la tendencia simbólica a la desaparición de los objetos técnicos es la gran revolución que cautiva la fantasía de nuestro tiempo. La Nube es el arcón de mayor capacidad e ingravidez de la historia de la civilización, pocos *gadgets* resultan tan livianos como Spotify, ningún mando a distancia resulta más inmaterial que jugar en modo *neuorogaming*, y cargada de adrenalina está la sensación de ser poseedores *sharing* de pisos, coches, bicicletas y patinetes eléctricos repartidos por la ciudad sin ser realmente propietarios de ninguno. Como el diablo, también la transparencia mete aquí la cola para vendernos más (fr)ágil y ligera que nunca la vida en el capitalismo de cristal.

Juegos, jugadores y juguetes hacen sus apuestas en una ruleta

rusa de la que siempre sale disparada la misma bala perdida, aquella que acierta de pleno en el ánimo del *puer ludens* que todos llevamos dentro.

Infantilismo, etapa superior del capitalismo: he aquí el título de nobleza, o el código de barras, que con mayor acierto refleja el carácter del curso que han tomado las relaciones personales en el mundo actual.

¿Qué rito de iniciación al modo de producción infantilista es más fiable que desnudar completamente al Ser, eliminando sus secretos mejor guardados en un rincón del corazón? La transparencia absoluta y la visibilidad total son las herramientas más idóneas para conseguir una exposición mediática permanente. ¿Qué mito de arraigo al modo de comunicación infantilista ofrece mayores garantías de éxito que anular virtualmente las distancias espaciales y los desajustes temporales, procediendo a elaborar una macrooperación fusional que funde y confunde al realizador con lo real, al realizado con la realidad? La inmediatez rutilante y la simultaneidad visceral son los instrumentos que mejor se ajustan a las actividades de *Mergers & Acquisitions* del presente.

Es pan nuestro de cada día sentirnos encantados con la sociedad pueril que habitamos, cuando el mismísimo Hijo de Dios nos enseña la misión infantoevangelizadora de Su legado en Lucas 18:15-17 y en Marcos 10:13-16, donde sucede que «le presentaban también los niños pequeños para que los tocara, y al verlo los discípulos, les reñían. Mas Jesús llamó a los niños, diciendo: "dejad que los niños vengan a mí y no se lo impidáis; porque de los que son como estos es el Reino de Dios. Yo os aseguro: el que no reciba el Reino de Dios como un niño, no entrará en él"».

De esos juegos en los que ningún contendiente gana sino que uno pierde más despacio que el otro, viajar se eleva como el más característico: al igual que el tiburón, que carece de vejiga natatoria de flotación y no puede dejar de nadar, el *homo viator* contemporáneo tampoco parece capaz de detenerse. Pero viajar es más un juguete que un juego, del que se desprende como una insólita protuberancia el tipo ideal de acción racional con arreglo a fines, un turista con denominación de origen que transita circuitos sin pérdida de ida y vuelta, disfrazando su (in)quietud errante con máscaras de frenesí y excentricidad.

Pocos objetos resultan menos inocuos e inocentes que los juguetes: si no se pasan los minutos construyendo diálogos taciturnos entre ellos y su cultura, matan las horas reproduciendo a escala el universo adulto que se impone a la *infantia*; si no se tiran

los días urdiendo planes para favorecer el ingreso de los más pequeños en el aparato ideológico del Estado Mayor, estiran las noches soñando con convertirse en símbolos técnicos del Progreso. Y si, una vez descartada, despanzurrada y reparada, hasta la muñeca más principesca se convierte en una estimada camarada proletaria en la lúdica comuna infantil, como refería Walter Benjamin, los adultos, en cambio, tienen muy claras sus opciones. Así, los juguetes por excelencia del capitalismo de cristal son el automóvil, líder carismático que conserva una autoridad ganada a golpe de petulancia y velocidad; el reloj, fetiche de alta gama que no se ha dejado en las cunetas de la historia ni un ápice de su prestigio social, y el teléfono móvil, artilugio autoerótico que forma parte ya del propio organismo y se eleva como cabestro que tira de la consciencia por las calles relacionales del inconsciente social.

Cuatro briosos caballos montados por raudos jinetes parecen situarse junto al extremo de cada punto cardinal, donde una cuerda trenzada con desechos de historia y eternidad ha sido atada y bien atada a unos cuellos ligeros como la transparencia y quebradizos como el cristal.

El que monta un corcel blanco porta el arco y la corona de la victoria, el que acude en un alazán trae consigo la espada de la guerra; el que cabalga en un corcel negro es dueño de la balanza del hambre, el que se acerca en un bayo ha reunido la fiereza mortífera de la tierra entera.

Cada jinete espolea a su caballo, que tira con todas las fuerzas de la realidad: la imagen que podemos visionar en *streaming* es esa extraña cosa a la que habitualmente llamamos «sociedad».

# «ANIMAL OBLIVISCENS»: MEMORIA, MIRADA Y VISTA

> ¿Y de qué vale recordar el pasado cuando no soy en absoluto capaz de escaparme de mí mismo?
>
> F. DOSTOIEVSKI, *El eterno marido*

## (*A la*) *par memoria/olvido*

Cuando ya desde las primeras páginas de *El malestar en la cultura* Freud sugiere que «el hombre ha llegado a ser un dios con prótesis: bastante magnífico cuando se coloca sus artefactos, pero estos no crecen de su cuerpo y a veces aún le procuran muchos sinsabores»,[1] parecía tener en mente la idea de que, por más que los diversos artefactos protésicos fueran capaces de ampliar el rango de la percepción individual y de la acción derivada de ella, no dejaban de cumplir la función de unas simples muletas. Y si bien la muleta puede resultar una ayuda eficaz para que la tibia de la pierna suelde su fractura, el ojo que arrastra presbicia acceda a lo escrito, o la fragilidad de la memoria se vea obligada a recordar que la letra con sangre entra, siempre será de inferior calidad a la que ofrece una pierna, un ojo o una memoria *sanos*.

La cosmovisión freudiana responde al sentido etimológico literal del término *proth˘esis*, que supone la «adición de un sonido al principio de una palabra». Actualizándolo al abrigo de la cibernética, por ejemplo, una prótesis puede ser entendida como la parte autonomizada de un todo al que entonces altera, y al que puede llegar a sustituir. En cierta medida, esta es la visión del mundo protésico que sostiene Baudrillard en sus soflamas, para lo cual toma como ejemplo principal el código genético del ADN, donde «el elemento indiferenciado más pequeño es cada célula de un cuerpo que se convierte en una prótesis "embrionaria" de ese cuerpo».[2] La prótesis así encapsulada en la molécula de ácido

desoxirribonucleico no suplirá directamente a un órgano que fallece, ni ayudará indirectamente a otro órgano que desfallece, sino que se transformará en una matriz abstracta capaz de contener toda la información genética del cuerpo individual. Que cada individuo sea capaz de «*prolongarse indefinidamente por sí mismo*»[3] es el objetivo simbólico e imaginario de esta operación de cirugía mayor con tintes éticos y estéticos cargada de realidad.

¿Simbólico e imaginario? Tocado en sus fibras más íntimas y herido en sus más profundos sentimientos, lo real toma las riendas del asunto, o así parecen indicarlo las conclusiones del trabajo de investigación «In Vivo Amelioration of Age-Associated Hallmarks by Partial Reprogramming», publicado en diciembre de 2016 en la revista *Cell*, en la que el equipo de Juan Carlos Izpisúa, a la sazón investigador del Laboratorio de Expresión Génica del Instituto Salk de La Jolla, confirma fehacientemente que roedores tratados con un método de reprogramación celular que mejoraba la función cardiovascular vivieron un 30 % más de tiempo que los roedores no tratados. Por lo visto, sabios y científicos de todo el mundo llevan años subrayando que el ser humano no está programado para envejecer y morir, sino para sobrevivir.

Hoy asociamos con claridad la máquina capitalista a una fuerza productiva, pero en la primera mitad del siglo XIX los fantasmas de Ned Ludd, del capitán Swing y de las hijas de Rebeca pagaron no pocos platos rotos por creer que el encarnizado enemigo a destrozar a martillazos o a incendiar con la tea era la máquina productora y no el mecanismo de producción. Bastante tiempo atrás había sido máquina el sometimiento del fuego, que mejoró la digestión, mantuvo alejados a los animales del entorno y permitió la elaboración de los primeros *chats* de redes sociales al calor del mecanismo de la hoguera. Someter al fuego representó una grandiosa conquista cultural, resultado de la hazaña del primer homínido capaz de dejar de lado su impulso sexual infantil de extinguir el fuego con su orina cada vez que se lo encontraba en su camino.

Freud pensaba en el robo mítico del fuego a los dioses perpetrado por Prometeo, además de hacerlo en Servio Tulio y su libidinal calor del fuego, en el ave Fénix y su falo reanimado después del acto sexual, o en Heracles quemando con fuego la cabeza del dragón acuático encarnado por la Hidra de Lerna. En el siglo XVI, a través de una serie de estampas narrativas de *Gargantúa y Pantagruel*, François Rabelais se hace eco de una época en la que

«la idea de renacimiento, de fecundidad, de renovación y bienestar estaba viva y era perceptible en las imágenes de excrementos y orina, presentadas bajo su aspecto alegre y cómico»,[4] según nos cuenta Bajtín. En *Los viajes de Gulliver*, Jonathan Swift narra cómo Gulliver apaga el incendio que estalla en el palacio de la reina de Lilliput con su orina, y de qué manera se le permite optar, como castigo, entre la muerte y la pérdida de los ojos: Edipo pisa fuerte a comienzos del siglo XVII.

A partir de la apropiación y del empleo del fuego comenzamos a escribir las primeras páginas de una historia de la técnica a la que pedimos protección de muy diversas maneras, y así:

> Los seres humanos han buscado siempre protección. Lo que *protege* es un *techo*, un *tejido*, un *texto*: lo que protege es la *técnica*. Mediante la técnica evitamos la exposición al azar, producimos un ámbito en el que todo es previsible. El *techo* nos cubre, el *tejido* nos abriga, nos sumergimos en la lectura del *texto*.[5]

Será útil recordar, sin embargo, que el fuego y el humo del fuego embotan y adormecen el sentido del olfato, por lo que dará comienzo así el primer *round* de uno de los grandes combates pugilísticos vitales: el que mantienen los sentidos entre sí.

«¿Y si todo fuera», se pregunta Hoffmann finalizando «Los autómatas», «el resultado del conflicto de extrañas asociaciones psíquicas que tienen lugar entre varias personas, y que, una vez en nuestras vidas, atraen a su círculo algunos hechos independientes, de forma que los sentidos engañados lleguen a considerar las alucinaciones como ajenas a él?»[6]

En detrimento del sentido del olfato, el sentido de la vista será el que marque el rumbo de la sensorialidad humana; o, para decirlo con las palabras de Guy Debord, «el sentido más abstracto, el más mistificable, es el que corresponde a la abstracción generalizada de la sociedad actual».[7] Y esto ocurre así, entre otras cuestiones, porque el sentido de la vista puede ejercer un control permanente del espacio de un mundo en constante expansión, mientras que el olfato solo es capaz de hacerlo de manera intermitente y localizada, embotado como ha sido «construido». He aquí la base de la concatenación evolutiva que Freud serializa en *El malestar en la cultura*, recorrido que incluye «la desvalorización de las sensaciones olfatorias y el aislamiento de la mujer menstruante, el predominio de los estímulos visuales, la visibilidad de los órganos genitales y la fundación de la familia, con lo que se llega al umbral de la cultura

humana».[8] Nuestra cultura ha sido edificada a la medida de nuestros sentidos de superficie, la vista y el oído, que en la construcción social de la realidad han ganado el pulso a los sentidos de profundidad, el olfato, el tacto y el gusto.

Carecemos hoy en día de espejos para multiplicar la percepción de nuestro olfato, no disponemos de gafas para aumentar el sabor de comidas y bebidas, tampoco la maquinaria médico-política desplegada en el interior de cada organismo ha patentado para la piel un fármaco de carácter hiperestésico que no se confunda con el LSD: las consecuencias palpables del olfato, el gusto y el tacto, sentidos de profundidad y riqueza, solo pueden acumularse en esa misteriosa vasija de Pandora a la que rotulamos «Memoria», ese viejo almacén de ultramarinos que generalmente cerramos a cal y canto «después de haber fijado el recuerdo con pelos y señales, envolverlo de pies a cabeza en una sábana negra y colocarlo parado contra la pared de la sala, con un cartelito que dice “Excursión a Quilmes” o “Frank Sinatra”».[9] A diferencia de lo que ocurre con la vista y el oído, sentidos de superficie constantemente presionados por el enfoque ideológico dominante, Mnemosyne y Lete actúan sobre el gusto, el olfato y el tacto de un modo considerablemente más azaroso, único e intimista.

También la memoria y el olvido, protagonistas de una identidad inseparable -cuando el uno aparece, el otro se da a la fuga; cuando el otro entra en *shock*, el uno se sienta a meditar-, reciben aquí tratamiento de «sentido de superficie». Cuando menos por la excepcional maleabilidad que el par memoria/olvido muestra en manos del sincronizado correaje ideológico que nos habita, por la solícita sumisión con que se comporta a los ojos de la milimetrada realidad que nos controla.

Bien bajo la forma de objetos prácticos como gafas y papiros, cuernos huecos y audífonos, pósits y ordenadores, bien siguiendo la estela de idearios léxico-políticos no menos concretos como democracia representativa y separación de poderes, derechos humanos y libertad de expresión, comprobamos que la ingente cantidad de memorias externas desarrolladas técnicamente a lo largo de la historia de la civilización, por así llamarlas (a la historia y a la civilización), se ha enfocado a la fabricación de aparatos encargados de reforzar las funciones y prestaciones sensoriales de los sentidos de superficie «clásicos», la vista y el oído, y del no menos manipulable sentido de superficie recién incorporado a nuestro análisis: el par memoria/olvido.

¿No semeja Google una *ars memoriae* vulgar y chabacana, que almacena todo sin memorizar nada, de la que se avergonzaría el mismísimo Simónides de Ceos? Google es, también, un artefacto protésico de memoria externa, y puede ser pensado como un gigantesco pósit recordatorio pegado en la puerta de la nevera del Universo, en el que se hallan apuntadas, sin excepción, todas las palabras y cada una de las cosas que jamás pueden olvidarse, so pena de fulminante expulsión del sistema mnémico general. Pero estas palabras y estas cosas se hallan ocultas tras una pantalla, en una especie de segundo plano, disponibles para el usuario siempre y cuando introduzca correctamente su contraseña y haya leído y aceptado los términos y condiciones de uso. Así, Google no es yo, tú, él, nosotros, vosotros o ellos: es un tercero aparte y afuera, un sujeto exterior sin pronombre propio que almacena recuerdos por nosotros; así, Google es el «cronométrico» Ireneo Funes al que el Borges narrador escucha articular «con moroso deleite un discurso o plegaria en latín que después supe que formaban el primer párrafo del vigesimocuarto capítulo del libro séptimo de la *Naturalis historia* de Plinio, cuya materia es la memoria».[10]

Contradicción generadora de vacío, cogidos de la mano de Google pasamos de la *tabula rasa* a la *tabula plena* en las milésimas de segundo que tarda el motor de búsqueda en encontrar(se): incitados por un lado a recordarlo todo, forzados a situar en la fiel memoria el principio activo de toda comunicación personal y social, nos vemos por otro lado obligados a olvidarlo todo, apremiados a dejar que un tercero desconocido recuerde por nosotros.

Con las siguientes sentencias resume Nietzsche nuestras sensaciones googleanas, en la enciclopedia apócrifa que socarronamente titulara «Manual de formación interior para bárbaros exteriores»:

> Concluye el hombre moderno por arrastrar consigo una cantidad tremenda de indigestas piedras de saber que entrechocan en su panza (…) con tal de que la memoria sea excitada siempre de nuevo, con tal de que afluyan cada vez nuevas cosas dignas de saberse que uno puede guardar bien arregladitas en los cajones de esta memoria (…) llenándonos con exceso de épocas, costumbres, artes, filosofías, religiones y conocimientos ajenos para llegar a ser algo digno de atención, esto es, enciclopedias andantes, que es como nos calificaría tal vez un antiguo griego que se extraviase en nuestra época.[11]

Engendradas para «defendernos de la transitoriedad inherente a la mortalidad de la memoria»,[12] según la conjetura que Draaisma pone en circulación en su minucioso *Las metáforas de la memoria*, desde sus respectivos nacimientos, cada una de las memorias artificiales protésicas comienza ya a formar parte del organismo individual y del cuerpo social. Vinculándose y socializándose simbióticamente, en más de un aspecto este íntimo devenir asociativo nos recuerda el violento proceso histórico que transformó la herramienta en máquina, momento culminante en el que el trabajador pasó de servirse de la herramienta para hacer sus labores en la manufactura y el artesanado, a servir él mismo a la máquina. Porque, como asegura Marx, en lugar de que el individuo trabaje con su herramienta «es la máquina la que maneja ella misma sus herramientas, convirtiéndose en un apéndice viviente de un mecanismo inanimado independiente de él».[13]

Pero el ser humano se convierte siempre de algún modo en la herramienta que aferra, en el instrumento que toca, en el protagonista de la novela que lee.

*Del Wunderblock al iPad*

Un poco como quien no quiere la cosa, en el otoño de 1924 Freud utilizó la pizarra mágica para caracterizar metafóricamente el funcionamiento de nuestro aparato anímico de la percepción, por lo que no solo contribuyó a expandir comercialmente el incipiente negocio de los Wunderblock escolares, sino que prefiguró también el nacimiento del iPad (y demás tablets de la familia) como terminal protésico de memoria externa por excelencia del actor social contemporáneo, una metáfora privilegiada del *modus operandi* mediante el cual, aquí y ahora, la sociedad se asimila anímicamente a sí misma. Extraño proceso de asimilación anímica del presente, por otra parte, que podría ser descrito como un movimiento social de regurgitación bulímica continua, en el que las funciones de confesar y vomitar tienen una presencia, al menos, un puntito mayor que las de comer y tragar: siempre queda algún resto de comida en el plato social y algún resto de confeti en el plató de la sociedad.

Ese «pequeño artificio que ha aparecido en el comercio y promete un mayor rendimiento que la hoja de papel» reseñado en sus notas por Freud, y en el que una hoja de celuloide era la cubierta que protegía al papel encerado de los influjos dañinos que vienen de afuera, era entendido por él como la analogía más

pertinente a la hora de explicar el sistema Preconsciente y su amplia red de protecciones contra las excitaciones del exterior que podían atravesarla, convirtiéndose en experiencias traumáticas.

El empleo de la pizarra mágica como metáfora le sirvió a Freud para atacar un problema de elevada complejidad teórica y difícil solución clínica: la cuestión de cómo reunir las operaciones del estrato receptor de estímulos que no forman huellas duraderas, por un lado, con los fundamentos más profundos (y entendemos que más duraderos) del recuerdo, por el otro, «*distribuyéndolos en dos sistemas separados que se vinculan entre sí*».[14] No deja de ser una bonita imagen pensar el Yo, el Ello, el Superyó y el resto de los innumerables sistemas psíquicos implicados en establecer contacto con el mundo de estímulos exteriores e interiores, moviendo con manos temblorosas las antenas de un aparato de sintonización con tremendas dificultades para captar la señal más nítida, como ocurría con esas radios o esos televisores a los que era más bien necesario darles un buen golpe (de efecto).

Cierta plasticidad, cierta maleabilidad, cierta influencialidad de *lo* memorizado y de *lo* olvidado pueden vislumbrarse en la concepción freudiana del aparato psíquico del ser humano, por así llamarlos (al ser humano y al aparato psíquico). Un hilo conductor más o menos fiable es capaz de establecer entonces contacto entre lo recordado y lo desechado, de vincular lo consciente con lo inconsciente con lo reprimido con lo negado con lo sublimado con lo resistido con lo renunciado, aunque más no sea porque «en la vida psíquica nada de lo una vez formado puede desaparecer jamás; todo se conserva de alguna manera y puede volver a surgir en circunstancias favorables, por ejemplo mediante una regresión de suficiente profundidad».[15] El par memoria/olvido no actuaría entonces como mera *vis inertiae*, que diría el Nietzsche genealogista de la moral, sino más bien como exhaustiva *vis corporis*, que digo yo.

La infalibilidad de la memoria informática y computacional, sin embargo, ¿no supone su defecto principal? La neutralizada verdad de almacenar datos en lugar de ponerlos en juego, ¿no implica su distorsión fundamental? Para bien o para mal, la memoria humana «distorsiona, selecciona y deforma, cuida más y mejor unas cosas que otras».[16]

Olvidar es recordar: todo se conserva en algún lugar de la distraída y juguetona memoria, nada puede perderse en los atiborrados rincones del cuerpo. En *Habla, memoria* Nabokov caracterizó a su memoria como «una muchacha muy descuidada», y

también Schopenhauer concibió su propia metáfora para definir la idea que tenía sobre el funcionamiento de la memoria. Otorgándoles un voto de confianza a las teorías elaboradas por Freud -o, por qué no, acusándolo de plagio descarado-, vemos que en *El mundo como voluntad y representación*, publicado en 1819, Schopenhauer nos dice:

> La descripción o explicación que se suele hacer de la memoria diciendo que es un depósito en el cual tenemos guardadas una serie de representaciones de las cuales no tenemos conciencia, es completamente falsa. La voluntaria reproducción de anteriores representaciones se hace tan fácil con el uso, que tan pronto aparece un miembro de la serie, al punto los demás fluyen, aun contra nuestra voluntad, al parecer. Si quisiéramos representarnos por medio de una imagen esta característica de nuestro poder representativo (como el que da Platón, comparando la memoria a una blanda masa, que admite toda clase de impresiones y las guarda), me parecería la más apropiada la de un paño, que conserva y reproduce los dobleces en que ha sido plegado.[17]

Pensándolo bien, esta podría ser la fórmula más inspirada para rellenar una *complaint form* dirigida a Google, Facebook, Instagram y demás derivados tecnocráticos a la hora de elevar nuestra queja por el formato que han impuesto a la memoria.

En otro inteligente pasaje de *El malestar en la cultura*, Freud realiza una exposición ilustrativa de la «técnica» teórica que emplea en una descripción en 3D de la ciudad de Roma, «suponiendo a manera de fantasía que Roma no fuese un lugar de habitación humana, sino un ente psíquico con un pasado no menos rico y prolongado, en el cual no hubiera desaparecido nada de lo que alguna vez existió y donde, junto a la última fase evolutiva, subsistieran todas las anteriores».[18] Siguiendo este proceder, veríamos en la Ciudad Eterna, de manera clara y diferenciada a pesar de las superposiciones, que

> en el monte Palatino habrían de levantarse aún, en todo su porte primitivo, los palacios imperiales y el Septizonium de Septimio Severo; que las almenas del Castel Sant Angelo todavía estuvieran coronadas por las bellas estatuas que las adornaron antes del sitio por los godos; que en el lugar que ocupa el Palazzo Caffarelli veríamos de nuevo, sin tener que demoler este edificio, el templo de Júpiter Capitolino, y no

> solo en su forma más reciente, como lo contemplaron los romanos de la época cesárea, sino también en la primitiva, etrusca, ornada con antefijos de terracota; en el emplazamiento actual del Coliseum podríamos admirar, además, la desaparecida Domus aurea de Nerón; en la Piazza della Rotonda no encontraríamos tan solo el actual Panteón como Adriano nos lo ha legado, sino también, en el mismo solar, la construcción original de Agrippa, y además, en este terreno, la iglesia Maria sopra Minerva. Y bastaría que el observador cambiara la dirección de su mirada o su punto de observación para hacer surgir una u otra de estas visiones.[19]

Claro que, antes de que lo patentara Freud, Pierre Loti hizo uso de este artilugio descriptivo en su extraordinaria etnoguía de viaje *Jerusalem* de 1895, mientras contemplaba las ruinas de diferentes épocas enclavadas en el mismo sitio, en concreto los restos de la iglesia elevada por la emperatriz Eudoxia, arrasada por Khosroes en el siglo VII, reconstruida por los cruzados y nuevamente profanada por los sarracenos, constatando que «nuestro espíritu se recoge, concibe el amontonamiento de las edades y se inquieta ante el pasado prodigioso».[20] Encontramos también este mecanismo de ilustración en la inabarcable *La vida instrucciones de uso*, novela de 1978 en la que Georges Perec construye «una casa en la que las habitaciones se unen unas a otras siguiendo la técnica del puzzle», según sus propias palabras. En el extraordinario *Los apuntes de Malte Laurids Brigge*, publicado en 1910, Rainer Maria Rilke eleva a rango de arte esta técnica descriptivo-psicosocial, como podemos disfrutar leyendo el siguiente pasaje:

> Se veían, en los distintos pisos, las paredes de las estancias, todavía con el papel pintado, y aquí y allá, los salientes del suelo o del techo (…). Pero lo realmente inolvidable eran las paredes. Tenaz, la vida de aquellas estancias no se había dejado aplastar. Seguía allí, agarrada a los clavos que habían quedado, de pie sobre los restos del suelo, de un palmo de ancho, acurrucada debajo de los salientes de las esquinas, que conservaban todavía un rastro de intimidad (…) que estaba también en los lugares que se habían conservado casi intactos detrás de los espejos, los cuadros y los armarios; pues había trazado y repasado sus contornos y, entre las arañas y el polvo, se había refugiado en esos sitios escondidos que ahora quedaban al descubierto. Y de estas paredes que habían sido azules, verdes y amarillas,

> ahora enmarcadas por los restos de los tabiques derribados, emanaba el hálito de esta vida, el hálito terco, perezoso, enmohecido, que ningún viento había disipado todavía. Allí estaban los mediodías y las enfermedades y los hálitos y el humo añejo y el sudor que sale por las axilas y empapa la ropa, y el aliento insípido de las bocas y el olor a aguardiente barato de los pies al fermentar (…). Me dirán que he pasado mucho tiempo contemplando esta pared, pero juro que eché a correr en cuanto la reconocí.[21]

Siendo que el ordenador personal está demasiado *afuera* y el teléfono móvil demasiado *adentro* del protagonista de lo social; o dicho de otra manera, como en más de un sentido el ordenador personal está *quieto* y el teléfono móvil es ya órgano del propio organismo, a la manera en que lo eran el revólver del *cowboy* del Oeste norteamericano o el facón del gaucho de la Pampa, tenemos que es el iPad el *gadget* más representativo de la vida en el capitalismo de cristal.

Cuando el iPad se convierte en la metáfora de terminal protésico de memoria externa más acertada para pensar y pensarnos, ¿qué vaso comunicante queda libre de culpa y cargo entre la consciencia y los bajos fondos del Yo?, ¿qué tipo de alegoría del inconsciente construyen al unísono la papelera de reciclaje de Windows, el Muro de Facebook y la Nube ciberespacial?

Cuando *nada puede ser ya olvidado* a pesar de que al mismo tiempo *todo está ahí petrificado esperando que lo traigamos a colación*, ¿qué «memoria del subsuelo» a lo Dostoievski supone *deep Web*?, ¿qué «guardiana de la puerta» a lo Nietzsche cuida nuestra salud psíquica individual y colectiva?

Del mismo modo que los incipientes cambistas medievales guardaban las monedas en sus compartimentados *sacculi* de cuero y los magos de Oriente atesoraban oro, incienso y mirra en sus no menos primorosos *thesauri* tal y como se describe en la Biblia,[22] o de idéntica forma que hacia 1862 Robert Hooke conseguía fijar la luz en su «piedra luminosa de Bolonia», así quedan registrados, grabados y almacenados hoy en el iPad los restos de memoria y las migajas de olvido que produce la realidad. Amasándose como un bolo alimenticio donde nada se pretende perdido o desperdiciado, este asciende, si no al Cielo, sí a una nebulosa ciberespacial donde parece almacenarse esa obsesión nemotécnico-acumulativa a la que usualmente llamamos «internet».

Dotado de una bella y acerada carrocería que recubre al microchip o sala de máquinas que todo lo acumula, vigila y hace

circular convenientemente, en el iPad se dan cita objetos e idearios históricos privilegiados, y por su cuello de embudo se filtran imaginerías alegóricas, metáforas psíquicas y trompicones dialécticos que lo elevan como heroico Espíritu Absoluto de nuestro tiempo, memoria externa al ser humano enarbolada como Idea imaginaria y simbólica, estructural y superestructural, que despliega su potencia hacia los cuatro puntos cardinales de la sociedad.

Máquina registradora en el fondo, en el iPad confluyen tradiciones técnicas tan variopintas como las que están presentes en las tablillas de cera que acompañaban a Sócrates y a Teeteto en sus intensas conversaciones, en el «reloj de cálculo» cuya invención aún se estarán disputando los herederos de Schickard y de Pascal, o en la calculadora construida hacia 1670 por Gottfried Wilhelm von Leibniz (nuestro Leibniz de toda la vida).

Almacén de ultramarinos en la forma, en el iPad se consagran metáforas tan definitivas como las mostradas por los experimentos de John Wilkins para diseñar tableros criptográficos de una lengua artificial dotada de *universal character*, por las ruedas herméticas del *ars memoriae* que combinaban el universo más claro y la magia más negra diseñadas por ese fascinante *punk* del siglo XVI que fue Giordano Bruno, o por el «teatro de la memoria» que por la misma época había construido un no menos hermético Robert Fludd, dividiendo la mente humana en tres mundos: el *sensibilis*, el *imaginabilis* y el *intellectualis*.

Palimpsesto más representativo de nuestra época, en el iPad se auscultan constantes vitales tan alusivas como las que laten en el trozo de hielo donde se congela el ruido de una batalla invernal que vuelve a escucharse con el deshielo primaveral imaginado por Rabelais en *Pantagruel*, en el fonógrafo ideado por el pobre poeta parisino Charles Cros y que se apresuró a fabricar -¡y a patentar!- el rico industrial norteamericano Thomas Alva Edison en 1877, o en el procedimiento que «ofrece a la naturaleza la posibilidad de reproducirse a sí misma» que Louis Daguerre perfeccionó en 1839 gracias a unos vapores de mercurio -¡el Mensajero Alado superhéroe de la fotografía!-, con los que fue capaz de fijar sobre una placa sensible la imagen captada por la cámara oscura.

Papiro *fashion victim* por donde se lo mire, en el iPad se apuntan mecanismos ideológicos tan contagiosos como los del zoopraxiscopio de Eadweard Muybridge, que en 1789 prefiguraba el cinematógrafo proyectando imágenes dibujadas en discos de cristal giratorios, o como los del mismo cinematógrafo que a los desorbitados ojos del mundo de finales del siglo XIX ofrecieron los

hermanos Auguste y Louis Lumière, cuyo mecanismo Henri Bergson equiparó a la forma humana del conocer, definiéndolo(s), en unas conferencias impartidas en el Colegio de Francia en 1902, como «una técnica que necesita movimiento en algún lugar y lo encuentra en el aparato, y gracias a ello cada persona que actúa en el espectáculo recupera su movilidad».

¿No es la siguiente descripción con la que nos encandila Hawthorne en «El artista de lo bello» a mediados del siglo XIX un iPad en toda regla?

> La luz del fuego relumbró sobre esta maravilla, las velas la iluminaron, pero aparentemente brillaba por su propia radiación, e iluminaba el dedo y la mano extendida en que reposaba con un fulgor blanco semejante al de las piedras preciosas. En su belleza perfecta, cualquier consideración sobre el tamaño carecía de sentido (…) puede decirse que posee vida, porque ha absorbido en sí mi propio ser, y en el secreto de esa mariposa, y en su belleza, que no es meramente exterior, sino tan profunda como todo su sistema orgánico, están representados el intelecto, la imaginación, la sensibilidad, el alma, de un Artista de lo Bello.[23]

A esta «lista de la compra» prácticamente infinita repleta de objetos sistémicos que en la actualidad el iPad se ha encargado de resumir *para sí*, es posible agregar un catálogo probablemente ilimitado lleno de idearios no menos identificativos con las metáforas, alegorías y simbologías varias encarnadas por el par memoria/olvido y por el aparato psíquico individual y social que venimos pensando.

Enumerándolas sucintamente, podríamos adjuntar los siguientes proyectos que también el iPad se ha encargado de sintetizar: la concepción mecanicista del universo que desde Newton y Kepler acompaña al reloj en su lucha científica contra el pensamiento mágico; la teoría fisiológica del cuerpo humano y las comparaciones explícitas con la vida de esos autómatas que Descartes se sacó de la manga en su *Tratado del Hombre*, y que el muy cobarde renunció a publicar por el trato que dispensara la Inquisición a Galileo tras la salida a librerías de su *Diálogo sobre los dos máximos sistemas del mundo*; la idea propagada sucesivamente por la telegrafía, la telefonía, el vía satélite y el ciberespacio de que la palabra oral y la imagen pixelada son capaces de teletransportarse a través de las idílicas llanuras del éter; la idea asumida con total normalidad de que gracias al tren, al automóvil o al avión conseguimos

desplazarnos sin esfuerzo; el *walkman*, la computadora personal y el teléfono móvil vislumbrados como alvéolos de intimidad, aptos para ser transportados en el equipaje del Yo allí donde el yo *viaje*.

Y así sucesivamente.

Si a) la pizarra mágica publicitada por Freud disponía de una capa de cera que recordaba a la también metaforizada tablilla socrático-platónica fabricada con el mismo material, «la cual es mayor en unas personas y menor en otras, y cuya cera es más pura en unos casos y más impura en otros»,[24] a la vez que disponía de una hoja de papel encerado y de una cubierta de celofán protectores, vemos en cambio que la máscara del iPad es de cristal puro y duro -o más bien habría que decir de cristal puro y líquido, ya que el material para la fabricación de sus pantallas es el célebre *liquid crystal display*.

Correspondiéndose con su inserción en la vida y la obra del capitalismo de cristal, del que es privilegiada marca simbólica, diversas particularidades distintivas vinculan también al iPad con la época que le ha tocado construir. En las tablets no puede estar ausente la tecnología táctil de su pantalla, que a golpe de dedo -y a golpe de gestos y miradas, a partir de la flamante incorporación de tecnologías de reconocimiento gestual y de *smart scroll* visual- tiende puentes entre su adentro almacenario y el afuera del mundo. Gracias a su extrema delgadez y a su peso exprimido al máximo, las tablets cuajan perfectamente con nuestro presente anoréxico, que desecha maquinalmente los materiales pesados y voluminosos para que podamos viajar de un sitio a otro de la vida siempre ligeros de equipaje, en una tendencia simbólica a la desaparición del objeto sobre la que reflexionaremos más adelante. Cómo no, su diseño vanguardista y la creatividad que las tablets ponen encima de la mesa les permiten presumir de su acerada contemporaneidad.

Es el espíritu del universo entero el que parece servirse del órgano físico del autómata-iPad, «para que lo que existe en su interior salga a la luz del día y resuene de forma que todos puedan oírlo, despertando al mismo tiempo idénticas resonancias, y luego en armoniosa música, descubran al espíritu ese reino maravilloso, de donde proceden los acordes como rayos encendidos».[25]

Si b) la pizarra mágica freudianamente analizada es un instrumento «milagroso», capaz de conservar las huellas e impresiones escritas en un fondo de memoria que nunca termina de llenarse, como buen *personal computer* que es, el iPad eleva estas prestaciones almacenadoras a la infinita potencia, tanto en cantidad

de datos como en su seguridad. Para muestra, un botón: sabedor de la extrema dificultad que supone eliminar los recuerdos incriminatorios de los fondos (reservados) de la obstinada Mnemosyne, el Partido Popular intentó «destruir a conciencia, mediante el sistema de borrado más drástico, el de sobrescritura de treinta y cinco pasadas, rallado y destrucción física, el disco duro de los ordenadores portátiles utilizados por el extesorero Luis Bárcenas en la sede nacional del partido», según reza el ya célebre auto de acusación por la supuesta comisión de un delito de daños informáticos y otro de encubrimiento, presentado el 26 de julio de 2016 por la jueza Rosa María Freire, titular del Juzgado de Instrucción número 32 de Madrid.

(Pero) si c) la pizarra mágica «no puede "reproducir" desde adentro el escrito una vez borrado, ya que sería realmente una pizarra "mágica" si, a la manera de nuestra memoria, pudiera consumarlo»,[26] el iPad en cambio es perfectamente capaz de obrar el prodigio, permitiendo visualizar la información almacenada una y otra y otra vez, en el momento que se nos antoje y con el formato que se prefiera, porque alcanza con rastrearla en la memoria de su disco duro y hacerla saltar a la superficie abriendo ventanas de clic en clic.

(Pero) si d) la pizarra mágica no puede, por la estructura y los mecanismos que la constituyen, introducir cambios en las huellas permanentes una vez que han sido grabadas, «ya que lo que se ha escrito en la capa de cera puede completarse pero no modificarse»,[27] el iPad posee la versatilidad de los tiempos que corren (o gatean), e infantil como es puede permitirse el lujo de cortar, pegar y copiar a su entera voluntad.[28]

Concebido por obra y gracia de esos «homúnculos que cada vez tienen menos cosas para hacer porque delegan su trabajo en homúnculos más tontos»,[29] alimentado por esas «representaciones que piensan por sí solas»[30] a las que recurría Hume cuando se quedaba atascado en su deseo de construir leyes de asociaciones regulares, un ejército de idiotas pone en orden e imparte órdenes con mayor eficacia binaria que emocional. El marco normativo individual y la regulación social cristalizan así en una obediencia debida sobre la superficie de la consciencia, inundándola con las aguas de un manantial transparente cada día más oscuro, inaccesible y lejano, «mientras que el tiempo cae con un gotear de agua en el sucio pozal de nuestras almas».[31]

En cualquier caso, la memoria humana no es producto de un desarrollo lineal ni teleológico de una serie casi matemática

comprendida como estímulo-almacenamiento-recuperación de datos neutralmente grabados en el disco duro del ordenador-cerebro: el par memoria/olvido constituye más bien una red vibrante de asociaciones sincrónicas donde están implicados olores y emociones, movimientos y sonidos, ocurrencias y azares: sensibilidad. Bonita metáfora a sus metáforas la empleada al respecto por Draaisma, cuando señala que «la memoria del ordenador toca sus melodías tecla por tecla, aunque con inconcebible rapidez; la memoria humana toca acordes enteros».[32]

La profecía benjaminiana se ha cumplido y un enano jorobado guía mediante hilos la mano de un autómata trajeado a la turca que fuma en narguile y es maestro en el juego del ajedrez, que ha sido construido de tal manera «que es capaz de replicar a cada jugada de un ajedrecista con otra jugada contraria que le asegura ganar la partida».[33]

*Archivos de la memoria*

Para un registro archivístico de la memoria: recordemos que en el canto IX de la *Odisea*, regresando de Troya a Ítaca, las doce naves comandadas por el disciplinado Homero pierden nuevamente el rumbo, por lo que deciden anclar frente a las costas de una isla desconocida. Allí los esperan los lotófagos, que convidan a los ilustres visitantes con un canto de sirenas que esta vez tiene forma de flor y con un fruto que provoca dulces sueños: los sueños del olvido. En las páginas de *Fedro*, Platón comenta que Sócrates, trayendo a colación la leyenda del dios egipcio Thot -patrono de los escribas y los funcionarios literarios, inventor de los números, de la geometría y la astronomía y de las letras del alfabeto-, observa precisamente que el alfabeto tiende a debilitar más que a desarrollar la memoria, «generando olvido en las almas de quienes lo aprendan, que dejarán de ejercitar la memoria puesto que fijándose en el texto traerán las cosas a la mente no más del interior de ellos mismos, sino de fuera, a través de signos extraños».[34]

El poeta griego de la Antigüedad es un hombre poseído por la memoria, a quien la diosa Mnemosyne, hija de Urano y de Gea y madre de las nueve musas concebidas en sendas lujuriosas noches pasadas con Zeus, revela los secretos del pasado y los misterios del porvenir, además de reclamar al resto de los mortales el vívido recuerdo de los héroes y sus grandes gestas. Pero Mnemosyne forma pareja con Lete, deidad femenina que procede de la estirpe de la Noche. En la biblia mítica que es su libro *Los mitos griegos*, Robert

Graves nos cuenta que Plutarco llama a Dioniso «hijo de Lete», y a su vez relata cómo al estanque de Lete acuden a beber «las multitudes de ánimas comunes y corrientes, mientras las almas de los iniciados las evitan, y prefieren beber del estanque del Recuerdo, lo que les da cierta ventaja sobre sus compañeros».[35] La existencia del río Leteo llega a Dante a través de la *Eneida* de Virgilio, y a través de Dante llegan a John Milton, que en *El paraíso perdido* imagina un río del olvido por el que corren aguas capaces de eliminar de la memoria las penas pero también los gozos, los dolores pero también los placeres.

En su escrupuloso libro *Leteo*, Harald Weinrich menciona un soneto de Quevedo al que incluye entre los poemas léticos de la literatura europea, y en el que es el Guadalquivir el río de corriente poderosa portadora de olvido. El mismo Weinrich lleva a cabo en las páginas de su libro la interesantísima exploración etimológica de la palabra «verdad», que reproducimos a continuación:

> La palabra *aletheia*, «verdad», ocupa un lugar central en el pensamiento de los filósofos griegos. El primer elemento de esta palabra, *a-*, es sin lugar a dudas un prefijo de negación (*alpha privativum*). El elemento anexo *-lethdesigna* algo escondido, oculto, «latente», de forma que la verdad, por su significado literal, aparece -con Heidegger- como lo no escondido, no oculto, no «latente». Pero como el elemento de significado *-leth-* aparece también en el nombre de *Lethe*, el mítico río del olvido, por la formación de la palabra *aletheia* se puede entender que la verdad es también lo «no olvidado» o lo «que no hay que olvidar». De hecho, el pensamiento filosófico de Europa, siguiendo a los griegos, buscó la verdad durante muchos siglos en el lado del no-olvido, es decir, de la memoria y el recuerdo, y solo en la Edad Moderna hizo el intento, más o menos titubeante, de otorgar también cierta verdad al olvido.[36]

La obligación de recordar está íntimamente asociada en la Biblia a la cólera divina de Yahveh, que insiste en grabar a fuego en la memoria el odio destructivo que descargará sobre quien se olvide de él o desobedezca sus mandamientos, como ocurrió cuando en Deuteronomio 9:8 «Yahveh montó en tal cólera contra vosotros que estuvo a punto de destruiros». En *El orden de la memoria*, Jacques Le Goff realiza un puntilloso rastreo de ejemplos tomados de la Biblia para confirmar su conjetura de que tanto el judaísmo como el cristianismo son religiones ancladas histórica y teleológicamente en

la historia, es decir, son «religiones del recuerdo», donde la necesidad del recuerdo es entendida como un momento religioso fundamental. Y así, en el Deuteronomio pueden leerse las siguientes referencias: «Guárdate de no olvidar al Señor, tu Dios, ya sea dejando de observar sus mandamientos, sus leyes y sus estatutos, que yo te doy» (8:11); «Que no sea otro tu corazón, que no olvide al Señor, tu Dios, que te hará salir de la tierra de Egipto, de la casa de la esclavitud» (8:14); «Recuerda al Señor, tu Dios, porque es él el que te da fuerza para prosperar, para mantener el pacto que juró a tus padres, como hoy, pero si olvidaras al Señor, tu Dios, y siguieras a otros dioses, los sirvieras y te postraras ante ellos, te advierto hoy que ciertamente pereceréis» (8:18-19)».

A la perfección conoce la vital importancia que tiene hacer borrón y cuenta nueva el cristianismo, que ha conseguido con éxito que sigamos contando el paso de los años mediante sus números y el discurrir del trabajo mediante sus festividades, y también la Revolución Francesa, que por decisión de la Asamblea Nacional eliminó todo vestigio del *Ancien régime* cambiando la denominación de sus meses y convirtiendo 1792 en el Año I de la República. Recurrir a la memoria es la quinta operación de la retórica clásica tras la *inventio* (encontrar algo que decir), la *dispositio* (poner en orden lo que se ha encontrado), la *elocutio* (agregar como adorno palabras e imágenes) y la *actio* (recitar el discurso como un actor), y en sus *Confesiones*, tocando el año 400, Agustín de Hipona sumerge a la memoria «en el *hombre interior*, en el corazón de aquella dialéctica cristiana de la cual saldrán el examen de conciencia, la introspección y, quizás, también el psicoanálisis».[37]

Amamos a Nietzsche en nuestra mejor juventud, también, porque en *La genealogía de la moral* nos contagió la fuerza de la capacidad de olvido, «una activa facultad de inhibición que nos permite cerrar de vez en cuando las puertas y ventanas de la conciencia; no ser molestados por el ruido y la lucha con que nuestro mundo subterráneo de órganos serviciales desarrolla su colaboración y oposición; un poco de silencio, un poco de *tabula rasa* de la conciencia, a fin de que de nuevo haya sitio para lo nuevo».[38] Y amamos a Nietzsche también hoy, al leer ese apartado de la *Segunda consideración intempestiva* en el que nos cuenta la (a)historia del animal de aquel rebaño, incapaz de responder al hombre que le inquiere por su felicidad, ya que «quisiera responder y decir: “Esto pasa porque siempre olvido al punto lo que quería decir”, pero ya olvidó también esa respuesta y se calló: de suerte que el hombre se quedó asombrado».[39]

Jorge L. Borges nos regala un par de personajes arquetípicos que a lo largo de estas páginas se hallan subliminalmente presentes, como Jaromir Hladík o Ireneo Funes.

El primero de ellos era, la noche del 28 de marzo de 1939, «un hombre que había rebasado los cuarenta años y que, fuera de algunas amistades y de muchas costumbres, el problemático ejercicio de la literatura constituía su vida». Encerrado en la celda de un cuartel de Praga, de la que sería sacado a la mañana siguiente para ser fusilado, Hladík había solicitado un año de tiempo a Dios para terminar su inconcluso drama en verso *Los enemigos*, «y así justificarme y justificarte». Cuando al amanecer el piquete se formó, el universo físico se detuvo, y Hladík «pasó de la perplejidad al estupor, del estupor a la resignación, de la resignación a la súbita gratitud. No disponía de otro documento que la memoria: no trabajó para la posteridad ni aún para Dios, de cuyas preferencias literarias poco sabía. Minucioso, inmóvil, secreto, urdió en el tiempo su alto laberinto invisible».[40]

Al segundo de los personajes lo había conocido ese Borges que se inmiscuye en las narraciones en febrero o marzo del año 84 en la localidad uruguaya de Fray Bentos, y cuando regresó en el 87 se enteró de que al Ireneo Funes de marras «lo había volteado un redomón en la estancia San Francisco, y que había quedado tullido, sin esperanza». Antes de sospechar que Funes era incapaz de pensar, porque «pensar es olvidar diferencias, es generalizar, abstraer»,[41] una noche Borges mantuvo un encuentro con él del que extrajo las siguientes conclusiones:

> Ireneo empezó por enumerar, en latín y español, los casos de memoria prodigiosa registrados por la *Naturalis historia* (…). Con evidente buena fe se maravilló de que tales casos maravillaran. Me dijo que antes de esa tarde lluviosa en que lo volteó el azulejo, él había sido lo que son todos los cristianos: un ciego, un sordo, un abombado, un desmemoriado. (Traté de recordarle su percepción exacta del tiempo, su memoria de nombres propios; no me hizo caso.) Diecinueve años había vivido como quien sueña: miraba sin ver, oía sin oír, se olvidaba de todo, de casi todo. Al caer, perdió el conocimiento; cuando lo recobró, el presente era casi intolerable de tan rico y tan nítido, y también las memorias más antiguas y más triviales. Poco después averiguó que estaba tullido. El hecho apenas le interesó. Razonó (sintió) que la inmovilidad era un precio mínimo. Ahora su percepción y su memoria eran infalibles.

Ajeno por completo a las disquisiciones de la Historia cuando es escrita con mayúscula, en sus *Carnets* de 1922 André Breton se preguntaba «si la memoria no sería un producto de la imaginación».

*Hipnosis letárgica*

Cuando el pobre Luzhin nabokoviano era intimado a separarse del montón de leños donde, sentado, se ocultaba de sus tres condiscípulos (que se comportaban de una manera especialmente violenta a esa hora), y sucedía entonces que «todo lo que miraba -¿por qué esa maldita necesidad de mirar las cosas?- estaba sujeto a las intrincadas metamorfosis ópticas»,[42] no hacía otra cosa que prefigurar las condiciones de existencia de la mirada contemporánea, en la que mirar *siempre*, mirar *todo* y mirar *a la vez* se elevan como pilares estructurales, y estructurantes, de su espíritu y materialidad. Esta tripartita posibilidad viene a constituir una aspiración social legítima, un ideal nada lejano en el que se puedan leer la primera y la segunda página de un libro o todas las ventanas de Windows al mismo tiempo, dando paso a una mirada tan ansiosa como ligera y superficial, que confunda velocidad con movimiento.

Petulante sepulturera de la mirada analógica moderna, que tan pacientemente alimentaran y retroalimentaran con todos los medios a su alcance los mismísimos René Descartes en sus meditaciones metafísicas, Immanuel Kant en sus paseos por Königsberg, o Georg Wilhelm Friedrich Hegel en sus diatribas estetizantes,[43] la mirada digital impone al mirante contemporáneo una dirección obligatoria estrictamente señalizada, que lo acorrala en un estado sensible entre hipnótico y letárgico: inoculándole un virus de mal de ojo que lo conduce por un apremiante desfiladero trashumante, el mirante contemporáneo no tiene otra salida que ver en lontananza sin poder prestar atención al mirar.

Es así como defendía a sus ojos Nataniel, cuando le refería a Lotario el instante más horrible de su infancia «después del cual quedarás convencido de que no hay que acusar a mis ojos si todo me parece descolorido en la vida: porque una nube sombría se ha extendido delante de mí sobre todos los objetos, y solo la muerte podrá disiparla».[44]

Claro que la mirada analógica y la mirada digital son incapaces de tener la fiesta en paz: desde que sentara sus bases constituyentes, convivencia y coexistencia son prácticas vetadas sistemáticamente por el modo de accionar capitalista. En nombre del progreso civilizatorio, cada nuevo medio o soporte técnico que consigue

nacer, crecer y desarrollarse, educa en su propio formato a los señores clientes, intentando eliminar todo vestigio del medio o soporte técnico con el que está en lucha, en un «juego de eliminación en el que el medio técnico anterior se ve obligado a pegarse a su sucesor o a contrariarlo para hacerse el interesante»,[45] como sugiere Régis Debray en su informativo *Vida y muerte de la imagen*. El papel impreso mató a la piedra primitiva, al papiro egipcio y al juglar medieval, del mismo modo que la incipiente pantalla controlada por control gestual y por *smart scroll* visual enterrará a la pantalla táctil; la obsolescencia programada y la función de usar y tirar materializada en el preservativo acabó con los reparadores de electrodomésticos, así como la televisión dejó a la radio tocada y casi hundida, e internet está segura de querer enviar ambos ítems a la papelera (de la historia). No enumeramos por orden de llegada, sino que más bien sopesamos efectos secundarios, calibramos daños colaterales y hacemos recuento de bajas definitivas: las guerras mundiales se nos han quedado en II, *Friends* en diez temporadas y el cine en el Séptimo arte.

También las actividades se van sucediendo unas a otras, como capas de un oleaje que no retornará jamás. Resulta sugerente el itinerario emocional sobre el que basa sus reflexiones Lewis Mumford, cuando comenta que «demasiado aburrida para pensar, la gente leía; demasiado cansada para leer, podía ir al cine; incapaces de ir al cine, podían encender la radio; en cualquier caso, podían evitar la llamada a la acción».[46] En esta progresión mumfordiana de 1940 están ausentes nada más y nada menos que la televisión e internet, pero la conclusión no deja de ser devastadora aun sin ellas: «temerosos de encontrarse con sus propios pensamientos, espantados de enfrentarse con el vacío y la inercia de sus propias mentes, las personas encienden la radio y comen y duermen con el acompañamiento de un continuo estímulo venido del mundo externo».[47]

Si en el siglo XIII el *mirabilis* Roger Bacon describió con gran precisión las siete envolturas del ojo humano, asegurando que Dios había querido con ello expresar en todos los cuerpos la imagen de las siete gracias del Espíritu, ¿qué imagen proyecta en la sociedad nuestra espiral escheriana del ADN?

Si el interés surgido por la perspectiva incorporada en su técnica pictórica por Paolo Ucello en el siglo XV llevó profundidad al cuadro y distancia a la mente, «convirtiendo el movimiento en sí mismo en fuente de valor»,[48] ¿qué valor de perspectiva y movimiento asumen las infinitas «ventanas» que pueden abrirse con

el sistema operativo Windows?

Si en 1656 el dichoso espejito de *Las meninas* de Velázquez, en lugar de volverse hacia los objetos visibles, «atraviesa todo el campo de la representación, desentendiéndose de lo que ahí pudiera captar, para restituir la visibilidad a lo que permanece más allá de toda mirada»,[49] ¿qué visibilidad permite ampliar la sucesión infinita de fotografías sin revelar subidas a Facebook o Instagram?

*Historias del ojo*

Para una arqueología conceptual de la mirada: observamos que existieron épocas plenas de vitalidad que miraban al sol de frente sin temer la chamusquina que pudiera afectar a sus alas. En esas épocas donde ver sobre la superficie era considerado una acción insustancial, vivir significaba mucho más que respirar: significaba *poder* mirar. En la Grecia de la Antigüedad no era «el último suspiro» lo que marcaba el estertor definitivo y el tránsito de la vida a la muerte, sino «la última mirada». De ahí que resulte imprescindible revisitar la tragedia de Edipo y colocarla en una dimensión crítica más ajustada a derecho: para el hijo de Yocasta, arrancarse los ojos supuso una medida tan desesperada como para nosotros supondría arrancarnos los pulmones, en el caso de que encontráramos algún héroe tan valiente como para hacerlo: hasta el animoso Van Gogh, suicidado por la sociedad, se cortó una oreja en lugar de amputarse la mano con la que pintaba. Incluso las figuraciones imaginarias de esas épocas energizantes a las que acudimos solían compensar los impedimentos de la ceguera con la sabiduría, y así Tiresias fue castigado a errar ciego por el mundo tras haber visto bañándose a Atenea, pero la diosa le concedió el don de la profecía, y el mismo Edipo, en el *Edipo en Colona* de Sófocles, con el paso de los años se ha convertido en un anciano sabio. Es el origen histórico del concepto *eidôlon*, que significa al ídolo como «fantasma de los muertos, espectro, y solo después imagen, retrato, designándose así al alma del difunto que sale del cadáver en forma de sombra intangible».[50]

Hoy podría ser considerado el dios de la hipervigilancia, e incluso el dios del insomnio: gracias a la incontable cantidad de ojos que le supuraban por todo el cuerpo, Argo Panoptes era, por un lado, maestro consumado en el arte de la vigilancia, ya que nada ni nadie podía quedarse en punto ciego ante su presencia, mientras que, por el otro, nunca dormía a pierna suelta, pues varios de sus ojos debían permanecer alertas.

El ojo griego de la Antigüedad era alegre, y la importancia que adquieren en la sociedad profetas y profecías es preciso entenderla, más que como un abrigo de la superstición, como una videncia capaz de iluminar campos más allá de lo sensible. Por el contrario, el ojo que trae al mundo esa secta herética aparecida en Palestina hace dos milenios porta consigo la tormenta en el vaso de la desgracia: el ojo es el órgano bíblico del engaño, capaz de inducir a los hombres a adorar a la criatura en lugar de al Creador.

Con la Biblia hemos topado: la vista es un sentido de fundamental importancia para las Sagradas Escrituras. Nada más comenzar su relato, el Génesis 1:3-5 asegura que «Dijo Dios: "Haya luz", y hubo luz. Vio Dios que la luz estaba bien, y apartó Dios la luz de la oscuridad; y llamó Dios a la luz "día", y a la oscuridad la llamó "noche"». A su vez, varias son las palabras que Dios destina a Abraham apelando al sentido de la vista, y en Génesis 13:14 sucede que «Dijo Yahveh a Abraham, después que Lot se separó de él: "Alza tus ojos y mira desde el lugar en donde estás hacia el norte, el mediodía, el oriente y el poniente. Pues bien, toda la tierra que ves te la daré a ti y a tu descendencia por siempre"». El pecado y el sentido de la vista son asociados específicamente por el relato bíblico, y así en Génesis 3:6 se nos comunica que «Y como viese la mujer que el árbol era bueno para comer, apetecible a la vista y excelente para lograr sabiduría, tomó de su fruto y comió, y dio también a su marido, que igualmente comió».

Desde luego, el tándem formado por la apariencia visual y el pecado de la carne ofreció grandes prestaciones a la historia de la iconoclasia religiosa, de la idolatría laica y de la imaginería esotérica. Así, en Éxodo 33:18-20, la imposibilidad de mirar al Creador se pone de manifiesto en versículos donde dijo Moisés: «"Déjame ver, por favor, tu gloria." Él le contestó: "Yo haré pasar ante tu vista toda mi bondad y pronunciaré delante de ti el nombre de Yahveh; pues hago gracia a quien hago gracia y tengo misericordia con quien tengo misericordia." Y añadió: "Pero mi rostro no podrás verlo porque no puede verme el hombre y seguir viviendo."»

Todo es pecado y todos pecadores hasta que (no) se demuestre lo contrario para el pensamiento heredado por el Occidente cristiano: la idea de pecar con la mirada se deja claramente explicitada en Mateo 5:28, cuando se nos dice que «Quien mirare a una mujer para desearla, en su corazón ya ha cometido adulterio con ella». De esta concepción pecaminosa del mirar se hizo eco Agustín de Hipona, quien en una de sus famosas reglas dice

explícitamente a sus reglados que «los malos deseos no solo nacen mediante el tacto, sino también debido a las miradas y a los movimientos del corazón. No creáis que vuestros corazones son castos si vuestros ojos no lo son. El ojo que no tiene pudor anuncia un corazón que tampoco lo tiene».[51]

Ver para creer, visto y no visto, punto de vista, visto para sentencia, amor a primera vista, a golpe de vista, hacer la vista gorda, saltar a la vista: un ejército de vocablos visuales organiza inequívocas modalidades de pensamiento y acción en la vida cotidiana; el término «especular» deriva del latín *specularis*, mientras que «evidencia» y «providencia» lo hacen del latín *videre* y del indoeuropeo *veda*: ver y saber estrechan sus manos para ordenar jerárquicamente a la sociedad.

La metáfora del «golpe de vista» -señala Le Breton en *El sabor del mundo*- es el uso de la mirada que mejor describe nuestro régimen visual: efímero, despreocupado, superficial, donde «lo visual supone un mundo que se da sin pensar, sin alteridad suficiente como para suscitar la mirada».[52] Si ver se cierra a una economía sensorial que libera a la conciencia de una vigilancia estricta y constante, mirar por el contrario incluye la duración y la voluntad de comprender, en el sentido en que «la mirada supone una alteración de la experiencia sensible, una manera de hacer suyo lo visual arrancándolo a su infinito desfilar».[53] Ver es una función del ojo, mirar es un ejercicio de la voluntad: el águila tiene mejor vista que el ser humano, pero es incapaz de mirar. Al igual que ocurre con lo escuchado en su relación con lo oído, lo mirado existe cuando a lo visto se le inculca atención, deseo, voluntad: responsabilidad. La comunidad del *Quattrocento* no concebía separación alguna entre el ser y el mundo que lo rodeaba, motivo por el cual, en su seno, ver ya suponía un compromiso con lo visto. Muy por el contrario, nuestra sociedad de la transparencia otorga a la vista la seguridad y el confort de la distancia: el *voyeur* que mira a lo lejos sin manchar sus manos de sangre ha ganado la pulseada al *clôneur*, esa figura imaginada que en *Sobrevivir a la ciudad* heredaba «la lucidez del *flâneur* para mirar y la valentía del *clochard* para dar y tomar».[54]

Aprender a *ver* implica para Nietzsche «habituar el ojo a la calma, a la paciencia, a dejar-que-las-cosas-se-nos-acerquen; aprender a aplazar el juicio, a rodear y abarcar el caso particular desde todos los lados, *poder no* “querer”, poder diferir la decisión»,[55] mientras que Freud nos recuerda que «los ojos, que forman la zona erógena más alejada del objeto sexual, son también la más frecuentemente estimulada en el proceso de la elección por aquella

excitación especial que emana de la belleza del objeto, a cuyas excelencias damos, así, el nombre de “estímulos” o “encantos”».[56]

¿Una mirada prensil? ¿A la caza háptica del objeto? Cuando de pequeños nos montamos sobre una bicicleta ya sin ruedecillas o corremos desde la sombrilla a zambullirnos en el mar, el «yo te miro» familiar constituye una mirada que cuida a la vez que sostiene la bici, el chapuzón y la infancia. Es una mirada háptica que habita el objeto, una mirada táctil que encuentra la colaboración de las manos. Sartre avisaba que «conocer es comer con los ojos», Goethe apelaba a una alianza *poiética* en la que «las manos quieran ver y los ojos quieran acariciar», mientras que MerleauPonty -faro eterno de nuestro caminar- subraya que «es preciso acostumbrarnos a pensar que todo lo visible está tallado en lo tangible, todo ser táctil promete de alguna manera a la visibilidad, aunque haya intrusión, encabalgamiento, no solo entre el tacto y quien toca, sino también entre lo tangible y lo visible que está incrustado en él».[57]

El ojo y la luz son antiguos compañeros de pupitre: sugiere Christian Ferrer que la organización sensorial del cuerpo se trastoca en cada época a partir de los desplazamientos ocurridos en la íntima relación que existe entre las metáforas lumínicas y los espacios donde estas despliegan sus saberes, por lo que la ciudad vendría a ser, siguiendo este hilo argumentativo, una «*obra visual en construcción*, algunos de cuyos reflectores apuntan sobre objetos que han de ser admirados o consumidos y otros sobre actividades que han de ser vigiladas».[58] Tirando un poco más de este hilo, Régis Debray señala que los primeros espacios audiovisuales nacen realmente en el siglo XII, cuando para acompañar al órgano, al canto y a la campana «se le pide al vitral y a los colores cambiantes proyectados por los rosetones en el claroscuro de las catedrales que ayuden a representar la Jerusalem celestial».[59]

Ya no pulsamos con fuerza desmedida un punto aparte clarificador en las teclas de la Olivetti Lettera 10 o una C mayúscula inconveniente para la palabreja «ciencia» en las de la Olympia Traveller C: hoy la yema de los dedos es la pupila que acaricia con mirada cómplice la pantalla de cristal del iPad. Tampoco encontramos al asesino analizando en su carta del chantaje la potencia empleada al aporrear teclas y teclados antiguos: el cine negro de los cincuenta ha tenido que mandar a la cola del paro a sus mejores guionistas.

Lo simbólico, lo imaginario y lo real parecen fundirse actualmente en una amalgama casi indistinguible, y la lógica

particular de la mirada contemporánea se organiza al compás de múltiples microviolencias técnicas cotidianas siempre difíciles de detectar, tanto por la sencillez con la que se reflejan en el imaginario colectivo como por la comodidad que brindan al personal. La inocencia del ojo es ya una leyenda urbana poco creíble: su historia demuestra que cuando la navaja de Buñuel lo corta por la mitad, el ojo supura cultura, ideología y ciencias, vomita al inconsciente y a Dios.

Ajeno por completo a las disquisiciones de la Ciencia cuando es escrita con mayúscula, al protagonista de *Thomas el oscuro* de Maurice Blanchot le ocurría lo que al mundo, cuando «en ese vacío era la mirada y el objeto de la mirada lo que se mezclaba. No solamente ese ojo que nada veía aprehendía algo, sino que aprehendía la causa de su visión: veía como un objeto lo que hacía que no viese».[60]

*La fotografía rev(b)elada*

Manipular, procesar, registrar y archivar la memoria personal y colectiva en el formato específico que permitiera el grado de desarrollo de las fuerzas productivas de un pueblo o una civilización dada, y proceder a transmitirlas en el tiempo y a fijarlas en el espacio con el fin de consolidar la tradición social dominante surgida de estas operaciones, han sido actividades fundamentales para la supervivencia de la cultura civilizatoria. Desde las pinturas rupestres halladas en las cuevas de Lascaux o de Altamira a las ecografías en 3D que tomamos hoy a nuestros fetos, desde la invención de la palabra escrita y la reproducción del sonido a la glorificación social de la tumba mortuoria, pasando por el monumento a los caídos por la Patria y el museo, el archivo permanente -su forma y su fondo, su técnica y su utilidad declarada- supone una valiosísima película de rayos X si el objetivo es captar los movimientos mnémicos de una sociedad determinada.

Probablemente, las sociedades más diversas y las culturas más disímiles tengan en común la ansiedad acumulativa de registros históricos, a la vez que una tendencia a la constante invención de formatos que liberen de estorbos físicos y pesos específicos los pasillos de los depósitos donde guardan sus memorias. Nos mentimos con la facilidad acostumbrada cuando afirmamos tajantemente que la nuestra es una cultura exclusivamente del «usar y tirar»: que los almacenes de memoria sean cada vez más livianos, e incluso tiendan a desaparecer del mapa terrenal para habitar el

plano virtual, no supone que quepa en ellos una menor cantidad de objetos culturales, sino quizás todo lo contrario.

Más que con sus capacidades multiplicadoras por medio de la técnica que «desvincula lo reproducido del ámbito de la tradición», o con una trascendencia exhibitiva que «comienza a reprimir en toda la línea su valor cultual»,[61] tal vez la mayor transformación social introducida por la fotografía haya que relacionarla con las formas que asume el relato autobiográfico.

Con las prisas que en ocasión lo atormentan, Baudrillard sugiere que, junto a la desaparición del espejo, han desaparecido también «el retrato de familia, la fotografía de casamiento en el cuarto de dormir, el rostro de los niños enmarcados por doquier»,[62] todos ellos espejos diacrónicos de la familia. Lo invitamos a que se dé un paseo por el *hall* de entrada de los departamentos de las familias españolas y comprobará que, al menos en este aspecto, no ha afinado demasiado bien su normalmente certera puntería diagnóstica.

Es cierto que el álbum de familia analógico se despliega hoy en día en incontables álbumes digitales que atiborran internet, y no suele ya ceñirse a una carpeta en formato papel cuidadosamente ornamentada, pero existe un álbum organizado a la antigua usanza que mantiene su ardor en un rincón del corazón: el álbum de bodas; y cierto es también que aquel álbum de familia que expresara la verdad del recuerdo social, en el que, como señalaba Bourdieu en su penetrante *La distinción*, «el jefe de familia era retratista de una serie de ritos de integración que la familia imponía a sus nuevos miembros de manera cronológica»,[63] ha dado paso a una batería indiscriminada de ritos familiares supracronológicos, en el que cada día, cada hora o cada minuto puede considerarse un rito de integración, donde el álbum fotográfico *fijo* muta en álbum cinematográfico *continuo*.

¿Resiste alguna fotografía analógica fija el embate de la digitalización móvil? Dos fotografías analógicas han conseguido escapar a la quema en la pira pública y digital purificadora: la foto carnet que sigue acompañando los documentos oficiales, por un lado, y la foto que de frente y perfil toman en comisaría a los arrestados y nuevos reclusos, por el otro.

Si antes de la aparición de la fotografía las dudas existenciales y los escarceos sexuales se los contábamos al espejo, en una sesión de autoayuda más introspectiva que proyectiva, más íntima que intimista, con el advenimiento de la fotografía el discurso amoroso se fragmenta y sale hacia afuera: posamos *para* la cámara, actuamos

*para* la película. La introducción de esta manera de actuar *para* se inmiscuye como un potente virus sináptico en las más oscuras esquinas de nuestro cerebro, alterando profundamente el vínculo que mantenemos con una soledad que ya ni siquiera puede llamarse «soledad poblada», como gustaba decir Deleuze. Porque cuando en todo momento y bajo cualquier circunstancia estamos situados conscientemente en el punto de mira, o inconscientemente nos encontramos en el centro de la diana, la intimidad se ve intimidada: desaparece.

Del autoexamen vindicativo o la autoconfesión verosímil frente a la soledad del espejo que solícitamente nos prestaba el oído como un confesor en el convento, un psicoanalista en el diván o un barman de película, nos trasladamos hacia la autoexposición que posa sonriente ante la cámara fotográfica del Mundo. Si en *La obra de arte en la época de la reproductibilidad técnica* Benjamin sugería que «en la litografía se escondía virtualmente el periódico ilustrado y en la fotografía el cine sonoro»,[64] el primer daguerrotipo prefigura entonces la fotografía en modo selfie, mientras que el filme más rudimentario es anuncio de ese laberinto pergeñado por Borges que consta de una única línea recta, incesante, metáfora magnífica de los espejos atravesados por la fotografía digital.

La infame cantidad de veces que tocamos el teléfono móvil para desbloquearlo, teclear un mensaje de WhatsApp o darle al clic del Frozen Free Fall, puede ser tomada como ejemplo esencial en el proceso de transferencia que nuestra sociedad está completando desde la angustia oral hacia la ansiedad táctil -por más que ambas siempre convivirán encantadas de haberse conocido: no hay terror psíquico que hayamos sido capaces de extirpar-. Las ansias fotográficas incontenibles que invaden la actualidad apuntalan a ritmo de «whiskyyyy» nuestra posición sociológica al respecto.

Seamos, pues, atrevidos en la hipótesis: es la memoria colectiva y la forma que esta asume, así como el reordenamiento general de la nueva sensibilidad que emerge del presente, lo que se pone en juego cada vez que posamos a lo bailarina de Degas delante de la pirámide (de cristal) del Museo del Louvre o inmortalizamos a los niños junto al Bob Esponja de la Puerta del Sol. Clic por acá, clic por allá: el dedo índice es presa de una voracidad táctil irreprimible que pretende zamparse la vida a golpe de pantallazo y de *flash*, en el marco de un canibalismo fotográfico que se despliega hacia los cuatro puntos cardinales.

Quizás el eje principal del acto de fotografiar lo constituye el

permiso técnico incluido en lo digital, que omite la antigua necesidad analógica de revelar e imprimir *a posteriori* en papel las fotografías disparadas, ofreciendo como recompensa en este caso un notable abaratamiento de los costes económicos de la acción de fotografiar. La sencillez y la práctica gratuidad contenida en el acto de tomar fotografías espolea así la posibilidad de obtener infinitas imágenes.

Martín Kohan aguza su ingenio y en *Segundos afuera* se recrea en el juego a todo o nada representado por Donald Mitchell, el fotógrafo sobre el que cae Jack Dempsey cuando Luis Ángel Firpo lo saca del *ring* de una piña, en el mítico combate por el título mundial de peso completo celebrado en 1923 en el Polo Grounds de Nueva York. Así, en el monólogo interior que recrea Kohan, Mitchell «cree haber obtenido alguna buena imagen, aunque no tendrá una plena seguridad al respecto hasta tanto no se aboque al arte químico del revelado. Por ahora todo queda suspendido entre el ojo, el dedo y la memoria óptica; o entre todo eso, que es la pericia, y la esperanza».[65] Allá lejos y tiempo atrás, el fotógrafo analógico debe intuir el instante preciso en el que algo sucederá: el tiempo y el espacio tienen que cruzarse primero en su imaginación y más tarde, si el talento y la suerte lo han ayudado, se cruzarán en la fotografía.

Mucha menos suerte y talento que el tal Mitchell necesitó en cambio Santiago Garcés, encargado de fotografía del área de mercadotecnia del F. C. Barcelona, cuando el 8 de marzo de 2017 se situó con su cámara en la zona de la grada de animación del estadio y al finalizar el partido captó a un Leo Messi pletórico celebrando junto a la afición la épica remontada en los octavos de final de la Champions ante el Paris Saint-Germain. La imagen «rompió todos los récords en las redes sociales del Club, superando los 70 millones de visitas», según contaba el fotógrafo a *El País* dos días después de su hazaña, para acto seguido confesar que, verdaderamente, no había tomado una única fotografía, sino que había tirado «más de cincuenta». Aquí cerca y con tiempo por delante, no existe instante por decidir o por intuir, la cámara fotográfica es ya de película y de ella salen, como conejos de la chistera del mago, no ya innumerables fotogramas, sino un fotograma por cada instante de realidad, a partir de los cuales luego podremos elegir el más indicado.

El concepto de «instantánea» que se adhería a cada fotografía es literal solo hoy en día, y si para realizarle el ferrotipo a Billy the Kid jugando al croquet en algún lugar perdido de México en 1878 el popular forajido tuvo que posar ante la cámara varios minutos, casi

como si lo estuvieran retratando para un cuadro, en la actualidad es habitual que las cámaras fotográficas más sofisticadas incorporen sensores de campo de luz que permiten enfocar el objeto *después* de haberse tomado la fotografía. Una foto es entonces todas las fotos, resultando la toma fotográfica un filme, una superposición continuada de fotogramas que recuerda esos primeros dibujos animados de Disney en los que podían apreciarse las líneas sombreadas estructurantes que iban y venían, o esos dibujos personales trazados en las esquinas inferiores de los cuadernos de clase, que al pasarse velozmente daban la sensación de tratarse de una película.

De una película infantile.

# «PERSPICUITAS UNIVERSALIS»: CRISTAL Y TRANSPARENCIA(S)

> Tendría que gritar las palabras de Macbeth: «¿Qué miras con esos ojos que no ven?», cuando contemplo fijas en mí las miradas muertas, quietas y vidriosas de todos esos potentados y héroes famosos y asesinos y criminales».
>
> E. T. A. HOFFMANN, «Los autómatas»

*Capitalismo de cristal*

Dice Benjamin en alguna parte (que dice Michelet en alguna otra) que «cada época sueña la siguiente».[66] Muy bien: pero cada época es a su vez resultado de sus deseos más o menos subterráneos y del conjunto de su más o menos organizado sistema vigilante de castraciones oníricas en el interior de sí misma.

En el transcurso de diez años -los que van desde la quiebra de Lehman Brothers en septiembre de 2008 hasta hoy- la sociedad gaseosa que en *Máscaras sociales* yo definía por entonces como una sociedad formateada por un capitalismo que todo lo evaporaba encerrado en su olla a presión, ha conseguido dar(se) una vuelta de tuerca, ha logrado volver a mutar convenientemente para sobrevivir, convirtiéndose en el capitalismo de cristal actual, pronto siempre a quebrarse o resquebrajarse, pero nunca a romperse.

Intentando discutir conceptualmente con Zygmunt Bauman, afirmábamos hace una década que «sin prisas pero sin pausas, machacando con la furia rutinaria del metrónomo, el capitalismo ha terminado de devorar sus fases sólida y líquida, y el vómito inducido se ha sublimado en gas».[67] Múltiples conclusiones podían -¡y aún pueden!- extraerse de esta mutación capitalista de entonces, entre las cuales señalábamos la relevancia de que «Yo y Tú se confunden, se co-funden adictivamente generando una persona del singular inopinable para el individuo compacto que descansaba en

la mecedora de la Modernidad sólida y para la persona fluida que navegaba por ríos y arroyos de la Modernidad líquida».[68] Así las cosas, terminábamos subrayando que «en la sociedad actual, al Yo se le concede una estructura psíquica multitarea, y en su objetualización patente asumirá para sí mismo la adopción de una multiplicidad de funciones que lo pondrán en la órbita de un mundo en constante ebullición, presionado como está al consumo de ese *alter* sin *ego* que lo observa para (a)probarlo».[69]

Espaldarazo definitivo a las cristalinas reflexiones que aquí comenzamos a desarrollar nos lo ofrece un hecho sociológico tan contundente como la revelación que hacía *Le Parisien* en su edición del 9 de febrero de 2017, al informar con letras de molde y grandes titulares de que «La Torre Eiffel será pronto bunkerizada detrás de un muro de cristal». En efecto, el monumento parisino dedicado a la dorada Edad del Hierro que forjó al capitalismo en sus inicios, visitado por seis millones de turistas al año, será rodeado en breve por un cristal a prueba de balas y de atentados terroristas, algo así como un *patchwork* entrelazado de escudos policiales, que tendrá dos metros y medio de altura y costará veinte millones de euros, según confirmaba a la agencia France Press Jean-François Martins, vicealcalde de la Ciudad de la Luz.

Científicamente hablando, el proceso de cristalización supone «un proceso u operación química unitaria de transferencia de materia y energía mediante la cual, a partir de un gas, un líquido o una disolución, la serie de iones, átomos o moléculas establecen enlaces hasta formar una red cristalina», según lo define Wikipedia; experimentalmente hablando, la fuerza impulsora del proceso de cristalización resulta de «la sobre-saturación y la diferencia de temperatura entre el cristal y el líquido originada por el cambio de fases», según corrobora Wiki de Biotecnología Industrial.

Una condensación de guerras de baja intensidad en Siria y de asentamientos israelíes ilegales en Gaza y Cisjordania, cortados bien finitos por aquí; una fusión de empresas del sector automotor que han engañado a usuarios y a entes reguladores de emisiones de gases de todos los países del mundo, fileteados en rodajas más gorditas por allí; una evaporación de votos en las elecciones de Estados Unidos hackeados por la inteligencia rusa, doraditos más acá; una pizca de sublimadas hipotecas *subprime* rociando la superficie del sistema, y en veinte minutos de horno tenemos una verdadera obra maestra de clase dominante apta para todo público, a la que hemos dado en llamar «Capitalismo de cristal».

Fusión y sublimación, evaporación y solidificación, licuefacción,

ionización y desionización directas e indirectas, progresivas y regresivas: todos y cada uno de los cambios de estado de la materia se dan cita en la gala donde la sociedad gaseosa acaba de mutar en capitalismo de cristal.

¡Se dobla pero no se rompe!, proclamaría Perón desde el balcón de Plaza de Mayo. En efecto, por mucho que amenace con romperse, hoy los hechos demuestran que el cristal con el que está fabricado el capitalismo nuestro de cada día no se rompe, incluso cuando de tan resquebrajado que se halla pueda parecer irreconocible a primera vista. Y esta supone una más entre las innumerables estrategias vitales de adaptación que el sistema capitalista guarda en su recámara: no es precisamente una osteogénesis imperfecta congénita la que sufren los huesos de la osamenta que mantienen erguido al capitalismo de cristal.

Los materiales fundantes de cada época se convierten en metáforas ilustrativas de su crecimiento y expansión, pero también se elevan como símbolos y estandartes de procesos de pensamiento y acción que tienen lugar en su interior.

Desde luego, no es casual que cuando el hierro forjaba la sociedad capitalista, Otto von Bismarck fuese conocido como *Eiserner Kanzlery* la Torre Eiffel como *la dame de fer*; el oro tuvo su época dorada y el diamante su era diamantina, mientras que el coltán, el litio y el grafeno esperan impacientes la oportunidad de convertirse en adjetivos calificativos de épocas y civilizaciones. En su momento de gloria del que hoy renace, el vidrio fue un material prácticamente diseñado a medida para volver diáfanas las cosas del mundo, dejando pasar la luz clarificadora de una Razón ilustrada que buscaba abrirse paso a empujones, y el cristal sirvió a su vez para simbolizar el doble proceso de naturalismo y abstracción que comenzó a surgir en Europa cuando la Edad Media comenzaba a apagarse. ¿No constituye la mejor propaganda para una empresa, una institución gubernamental o un presupuesto participativo que sea catalogado de cristalino y transparente?

Transparente y profiláctico, ágil y liviano, camaleónico: he aquí las características físicas más versátiles del cristal.

Frágil y quebradizo, propenso a fugas, goteos y filtraciones, delator: he aquí las características psíquicas más temperamentales del cristal.

Líquido que es sólido a la vez, «milagro aislante del fluido fijo»[70] que permite ver a través pero no tocar, el cristal resulta un material ideal para pegarse un chapuzón en cada realidad y apto para salir

de excursión con todas las metáforas. ¿Deseosos de introducirnos en el amplio mundo interior del ser humano? El cristal nos acompaña en el viaje, gracias a su ejemplar inmersión en microscopios e instrumentos de similar precisión. ¿Ansiosos por explorar el inconmensurable Universo? El cristal se concaviza y convexaliza en la fabricación de telescopios, ayudándonos a abarcar con la mirada el espacio sideral en busca de vida inteligente en otros planetas. ¿Excitados por conocer lo que nos deparará el incierto futuro? La bola de cristal de la videncia nos asegura que el negro que inunda los cielos corresponde al pasado porque los colores que se llevan son los tonos del *friendly* arcoíris del porvenir. Reclamo publicitario de clase dominante, el cristal nos compromete con la moral contemporánea, materializando su particular ambigüedad al fundir y confundir proximidad y distancia; símbolo de naturaleza persuasiva, el cristal nos introduce en el mundo interior y en el vasto Universo.

Dando saltitos dialécticos sobre la cama elástica de la realidad gaseosa, tan solo una década más tarde el capitalismo ha conseguido volver a transformarse, cristalizando una a una las gotitas de vapor que chocaban contra la tapa de la olla a presión en la que parecían bullir a su antojo. El cristal se erige así como pantalla profiláctica globalizante, encargada de filtrar selectivamente lo que puede y no puede verse y tocarse, lo que puede y no puede romperse y contagiarse.

*Memorias vítreas*

Para una clasificación lumínica del cristal: los *vitraux* de las iglesias góticas intentaban filtrar sensaciones como la penumbra del bosque o la puesta de sol percibida a través de las ramas de los árboles: la luz hace al cristal. El cristal de estos vitrales rivalizó incluso con los oros de las iglesias barrocas y sus esculturas finamente labradas. Como ocurre con la industria de la Guerra, la industria de la Iglesia sirve también de fundamental incentivo que se transfiere a diversas esferas de la sociedad.

Sabemos que los egipcios ya trabajaban el vidrio con su acostumbrada pericia, y se encontraron vasijas de vidrio en la profanación de las tumbas del período de Tutmosis III, que reinó entre 1504 y 1450 a. de C. Plinio el Viejo asegura que fueron los fenicios los que inventaron el vidrio al encender una hoguera con piedras de carbonato de calcio en la arena, mientras que en casas de la Pompeya arrasada por el Vesubio se encontraron trozos de

ventanas de cristal. Estamos también al corriente de que en el siglo XIII la ciudad veneciana de Murano contaba ya con sus famosos talleres de vidrio, que conseguían una máxima pureza, y que en la Francia de 1635 Sir Robert Mansell consiguió el monopolio de la fabricación de vidrio. Pero fue la Iglesia, decíamos, la que dio un impulso determinante a la fabricación y al uso del cristal, a través precisamente de los *vitraux* góticos que adornaban sus pequeñas y no tan pequeñas parroquias. Según referencias de Silvio Eneas Piccolomini -luego papa Pío II-, hacia mediados del siglo XV, buena parte de las casas de Viena contaban con un importante porcentaje de cristales en su edificación, y los invernaderos fabricados a base de vidrio comenzaban a ofrecerse por el climáticamente inclemente norte de Europa «alargando el margen climático de la región y el período de crecimiento de muchas plantas gracias a la energía solar que de otra manera se hubiera desaprovechado».[71]

Las gafas de cristal tienen por derecho propio un lugar destacado en la lista de inventos que facilitaron el surgimiento de movimientos humanistas, alargando el número de años que una persona podía leer al ser modificada su presbicia mediante las lentes de aumento convexas, o corrigiendo su miopía mediante lentes cóncavas. Las gafas fueron, en cualquier caso, un descubrimiento a rebufo de la imprenta, el gran invento que transformó la época y permitió a las huestes de Lutero -«esa fatalidad de fraile», como lo llamaba Nietzsche- expandir la lectura de la Biblia, arrinconándola en cada conciencia particular.

Un nuevo mundo se acercaba rápidamente gracias a la mejora de la técnica en la fabricación y el pulido del cristal. Así, dos nuevos tipos de gafas harán su resplandeciente aparición para nutrir el espíritu y alimentar el obrar humano: las unas servirán para ver muy de cerca, las otras para ver muy a lo lejos. Dando a luz a dos nuevos horizontes que se abren ante el Ser como una grieta descomunal bajo sus pies y un tajo inconmensurable sobre su cabeza, nuestra constitución física microscópica y nuestro hábitat psíquico macroscópico se verán profundamente trastocados.

A pesar de las controversias que suelen acompañar al origen y la autoría de los inventos técnicos, otorguemos a los intrépidos ópticos holandeses Zacharias Janssen y Johann Lippersheim la del microscopio en 1590 y la del telescopio en 1605. Toda la Ciencia con mayúscula que a partir de entonces se zambulló de cabeza en un mundo plagado de gérmenes y bacterias microscópicas, por un lado, y un Galileo Galilei ávido de conocer el funcionamiento rotatorio de la Tierra y de que lo quemaran vivo por hereje, por el

otro, rediseñaron la perspectiva del ser humano, dibujando un punto de fuga que partía de él mismo, pero que ahora se bifurcaba hacia el infinito por adentro y hacia lo alto.

También el cristal revolucionó el desarrollo de la química, porque como bien sabemos sus propiedades son resistentes a los cambios de la mayor parte de los elementos: una flotilla de tubos de ensayo y pipetas, de alambiques y probetas, de barómetros y termómetros para todos los gustos y científicos floreció al amparo del constante perfeccionamiento en la fabricación del cristal. Y estamos situados aún en el siglo XVII, si no cuna al menos sí carricoche de un material que ofrecía «una visión más penetrante, un interés más vivo por el mundo externo, una respuesta más precisa a una imagen clarificada, características que iban aparejadas a la extensa introducción del cristal».[72]

En la coctelera que hemos de agitar para dar a luz a la mirada del Occidente capitalista, ya hemos metido un ingrediente estructurante: a) el crecimiento de los usos técnicos del cristal. Añadimos entonces los siguientes ingredientes: b) el pleno desarrollo de la perspectiva, «que no es un hecho de la naturaleza que espera con paciencia la inteligencia de un sabio para actualizarse, sino que supone una manera de ver que adquiere sentido en una sociedad dada»;[73] c) la meticulosa observación de los cadáveres humanos coronada por *La lección de anatomía del Dr. Nicolaes Tulp* pintada por Rembrandt en 1632; d) la frase transformada en eslogan publicitario en la que, en su *Tratado de la pintura* de 1680, Leonardo afirmara a los cuatro vientos que *L'occhio é la finestra dell'anima*, y e) la entronización de los conceptos «observación científica» y «observación participante», que van cobrando fuerza y asertividad como si hubieran existido desde siempre. Agitamos con la pericia y el estilo de Marilyn cuando prepara unos manhattans en la bolsa de agua caliente en el tren de *Con faldas y a lo loco*, y tenemos como resultado que el ojo se afianza como el órgano más respetado y fiable del cuerpo humano.

(Es el modelo del cirujano -nos susurra Benjamin al oído entre paréntesis-, «moviendo con cautela sus manos entre los órganos del paciente»,[74] que en los más diversos órdenes de la realidad reemplaza al mago en la cúspide jerárquica del interventor social, situándose operativamente frente al problema no con la distancia natural que el mago mantenía con su paciente, sino con la injerencia políticocientífica cuya legitimidad se ha venido a ganar a pulso.)

La mina y el mundo de la mina y la polución y el mundo de la

polución que controlaron los tiempos de las revoluciones industriales paleotécnicas hicieron caso al cristal, sobre todo, cuando servía de soporte «anímico» al pesado y omnipresente rey de los materiales de la época: el hierro.

El escenario de los sueños de hombres y mujeres que se va construyendo a partir de entonces se fragua gracias a una alianza estratégica consumada entre el hierro y el cristal, capas dérmicas de la ciudad de ayer, hoy y siempre. El Crystal Palace de Londres fue matriz revolucionaria de esta alianza, y en su interior tuvo lugar la Exposición Universal de 1851, «la primera gran utopía del capital global»,[75] donde las riquezas contantes y sonantes y los aires de grandeza de las naciones más poderosas del mundo fueron agrupadas bajo un mismo techo. Con motivo de la Exposición Universal fueron traídos árboles y plantas de las más variadas especies planetarias, que decoraron una fantasía óptica que el buen entendedor podría haber definido como lo que verdaderamente era: un jardín de infantes para máquinas. Sus propias características arquitectónicas le daban rango de expositor y de exponente, jerarquía de hogar y de fachada, categoría de albergue y de fotografía de portada. Le corresponde así al Crystal Palace el honor de haber colocado la primera piedra sobre la que más tarde se levantaría el concepto «Disneylandia», esa impoluta región de la vida que «cierra el círculo de las exposiciones universales de modo que la celebración de la producción pasa a ser la producción de la celebración».[76] Encargado de presentar, representando, el avance irretenible de la Industria capitalista, el Crystal Palace y su cúpula cristalina pretendían mutar la Tierra en glorioso espejo del Cielo. La semilla del ideal actual de transparencia había sido sembrada, también, en las embrionarias Carcépolis[77] industriales.

A la vez que, por un lado, el Crystal Palace de Londres ofrece soporte material a la naciente ciudad capitalista, por el otro los mercados de París la dotan de significado simbólico: sería justo considerar a los *passages couverts parisiens* como precursores de los antiguos bazares, la moderna galería comercial, el *shopping* posmoderno y el *mall* hipermoderno. Sirviéndose de una guía ilustrada del París de la época, y haciendo historia con los desechos de la historia como tiene por costumbre, para el genio de Walter Benjamin los pasajes son «una nueva invención del lujo industrial, pasos entechados con vidrio y revestidos de mármol a través de toda una masa de casas cuyos propietarios se han unido para tales especulaciones. A ambos lados de estos pasos, que reciben su luz de arriba, se suceden las tiendas más elegantes, de modo que un pasaje

es una ciudad, incluso un mundo en pequeño».[78]

Al calor intenso de la electricidad, el siglo XX se fue abriendo paso hacia la luz, aunque las trincheras de las guerras mundiales eclipsaran los adelantos en materia lumínica. El tubo de rayos X, perfeccionado en 1895 por el físico alemán Röntgen, es demostrativo de esta apuesta de la sociedad que iniciaba el siglo XX por la luz que deja ver con claridad, incluso, el interior de las cosas: la realidad no puede tener secretos para la Ciencia. Con esta puerta abierta hacia la luz también el sol volvió a cobrar protagonismo, y fue científicamente probado que sus rayos ayudaban a prevenir el raquitismo y curar la tuberculosis. De la mano de la luz y del sol hizo su aparición sobre el escenario un actor nada secundario que derramaría su simbología a lo largo, a lo ancho y por todo lo alto del cuerpo social del presente: la asepsia quirúrgica.

Desaparición del secreto oculto de la materia que puede ser traspasada por unos rayos catódicos y aparición de la posibilidad de esterilizar las atmósferas: también en el ámbito científico las bases que sostendrán la inminente sociedad de la transparencia están sentadas (y esperan).

El cristal dejó su impronta en el mundo externo a la psiquis -suponiendo que exista un mundo externo a ellay disolvió la arraigada imaginería medieval, dando paso a un universo de infinitas bifurcaciones espacio-temporales debido a que, como señala con acierto Lewis Mumford, «el vidrio ayudó a poner el mundo en un marco, hizo posible ver ciertos elementos de la realidad más claramente, y enfocó la atención hacia un campo más definido, a saber, lo que precisamente se encontraba limitado por el marco».[79] A su vez, el cristal llevó a cabo no pocas e importantes modificaciones en el área de la personalidad individual y del carácter social.

¿Qué otro objeto refleja con mayor certeza al naciente individualismo burgués que el espejo? ¿En qué otro objeto, si no en el espejo, ese individualismo burgués anida incluso en las etapas más remotas de la civilización, cuando este ni siquiera existía? Hoy el espejo más empleado es la función selfie del teléfono móvil, pero se han localizado utensilios de tocador que funcionaban como espejos entre los antiguos egipcios, griegos, etruscos y romanos, y la Biblia no nos falla al recordarnos que en Éxodo 30:8 «Bezalel construyó un lavamanos de bronce usando los espejos de bronce donados por las mujeres que servían a la entrada de la Tienda del Encuentro».

En el extremo opuesto de la cuerda histórica tenemos el ambiente de colocación burgués, definido por Baudrillard en *El sistema de los objetos*, en esa época iniciática en que los objetos comenzaban su tiranía *contra* el individuo, cuando «el interior burgués multiplica los espejos en los muros, en los armarios, en las mesitas para retirar el servicio, en los aparadores, porque el espejo, como objeto de orden simbólico, no solo refleja los rasgos del individuo, sino que acompaña en su desarrollo el desarrollo histórico de la conciencia individual».[80] Hoy el espejo ha completado su retirada hacia el baño interior del hogar y hacia su baño exterior -el ascensor-, refugios donde el espejo ejerce toda su autoridad, «consagrado al cuidado preciso de la apariencia que exige el trato social».[81]

¿No está el psiquismo humano contemporáneo fabricado de reflejos incondicionales? Freud basó gran parte de sus teorías psicoanalíticas en el hecho de que el vidente invidente Tiresias le auguró a Narciso, el enamorado de su propio reflejo, muchos años de vida a condición de que nunca llegara a conocerse a sí mismo, mientras que Lewis Carroll intentó atravesar el espejo de la mano de Alicia, pero deslizándose sobre él como una bailarina de ballet en lugar de pretender destrozarlo. Uno de los espejos más ilustres de la historia es el pintado por Van Eyck en *Retrato de Giovanni Arnolfini y su esposa*, fechado en 1434, en el que se ve reflejada la ciudad de Brujas que está al otro lado de la ventana, momento en el que quizás el espejo comenzó a significar más identidad que reflejo.

El siglo XVI veneciano perfeccionó a tal punto la fabricación de cristal y abarató de tal modo sus costes de producción que, desde entonces, los palacios de cada uno de los príncipes o nobles de la época contaban con un salón de espejos que bien podrían decirnos lo que Clarice Lispector en alguna ocasión: que «el otro del otro soy yo». El autorretrato, técnica llevada a la perfección pictórica por Rembrandt en el siglo XVII, con los juegos de luces que dejan al descubierto desde la más ínfima arruga hasta el más obstinado folículo piloso -y, por tanto, abre las puertas a la vejez y a la muerte-, y las confesiones personales, llevadas al extremo vanidoso-literario por Jean-Jacques Rousseau un siglo más tarde -donde yo desconozco los dictados del Yo-, suponen puntos de inflexión de primer orden en las peripecias psicológicas y sociológicas del espejo como *soma* del alma humana. En el fondo, es la luz divina reciclada en poder fáctico la que provoca un efecto hipnótico (y letárgico), permitiendo al ojo ver algo donde antes nada (había) veía: el psicoanálisis se reparte clientes con la religión, pero el terapeuta se

oculta a la vista tras el diván del mismo modo que el cura se esconde a la mirada dentro del confesionario.

Ajeno por completo a las disquisiciones de Dios cuando es escrito con mayúscula, Julio Cortázar terminó devorándose (y devorándonos) en un canibalismo de oro como el que practicaban los axolotl en los acuarios del parisino Jardin des Plantes, «cuyos ojos de oro seguían ardiendo con su dulce, terrible luz; seguían mirándome desde una profundidad insondable que me daba vértigo».[82]

*La fragilidad del mal*

Capitalismo de cristal, pues: he aquí la definición que da cuenta de la mutación actual en la que se ha metamorfoseado y continúa metamorfoseándose el modo de producción, acumulación, consumo e intercambio de mercancías vigente.

¿Cuál puede haber sido el pistoletazo de salida del capitalismo de cristal? ¿Podemos dar parte del día de su nacimiento o fundación? Con el desparpajo de una Mariló Montero o la animosa actitud de una Anne Igartiburu, *El País* se encargaba de contarnos este suceso casi como si de una crónica social se tratara, y dos jornadas más tarde del día de autos comentaba así:

> Lehman Brothers sucumbió, y con su colapso convirtió el 14 de septiembre de 2008 en el día en el que el sistema bancario de Estados Unidos cambió su forma de funcionar. Su bancarrota, con un pasivo de 613.000 millones de dólares y unos activos teóricamente valorados en 639.000 millones de dólares, se convierte en la mayor quiebra de la historia, seis veces superior a la de Worldcom en 2002 y diez veces mayor que la de Enron en 2001.

La quiebra de Lehman Brothers, cuarto fondo de inversión norteamericano en importancia, puede tomarse como punto de inflexión o, empleando el concepto que era del gusto de Eric Hobsbawm, como *take off* de un capitalismo que en ese preciso instante peregrinó sin escalas del gas al cristal.

¿O deberíamos ponernos ortodoxo-marxistas-leninistas y situar el verdadero punto de partida de la crisis de las hipotecas *subprime* de 2008 en Estados Unidos, en aquella lejana decisión de algún grupo de pícaros ejecutivos financieros escolásticos del siglo XIII, que sin pretender contravenir el pasaje bíblico de Deuteronomio 23:20 -«Podrás cobrar interés a un extranjero, pero a tu hermano no

le cobrarás interés a fin de que el Señor tu Dios te bendiga en todo lo que emprendas en la tierra que vas a entrar para poseerla»- se sacaron de la galera una serie de títulos crediticios con el declarado fin de justificar y acomodar la fuerte presencia de la usura en la sociedad medieval? ¿Podríamos afirmar entonces que los *poena detentori*, los *damnun emergens* y los *lucrum cessans* escolásticos fueron los instrumentos financieros de aquella época a los que podemos situar como progenitores de los *Swap, Asset Backed Securities* y *Collateralized Debt Obligations* de la nuestra?[83]

Enumeremos las características más sobresalientes del capitalismo de cristal y rociémoslas con ejemplos concretos.

a) El cristal es propenso a las quiebras a nivel mundial: requiere rescates, parches y lavados de cara en general, como por ejemplo los que propició toda una Ley de Estabilización Económica de Urgencia, aprobada un viernes 3 no tan negro de octubre de 2008 por el Congreso de los Estados Unidos, que permitió la implementación del «Troubled Asset Relief Program», un macroprograma de rescate financiero que autorizó a la Secretaría del Tesoro dirigida por Henry Paulson -con una dilatada carrera en Goldman Sachs culminada con la presidencia ejecutiva entre 1994 y 1998, donde se habrá cruzado por los pasillos con Steven Mnuchin, vinculado al grupo y flamante secretario del Tesoro de la administración Trump- a gastar 700.000 millones de dólares de dinero público para realizar la compra de activos tóxicos y títulos crediticios respaldados por hipotecas basura o *subprime*, salvando así de la quiebra y del descrédito a importantes bancos de inversión y entidades financieras privados. O requiere rescates, parches y lavados de cara en general, como por ejemplo todo un «Special Liquidity Scheme» llevado a la práctica por el Bank of England una semana después del anuncio del TARP estadounidense, que empleó 50.000 millones de libras procedentes de las arcas públicas para «estabilizar y reconstruir el sistema bancario, pero no para dirigirlo», según se atajó en comentar el primer ministro Gordon Brown, suponemos que para tranquilizar a los adictos a esa destructiva droga conocida como *laissez faire*.

b) El cristal es propenso a las quiebras a nivel nacional: requiere rescates, parches y lavados de cara en general, como por ejemplo el que posibilitaron los 147.000 millones de euros de ayudas públicas otorgadas a Bankia por el Gobierno de España el 26 de mayo de 2012, cifra real que consta en un informe realizado en abril de 2016 por la Plataforma de la Auditoría Ciudadana de la Deuda y por el

concejal de Economía y Hacienda del Ayuntamiento de Madrid, Carlos Sánchez Mato, que fue realizado debido a que los organismos oficiales cifraban la ayuda en 23.000 millones de euros, a pesar de que incluso dos peritos del Banco de España ya habían elevado dicha cifra a 46.000 millones de euros.[84]

Rescates nacionales por aquí, parches internacionales por allí, lavado de cara global por acullá: el capitalismo de cristal tiene urgencias por renovarse a cada instante a riesgo de colapsar por propia implosión sistémica. Concebidas como operaciones de cirugía estética tan inevitables como épicas, ¿no parece sin embargo estar recurriendo al viejo truco de cometer el robo de manera evidente en nuestras propias narices como la forma más sencilla de pasar desapercibido? Recordemos a *The Washington Post* tachando al Corralito argentino de 2001 como «el mayor atraco bancario de la historia»…

¡El patrón oro ha muerto! ¡Viva el Bitcoin!

c) El cristal es frágil: produce goteos, fugas y filtraciones, sin ir más lejos como las de WikiLeaks, organización fundada por el ciberactivista australiano Julian Assange, que según nos recuerda Wikipedia «el 28 de noviembre de 2010 realizó una filtración masiva de documentos no clasificados, secretos o confidenciales provenientes del Departamento de Estado de los Estados Unidos. Los primeros 291 de los 251.287 documentos obtenidos fueron difundidos desde el servidor de la organización y de manera simultánea por una detallada cobertura de prensa de las cabeceras de *El País* (España), *Le Monde* (Francia), *Der Spiegel* (Alemania), *The Guardian* (Reino Unido) y *The New York Times* (Estados Unidos)».

d) El cristal es muy frágil: produce muchos goteos, muchas fugas y muchas filtraciones, sin ir más lejos como las propiciadas por Edward Snowden, consultor tecnológico estadounidense y antiguo empleado de la CIA, que en junio de 2013 hizo públicos, a través de los periódicos *The Guardian* y *The Washington Post*, documentos clasificados como de «Alto Secreto» sobre programas de la National Security Agency estadounidense, incluyendo los programas de vigilancia masiva PRISM y Xkeyscore.

e) El cristal es más que muy frágil: produce más que muchos goteos, más que muchas fugas y más que muchas filtraciones, sin ir más lejos las conocidas como «Papeles de Panamá», que en abril de 2016 destaparon miles de casos de evasión fiscal operados por el bufete de abogados Mossack Fonseca, y que también, según la wikifuente antes consultada, «reveló el ocultamiento de propiedades de empresas, activos, ganancias y evasión tributaria de jefes de

Estado y de Gobierno, líderes de la política mundial, personas políticamente expuestas y personalidades de las finanzas, negocios, deportes y arte».

Un día sí y otro también, Facebook se tambalea en Bolsa debido a las filtraciones de sus datos de usuarios, utilizados posteriormente con fines nada amistosos si no más bien todo lo contrario: electoralistas. Uno de los casos más sonados fue el ocurrido en marzo de 2018, cuando *The New York Times* y *The Observer* revelaron que la consultora Cambridge Analytica se había apropiado de los datos de 50 millones de usuarios estadounidenses con el objetivo de afinar con perfiles psicológicos las estrategias de atracción de voto de la campaña presidencial de Donald Trump.

La burbuja inmobiliaria, la confianza de los mercados, la quiebra del sistema financiero internacional, las filtraciones de datos personales ¿habrán sido construidas con grandes cantidades de cristal? No es de extrañar entonces que un certero *uppercut* a la mandíbula haya propiciado el *knock out* global.

f) El cristal es traicionero: ¿o acaso alguna delación puede compararse, en daños y perjuicios y en nocturnidad y alevosía, con la filtración de los datos de 39 millones de usuarios del portal de aventuras sexuales AshleyMadison. com? Recordemos, en efecto, cómo en agosto de 2015 dicho portal sufrió un ataque informático por parte de un equipo de especializados *hackers* autodenominados The Impact Team, que no solo se hizo con los datos de los usuarios de AshleyMadison.com sino que dejó las puertas bien abiertas para la elaboración de mapas interactivos con los más sorprendentes registros y estadísticas de infidelidad internacional. Y una cosa es que te señalen con el dedo por haber cometido fraude fiscal contra la Hacienda Pública habiendo ideado un complejo entramado de empresas fantasma en paraísos fiscales gracias al asesoramiento en ingeniería financiera de un bufete de abogados de contrastado prestigio nacional e internacional, y otra muy distinta que *toa* la peña se entere de que habías estado engañando a tu esposa, con la que contrajiste nupcias y juraste el sacramento del matrimonio católico apostólico romano en presencia de la plana mayor del Gobierno de turno.

Dada a conocer por entregas en plan culebrón, lo que multiplicó el suspense en todo el mundo, el portal de internet Genbeta contaba que el portal de internet Tecnilogica había realizado, efectivamente, un mapa interactivo con los datos filtrados, quedando la cosa más o menos así:

> En términos globales, la infidelidad llega prácticamente a

> todos los rincones del mundo, y solo se libran unas pocas regiones de África, Rusia, Kazajistán, Uzbekistán, Mongolia por completo, gran parte de Canadá y Alaska y algunos países árabes. Las mayores concentraciones de miembros activos tienen lugar en los EE.UU., México, Argentina y Brasil. Al otro lado del Atlántico, en Israel, Corea y Sudáfrica, mientras que en Europa el ranking lo lideran Suiza, Inglaterra (con una actividad en todo el país) y localidades del norte de Italia, noroeste de Francia y sudeste de Suecia. En España, madrileños, valencianos, catalanes, guipuzcoanos y andaluces son los más adúlteros (…). Por género, destacan sin duda los varones, que se hacen con el 85 % de los perfiles, un dato sorprendente si tenemos en cuenta el último análisis de Static Brain, cuyas estadísticas indican que los porcentajes de infidelidad entre hombres y mujeres se encuentran muy igualados (…). Aprovechando la coyuntura, por otra parte, Ddaviz.com ha elaborado algunos gráficos en los que se facilitan detalles sobre cuestiones como el tipo de cuerpo de los infieles, el color de cabello y ojos y su consumo de tabaco. Sus croquis, asimismo, recaban los funcionarios presentes en esta red (los políticos estadounidenses ganan por goleada) y el número de cuentas de las 25 ciudades más activas en AshleyMadison.com. Una curiosidad: Madrid se cuela en el undécimo puesto.

Filtraciones por aquí, fugas por allí, goteos por acullá: el capitalismo de cristal no tiene manos suficientes para tapar la ilimitada cantidad de grietas que se le abren y enfrentarse a los enanos que le crecen por todas partes. Formateadas a modo de amenazas latentes de que los chanchullos privados puedan hacerse públicos y destrozar para siempre la reputación o enviar a la cárcel de por vida al personaje filtrado, ¿no parecen sin embargo operar más como pegamento de fisuras ocasionales que como abrelatas del fraude sistémico que estructura el capitalismo de ayer, hoy y siempre?

g) El cristal tiene techo: aquel *glass ceiling barriers* aparecido en el lenguaje global gracias a un artículo de *The Wall Street Journal* de 1986 hacía referencia en sus orígenes a las barreras veladas a las que se veían expuestas las mujeres trabajadoras altamente cualificadas, a la hora de alcanzar los niveles jerárquicos más altos en el mundo de los negocios. Pero la metáfora se extendió y actualmente el «techo de cristal» remite a los nunca del todo reconocidos obstáculos que impiden el avance y la equiparación

salarial de las mujeres en sus posiciones laborales respecto a los hombres, en los más diversos ámbitos del trabajo. El 10 de marzo de 2016, el portal de internet Politikon presentaba las siguientes conclusiones al respecto:

> Según datos de la Comisión Europea, en 2015 las mujeres constituían solo el 21,2 % de los puestos en los consejos de administración, y únicamente alrededor del 17 % de los miembros no ejecutivos de las empresas cotizadas en Bolsa. Suponen, además, solo entre el 10 % y el 30 % de los catedráticos universitarios. En nuestro país, según datos de 2015 del Ministerio de Empleo y Seguridad Social, a finales de 2014 las mujeres representaban más del 46 % de la población activa en España, siendo la brecha salarial del 19,3 % en comparación con el 16,4 % de la media europea. El «Global Gender Gap Report Index» de 2015 elaborado por el Foro Económico Mundial indica que España ocupa el puesto 25 sobre 145 países en lo que a brecha global de género se refiere, el 67 en cuanto a participación económica y oportunidades y el 106 en igualdad salarial por trabajo similar.

En el correspondiente al año 2017, el mismo reporte del Foro Económico Mundial aseguraba que «al ritmo actual, un siglo es lo que se tardará en fulminar la brecha de género global. Cien años en lograr que hombres y mujeres tengan la misma participación política, acceso a la educación, a la salud e igualdad económica y laboral (…) tras una década de progresos lentos pero constantes, este año varios indicadores de paridad no solo se han estancado sino que han empeorado. Una caída que se debe fundamentalmente al incremento de la desigualdad en la representación política y en el lugar de trabajo».

Último botón de muestra de un catálogo prácticamente infinito, el informe «Análisis de las pensiones desde una perspectiva de género 2017», elaborado por la Unión General de Trabajadores, constataba:

> Más de 2,4 millones de personas en España cobran pensiones inferiores a 700 euros mensuales, 1,5 millones de las cuales son mujeres, lo que equivale al 72 %. La brecha salarial se sitúa actualmente en el 23,25 %, pero la de las pensiones asciende al 37,95 %. El 91,95 % de las pensiones de viudedad, significativamente más bajas que las de jubilación, son recibidas por mujeres.

Techo de cristal, pies de barro: la situación se asemeja al de la paradoja encerrada en el martillo rompecristales de emergencia que puede encontrarse en los trenes de Cercanías de Madrid, donde el cartel indica que hay que romper el cristal para acceder al martillo rompecristales; o a la contradicción que supone para el pobre barón Münchausen pretender salir de la ciénaga en la que ha caído tirándose de sus propios cabellos en la película de los Monty Python.

h) El cristal es la droga dominante: popularizada por el personaje de Walter White en la exitosa serie *Breaking Bad*, que viene a decir algo así como que, a la manera de un telespectador de programa de bricolaje, cualquiera es potencialmente capaz de fabricar su propia droga en su *motorhome* más o menos acondicionada para ello, el cristal se ha hecho con el control del mercado mundial, pero también con el abanico adictivo-emocional de la época.

Conocida en calles, callejones y pistas de baile de diferentes países del mundo con los seudónimos de «Speed», «Meth», «Batú», «Cristina», «Cruz blanca», «Tina», «Tiza», «Ventana», «Hielo» o «Vidrio», según nos ilustran diversos portales de internet especializados en la materia, la metanfetamina -tal su denominación científica- se diferencia por ejemplo de la cocaína en que no proviene en esencia de una planta, sino que se trata directamente de un compuesto químico cuya fórmula molecular es $C_{10}H_{15}N$.

Recientemente, el cristal ha sido catalogado por la revista *National Geographic* como «la droga más peligrosa del mundo». Lejos ha quedado la prevalencia del LSD que cantaban The Beatles a Lucy en el cielo con diamantes, el humo negro del opio retratado en el tremendo relato «La puerta de los cien pesares» de Rudyard Kipling, el *flower power* de la marihuana *hippie* de finales de los sesenta y principios de los setenta, el *crack* michaeljacksoniano de los ochenta, la heroína de la Movida madrileña o la cocaína menemista: el cristal es primera dama de la sociedad actual.

Según consta en el «Informe mundial sobre las drogas 2016», elaborado por la Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito, «en promedio las personas más jóvenes buscan tratamiento por trastornos debidos con mayor frecuencia al consumo de cannabis y anfetaminas que de otras drogas, mientras que las personas en tratamiento por trastornos relacionados con los opioides o la cocaína suelen hallarse en la treintena, lo que refleja un envejecimiento de la cohorte de consumidores de estas sustancias». Por otra parte, este informe ofrece datos del notable

crecimiento en la incautación mundial de estimulantes de tipo anfetamínico como el cristal, que en 2014 alcanzó un pico histórico con 170 toneladas incautadas, mientras que desde 2009 la incautación fluctuaba entre las 20 y las 46 toneladas.

Poco han cambiado las cosas en un par de años: en su informe de 2018, dicha oficina subraya que «los opiáceos causan el mayor daño y representan el 76 % de las muertes asociadas a consumo de sustancias psicoactivas», a la vez que alerta sobre el uso de fármacos sin prescripción médica, convertido ya en una gran amenaza para la salud pública y para «la aplicación de la ley en todo el mundo».

(Aunque, en realidad, deberíamos decir que la droga hegemónica de nuestra época es una que no aparece en los informes oficiales: el pegamento, que esnifan hasta la muerte millones de niños y niñas en favelas, villas miseria y similares estercoleros urbanos de todo el mundo. ¿Un futuro capitalismo de pegamento suplantando al actual capitalismo de cristal? Tiempo al tiempo, que la noche es joven.)

Difícil resulta encontrar un estudio que cruce las variables de nivel socioeconómico del consumidor y tipo de estupefaciente consumido, pero en agosto de 2014 *El confidencial* se hizo eco del informe de la ONUDC de ese año, señalando los diferentes precios de las sustancias estupefacientes: la heroína era la droga más costosa en un mercado caro como el europeo o el norteamericano, con un precio de 87 euros el gramo -contra un euro y medio en Kenia y 700 euros en Nueva Zelanda-, seguida precisamente por nuestro cristal de referencia y análisis, que roza los 85 euros de media en el mercado europeo. Vale decir que la metanfetamina es una droga cara que consumirán preferentemente las capas altas de la población: ya se las arreglarán, si es que aún no lo han hecho, para inventar el cristal de los pobres, del mismo modo en que un frasco de jarabe para la tos bebido de un trago fue la «pepa» de los pobres en Argentina durante la feroz dictadura de Videla y compañía.

Digamos para terminar este opúsculo que el *crystal meth* se adapta como anillo al dedo a las exigentes condiciones de la vida hipermoderna y supramoderna en la que vivimos, ampliando los píxeles que la confeccionan y acelerando los efectos que la sociedad nos provoca en cámara lenta. Al menos si hacemos caso al amplísimo listado que proporciona a la población mundial la cienciologista-alarmista-tomcruiseísta Fundación por un Mundo sin Drogas, que incluye «pérdida del apetito, incremento del ritmo

cardíaco, presión arterial y temperatura corporal, pautas del sueño alteradas, náuseas, comportamiento extraño, errático y a veces violento, alucinaciones, pánico y psicosis, convulsiones y muerte por sobredosis (a corto plazo); daño irreversible en los vasos sanguíneos del corazón y el cerebro, alta presión arterial, desnutrición, desorientación y apatía, agotamiento acompañado de confusión, depresión, apoplejía y muerte (a largo plazo)».

*La transparencia del bien*

Lo hemos comprobado: el cristal es un material propenso a las quiebras a nivel nacional e internacional, por lo que requiere rescates, parches y lavados de cara en general. Además, es característicamente frágil, muy frágil y más que muy frágil, motivo por el cual filtraciones, fugas y goteos están a la orden del día. Hemos constatado también que el cristal traiciona por la espalda con delaciones inimaginables, cubre techos poco tangibles y se asienta como droga dominante de nuestra época. También sabemos ahora que según Plinio el Viejo fueron los fenicios los que primero conocieron el cristal, y que en el siglo XIII los talleres de la ciudad veneciana de Murano conseguían fabricarlo de máxima pureza. A su vez, estamos al corriente de que las junglas de cemento que forzosamente habitamos son herederas directas de aquellas incipientes Carcépolis del siglo XIX, forjadas codo a codo por el hierro y el cristal.

Una última cualidad inherente al cristal nos queda finalmente por explorar a fondo aquí: su transparencia, encargada de sumergirnos de lleno en la emocionalidad moral del mundo.

Bien de consumo simbólico y mercancía de interés estratégico especialmente apreciada por los dueños del imaginario colectivo, el cristal instaura una transparencia de *facto*: permite ver, pero no se puede tocar. Gracias a esta cualidad de doble vertiente, el cristal resume *en sí* la idea material y la idea ideal que necesitamos alcanzar; merced a este atributo contradictorio pero performativo, el cristal se arroga *para sí* el derecho de constituirse como medio y fin, como origen y meta sobre el que se organiza una parte esencial del aparato ideológico de la sociedad de la transparencia actual.

Una prestigiosa y, damos por sentado, transparente institución internacional marca desde hace más de veinte años las tendencias de la moda en lo que a transparencia global se refiere, elaborando el «Índice de Percepción de la Corrupción». Estamos hablando de Transparencia Internacional, que en sus *banners* publicitarios se

autodefine como «la única ONG a escala universal dedicada a combatir la corrupción, congregando a la sociedad civil, sector privado y gobiernos en una amplia coalición global», destacando que su finalidad institucional es «actuar en aras de una mayor transparencia y del cumplimiento del principio de rendición de cuentas», muy a pesar de lo cual aclara que no denuncia casos individuales de corrupción porque entiende que esta es una «tarea fundamental de los periodistas».

Elevando la transparencia a valor de cambio simbólico de interés superlativo, si en 1995 el primer Índice de Percepción de la Corrupción de Transparencia Internacional otorgaba a Dinamarca un sobresaliente *cum laude* y a Camerún el suspenso más sonrojante, subrayábamos en *Máscaras sociales* que una década más tarde «Finlandia, Islandia y Nueva Zelanda -empollones de 9,6 puntos de media- han compartido en 2006 el prístino honor de ser los países con menor penetración de corrupción en sus instituciones gubernamentales y empresariales, en un ranking que cierra la pobre Haití en el puesto 163, mientras que España ocupa la meritoria plaza 23 -su 6,8 de media le permite aprobar holgadamente- y Argentina, no llores por mí, la 93 -su 2,9 de media la obliga a repasar la lección y volver a examinarse en marzo, hora local».[85]

Gürtel, Púnica, Taula, Auditorio, Palau, Noos, ERE, Bankia, Caixa Catalunya, Pujol sénior y Pujol júniors, contabilidades B y payasos para fiestas infantiles, bodorrios por todo lo alto y mítines políticos sin reparar en gastos, papeles de Bárcenas y grabaciones de Villarejo, títulos de graduado escolar y de máster, amén de un larguísimo etcétera de (supuestas) tramas de corrupción y (supuestas) organizaciones criminales mediante, en 2018 el paisaje corrupto-institucional de España ya no es lo que era. Así, atendiendo al último informe de Transparencia Internacional sobre Percepción de la Corrupción, publicado el 21 de febrero de 2018, España obtiene su peor registro histórico, situándose en el puesto 42 de un total de 180 países analizados, tras ceder un punto y un puesto con respecto al pésimo lugar que ya ocupaba en 2017, lo que la sitúa en el vagón de cola de la Unión Europea junto a Chipre y República Checa.

La lista negra de Transparencia Internacional es tal vez la más esperada por los fans de la verdad absoluta, pero no es la única: a ella se suma una gran cantidad de cuadrículas, listas y sudokus diseñados para dotar de orden riguroso y claridad visceral a nuestra sociedad de la transparencia.

Listados de transparencia global se elaboran para los gustos más

exigentes, como demuestra el del top 50 de los gigantes de la Bolsa, que cada 1 de enero pone en circulación la prensa internacional, empleando los análisis destacados por *Bloomberg, Forbes* y demás publicaciones financieras del estilo. Situándonos nuevamente en el arco de la década 2008-2018, vemos que las empresas tecnológicas se han subido a la chepa de las petroleras y eléctricas: si en 2008 este particular ranking de ostentación bursátil lo encabezaban Exxon Mobil, General Electric y Gazprom, diez años más tarde son Apple, Google y Microsoft las privilegiadas extractoras de plusvalía universal. Tampoco podemos decir que en diez años hayan sido barridas del mapa las campeonas de 2008: actualmente, Exxon Mobil ocupa el quinto lugar y General Electric el décimo, aunque Gazprom se cae misteriosamente de las empresas *top fifty*. Particular suerte parece tener Microsoft, que en la década analizada nunca se ha bajado del *top five*.

A este peculiar informe, que podría titularse «Índice de Derroche y Ostentación Bursátil Global», tampoco le va a la zaga el que desde 2009 elabora la empresa europea de *management* deportivo y representación de futbolistas Prime Time Sport. En su informe anual «Soccerex Transfer Review», esta empresa brinda información sobre el volumen de negocio del mercado internacional de fichajes y traspasos de futbolistas, «ofreciendo conclusiones sobre las variables que influyen decisivamente en la toma de decisiones de los directivos de los clubes de fútbol de todo el mundo». Lo cierto es que en 2010 este informe sirvió como complemento al «Big Mac Index» -publicado por la revista *The Economist*, que utiliza la hamburguesa de la multinacional norteamericana para comparar rasgos del poder adquisitivo de la población en diferentes países- a la hora de dar indicios de la magnitud de la crisis económica que azotaba al mundo entero desde 2008, ya que en él pudo constatarse que las cinco principales ligas de fútbol de la Unión Europea habían reducido la inversión en fichajes en un 29 % con respecto a la temporada anterior.

Un año más tarde, el Ayuntamiento de Madrid publicaba un informe en su metodología novedoso y en su realidad letal, en el que se concluía que la bolsa de basura había «adelgazado» a niveles incluso inferiores a los de veinte años atrás −1.212.093 toneladas de basura en 1996 vs. 1.200.421 en 2011-, y ello a pesar de que la población madrileña había aumentado en ese período en casi medio millón de personas.

En el fondo, que es la forma, la transparencia podría reducirse a

una cuestión de confianza. Porque la confianza en la conducta sincera de nuestro semejante cuando nos cruzamos con él en alguna de las calles relacionales de la *sociudad*[86] resulta un cálculo de notable importancia a la hora de tomar decisiones, teniendo en cuenta que, como bien hipotetiza Simmel, «construimos nuestras más trascendentales resoluciones sobre un complicado sistema de representaciones, la mayoría de las cuales supone la confianza en que no seremos engañados».[87]

¿Qué acto de máxima confianza en nuestros semejantes existe, hoy que la desconfianza xenohomófoba puebla bares y *happy hours*, platós de televisión y redacciones de periódicos, parlamentos y casas blancas y rosadas?

El acto de meter el *pin* de la tarjeta en el datáfono del supermercado, tal vez, porque comprobamos que el cajero y el cliente que nos sigue en la cola giran automáticamente la cabeza para «hacer ver» que no están atentos a esos cuatro dígitos de los que depende nuestra incalculable fortuna. ¿Buena educación? ¿Signo de complicidad? Es el dinero, que no es de nadie pero que mete miedo a todos. O, quizás, podemos recortar para el análisis otro acto de confianza que también tiene lugar en el súper: dejar sin atar el carrito de la compra, simulando hacerlo pasando la cadenita por el manillar. O, por qué no, el mayor ejemplo de confianza plena en nuestros semejantes, que continúa manteniéndose con vida desde tiempos inmemoriales: embarcar el equipaje en el maletero del autobús confiando en que nadie nos lo robará en paradas previas a nuestro destino.

De lo micro a lo macro, del carrito sin atar en el supermercado a las conclusiones del «Emerging Markets Bond Index Plus», elaborado por las agencias de (des)calificación financiera Moody's, Standard & Poor's y JP Morgan, que mide el «riesgo país», pasando por nuestras maletas viajando a la buena de Dios en el autobús a Bilbao y llegando al tremendo estallido de una crisis cíclica de sobreproducción capitalista en 2008 provocada, según la Reserva Federal estadounidense, por «la pérdida de confianza de los mercados», vemos que la confianza de *dicho* se enarbola como bandera de la transparencia de *hecho*. Y viceversa, claro: la confianza hace su rutilante aparición en el escenario social, económico, político y mediático *cuando se pierde*, mientras que la transparencia surge *cuando oscurece*.

¿El pueblo soberano pierde confianza en las instituciones de la Democracia con mayúscula que tantas transiciones costó estabilizar porque, prácticamente en secreto, el 27 de diciembre de 2011 el

partido en el Gobierno y el principal partido de la oposición modifican conjuntamente y de forma *express* el artículo 135 de la irreformable Constitución con el objetivo de limitar constitucionalmente el déficit público? Ley de Transparencia, Acceso a la Información y Buen Gobierno 19/2013 de 9 de diciembre que «tiene por objeto ampliar y reforzar la transparencia de la actividad pública, regular y garantizar el derecho de acceso a la información relativa a aquella actividad y establecer las obligaciones de buen gobierno que deben cumplir los responsables públicos», redactada a toda velocidad y puesta en práctica con lentitud probada. ¿Los lectores más fieles retiran la confianza a su cabecera informativa de referencia por su virulento giro en el sentido de las agujas del reloj? Cambio de director por directora, regalo de vajilla de porcelana de Sèvres cada domingo con la cartilla y transformación del eslogan de «El periódico independiente de la mañana» a «El periódico global» para no confundir con palabras sediciosas a los lectores.

La tan temida pérdida de confianza se ofrece a sí misma un lavado de cara inyectándose bótox de primera calidad y dándose un masaje relajante con final feliz a cuenta de las arcas públicas o del tipo de interés artificialmente rebajado para la devolución de préstamos electorales, en una suerte de hiperrealista auto-moción de confianza sin votos ni votantes reales. A espaldas del productor pero también del consumidor, el mercado libre y soberano restablece la pérdida de confianza en sus poderes mágicos frente al conjunto de la población económicamente activa de la única forma en que parece saber hacerlo: pateando la burbuja (de cristal) hacia delante.

*Profilaxis de inducción*

Ya cuando tomaba posesión de su reino, nuestro añorado amigo el discurso publicitario[88] hizo del cristal uno de sus productos estrella, en lo que quién sabe si algún día los historiadores denominarán «prehistoria de las leyes eternas de la transparencia social», confiriéndole al cristal propiedades solo defendidas hasta ese momento por la cristalinidad del agua. El cristal -publicitaban- es muy fácil de lavar, no coge el olor ni el sabor de los líquidos o los alimentos con los que rellenamos sus recipientes, tampoco es conductor del calor. Como si se tratara de un producto que podía encontrarse en la naturaleza tomándolo de las ramas de los árboles o segándolo de la tierra fértil, el discurso publicitario otorgaba al

cristal tratamiento de material noble y honesto, de factor desatascador de ambigüedades y contradicciones, gracias a la claridad meridiana ofrecida por la transparencia que el cristal traía incorporada desde la cuna y se llevaría hasta la tumba.

Esta cualidad «natural» del cristal se ha transformado hoy en su virtud social más encomiable: permitiendo ver pero no tocar, interponiéndose entre la espiritualidad de las cosas y la materialidad de los deseos, el cristal se presenta ante nosotros como un agente social idealmente capacitado para higienizar y esterilizar la realidad circundante. Porque es una función eminentemente profiláctica la que hemos encomendado en la actualidad al cristal, resultándonos su ayuda indispensable para evitar el contagio y defendernos de lo contagioso. Como si en realidad no fuera otra cosa que agua cristalizada, capaz de mantener la resistencia y conservar sus propiedades de sustancia inodora, incolora e insípida -de sustancia *aséptica*- tras el proceso de cristalización, la leyenda del cristal se construye socialmente ensalzándolo, precisamente, en su función de aislante profiláctico, garante de la transparencia necesaria que genere confianza mutua y brinde higiene en el marco de las transacciones sociales.

Encargado de empantallar profilácticamente los usos, costumbres e instituciones de la realidad, «operando la denegación del propio cuerpo y de las funciones primarias y orgánicas en beneficio de una objetividad radiante y funcional»,[89] como atentamente nos apunta Baudrillard, hemos destinado al cristal el diseño y montaje de un cerco transparente de razón pura que marca las distancias insalvables generadas entre la capacidad de mirar y la incapacidad de tocar.

¿Hemos dicho «empantallar»? Estimulante concepto, que en este *identikit* que le estamos sacando, nos auxilia para definir rasgos faciales, huellas dactilares y medidas antropométricas de nuestra sociedad de la transparencia con la mayor exactitud posible.

Probemos con la siguiente definición de cosecha propia del término «empantallar»:

> 1. tr. Mund. Llenar de pantallas de cristal líquido la realidad social, empantanándola.

Al margen de las múltiples pantallas fabricadas con cristal líquido que atiborran la realidad social, empantanándola, acuden a la memoria esas imágenes de botellas de cristal protegiendo los mensajes de *Save Our Souls* enviados por náufragos perdidos allende los mares, fantasía desesperada de la posibilidad de comunicarse

incluso en las peores circunstancias; o viene a la mente la imaginería del pequeño David Vetter viviendo, entre 1971 y 1984, dentro de una escafandra cristalina proporcionada por la NASA para aislarlo y defenderlo de su Síndrome de Inmunodeficiencia Combinada Severa, símbolo farandulero del *show business* de un futuro que llegó hace rato, ya lo ves. Este episodio del «niño burbuja» desbroza el terreno para la entrada del sida en el escenario, punto de inflexión a partir del cual la forma biológica de la profilaxis -que eliminaba todos los gérmenes- muta hacia su forma de acción comunicativa -que elimina todos los contactos personales.

Tampoco puede pasarnos desapercibida para el análisis la cámara de Gesell, desarrollada hacia los años cuarenta del siglo pasado por el psicólogo estadounidense Arnold Gesell, cuyo propósito era limitar los efectos de la observación participante del analista, sobre todo en niños y niñas particularmente conflictivos, tomando notas de sus comportamientos «protegido» por un cristal unidireccional.

Mirar sin tocar y ver sin ser visto continuaron fortaleciendo así su matrimonio por conveniencia gracias a estos artilugios técnicos, cómplices perfectos en el proceso de acumulación originaria de inmunidad y de impunidad que transitamos. Ya nos explicarán los filólogos algún día si es posible extraer una raíz común de *immūnis* e *impūnis*, donde se combinen conceptualmente estados de resistencia a acciones patógenas, privilegios de invulnerabilidad de representantes diplomáticos y acciones que quedan sin castigo, según definiciones del Diccionario de la Real Academia Española.[90] Todo, eso sí, bajo la estricta mirada de la *perspicuitas universalis*, nuestra transparencia universal más querida.

Del niño burbuja al niño salvaje, del niño lobo al que padece Trastorno por Déficit de Atención e Hiperactividad: una generación entera de Niños Perdidos peterpanescos parece hermanarse como sujetos experimentales de unas ciencias médicas y unas técnicas de laboratorio que son transparentes… para quienes observan a lo lejos en HD y pantalla gigante.

¿Presurización de la vida envasada al vacío en un inmenso paquete transparente? ¿La vida envuelta para regalo en un gigantesco preservativo de cristal?

Es la faceta más puritana, angelical y pudorosa de nuestra racionalidad instrumental la que se ha hecho cargo del sexo, y ello a pesar de los encomiables esfuerzos por darle aires poseedores de una libertad casi lindante con el libertinaje, que usualmente

intentan atribuir al sexo la publicidad de desodorantes y geles lubricantes, las efusivas emisiones televisivas de citas a ciegas y los portales de contactos íntimos para ligar.

Además de la propia destreza manifestada por la sexualidad para recubrirse de un fino pero impermeable manto de pavor durante siglos, el sida se instaló rápidamente en el imaginario y en la sociedad que lo sostiene, agitando un cóctel explosivo de terror al contacto y al contagio.

¿O es mera casualidad que Papas y Científicos canonizaran *ipso facto* la sangre y el semen como los pervertidos canales de riego por donde el sida inoculaba a los desenfrenados licenciosos su veneno sacrificial?

Con el advenimiento del sida surge y se consolida, efectivamente, un objeto paradigmático, que dibuja y reúne en sí mismo prácticamente todas las coordenadas de la metonímica sociedad de la transparencia actual: el preservativo. El invento no es nuestro, desde luego, ya que los antiguos egipcios empleaban condones de vejiga de cerdo, el siglo XVI utilizaba tretas profilácticas contra la sífilis, y en 1839 la empresa de neumáticos Goodyear comenzó a comercializarlos fabricándolos en caucho. Asumidos desde hace tiempo como objetos de consumo, más productos con valor de uso que mercancías con valor de cambio, lejos ha quedado el momento sonrojante que provocaba pedir preservativos con un hilo de voz inaudible a la farmacéutica del barrio. Convertidos hoy en complementos de moda tan naturales como la barba del hípster o en prendas de vestir tan *prêt-à-porter* como el chándal del adolescente, los preservativos pueden comprarse en máquinas expendedoras de bares y discotecas, inundan el mercado disfrazados de distintos colores y sabores, se acoplan perfectamente al tamaño del pene del usuario, S, L o XL, y el modelo todo incluido puede coronarse con rugosidades erotizantes o escogerse fabricado en una película preservativa tan delgada que la distancia queda simbólicamente eliminada.

Disfraz a medida que recubre el pene a la vez que en su transparencia lo deja completamente al descubierto, el preservativo es una vitrina perfecta convenientemente iluminada para ser admirado y venerado, en esa función de *autofocus* que tan bien supo explorar y explotar la vanguardista cinematografía pornográfica.

# «INSTRUMENTUM VOCALE»: MÁQUINAS DE MARCAR

El mundo fue inventado antiguo.

M. FERNÁNDEZ,
*Museo de la novela de la Eterna*

«*Made in*» *Capitalismo*

Desde que vino al mundo «chorreando sangre y lodo por todos los poros, desde la cabeza hasta los pies»,[91] el modo de producción, acumulación, consumo e intercambio de mercancías capitalista ha ido creciendo y perfeccionándose a sí mismo con la maestría de los que saben de esto: dejándose ver en su dimensión productiva más gigantesca cuando era preciso dar un golpe de autoridad sobre la mesa para desterrar de una vez y para siempre las trabas feudales que amenazaban con atraparlo; ocultándose tras la fachada de un capitalismo de ficción amable y responsable cuando las inocentes voces humanistas pregonaban la necesidad de un sistema más justo y solidario; haciendo malabares por los semáforos de la *sociudad* para extraer plusvalía relativa a la absoluta y plusvalía absoluta a la relativa cuando su fase consumista proclamaba a todos los vientos que lo suyo no era un capitalismo de producción sino de productos; metamorfoseándose en el instante en que la dimensión gaseosa de su perfil identitario no consiguió bastarle para llenar cada rincón y todos los minutos del mundo y cristalizó en un proceso de firme fragilidad y transparencia como el que ha conseguido imponerse.

A cielo abierto y a sol candente tiene lugar una yerra multitudinaria que separa claramente a marcadores de marcados. Y si los primeros se van de rositas montando sus altivos alazanes y calzándose sus sombreros de ala ancha, los segundos corren en cambio a buscar povidona yodada para curar sus almas mientras observan aterrados la *trade mark* capitalista tatuada en sus nalgas, en una leyenda tan estigmatizante como indeleble: *instrumentum*

*vocale*.[92]

Cada época posee una serie de particularizantes marcas características y objetos fetiche privilegiados, de variaciones cromáticas y humores mejor o peor llevados, de idearios de colección personal y obsesiones de imaginario colectivo, de formatos subliminales y formas de hecho, que de múltiples maneras se relacionan entre sí y con los acontecimientos de la historia que los han hecho nacer y los dejarán morir. También cada época adhiere al cuerpo social en el que vive un catastro de ruidos y un sistema de pesos y medidas que se le ajustan con firmeza y decisión. El par memoria/olvido se vincula en cada momento histórico de un modo específico, y la mirada adquiere a cada paso una dirección obligatoria diferencial que la encierra entre las cuatro paredes de la realidad. Drogas muy distintas conviven mejor o peor con las épocas: el Pervitin hitleriano permitía a las tropas nazis lanzarse a la guerra relámpago con la furia del rayo y el ánimo huracanado, al tiempo que alejaba al pueblo alemán de sus depresiones vitales; sin el concurso de la heroína, en la Argentina menemista la cocaína fue reina de las drogas, insuflando rayas de poder a los irresponsables más mequetrefes; la marihuana resultó icono del movimiento *hippie*, cuyos protagonistas ponían flores en los fusiles de los soldados estadounidenses que marchaban a combatir a Vietnam o en los cascos de la policía antidisturbios, mientras William Burroughs protestaba diciendo que el único modo en que él le ofrecería una flor a un policía sería plantada en una maceta y arrojada desde un quinto piso; el *crystal meth* o metanfetamina de toda la vida tiene en la exitosa serie *Breaking Bad* el prestigioso galardón de haber conseguido imponerse como droga dominante en nuestro capitalismo de cristal.

Cada forma del mundo capitalista posee, pues, un cuerpo general de *signos* a los que se aferra para estimularse y reproducirse, y de cada una de ellas emerge una sensibilidad particular.

Ya viajemos de la mano de Lewis Mumford y de su admirado Patrick Geddes llevando en la maleta sus fases eotécnica, paleotécnica y neotécnica, ya nos posmodernicemos colocando allí donde se abra una rendija teórica y comercial los adjetivos «consumo», «ficción», «líquido», «gaseoso» o «de cristal» como quien coloca en un apetecible puesto de trabajo al sobrino preferido, lo cierto es que en la *praxis* las diferentes fases mencionadas se superponen e interpenetran, se mezclan y combinan, se cruzan, multiplican y desmultiplican.

Hagamos un *refresh* al ejemplo de las plumas de escribir que con su habitual agudeza describe Lewis Mumford en *Técnica y civilización*. Si la pluma de ave tallada por su propietario es un producto típico de la era industrial artesana, vinculada aún estrechamente a la agricultura, que es casi continuación de la mano del que escribe, la pesada pluma de acero que la sucede en el tiempo nos acerca a ese útero de donde todo nace que es la mina, a la producción en masa y a la duración ya incuestionable del capitalismo: es la mano que debe adaptarse a la pluma y no es la pluma una continuación de la mano. La pluma estilográfica es fiel representante de un tiempo que linda con el nuestro: cuenta con un tubo de caucho o de plástico que incorpora un cartucho de tinta interno capaz de prescindir del afuera del tintero, con su versión en bolígrafo automático que caracteriza la economía temporal y libidinal de mediados del siglo XX. Mano y pluma no se vinculan continuándose ni adaptándose: todas las manos son ya aptas para todas las plumas.

¿Cuál será entonces la pluma de escribir dominante o que está por convertirse en dominante? ¿Acaso será sencillamente el dedo del usuario que pulsa sus opciones en la gigantesca pantalla táctil del mundo? ¿O será más bien el viento que su mano produce para vincularse con los objetos técnicos gracias al control gestual que llevan incorporados? Aunque todo parece indicar que la mirada prensil que sale del sistema *smart scroll* visual será la encargada definitiva de tocar a conciencia las teclas del desafinado piano universal…

Es la tendencia imaginaria a la desaparición general de los objetos técnicos la gran revolución que ha comenzado a gestarse, presionando la fantasía personal y colectiva de la actualidad. Y no solo la pluma y la cámara de fotos, el teléfono móvil y WhatsApp han pasado a formar parte, cada uno a su manera, de nuestro propio cuerpo, sino que también la escritura que la pluma traza, el marco visual que la fotografía establece, la angustia oral que la comunicación introyecta y la ansiedad táctil que el mensaje impone se interiorizan mecánicamente, jugando a trabajar sobre un escenario transparente y cristalino en el que la realidad se imprime en *streaming* desde el pensamiento global.

Y, en el límite, la tendencia a la desaparición simbólica del ser humano, que será sustituida por esa nueva raza de autómatas que crece en la barriguita del capitalismo de cristal.

*Polución, divino tesoro*

«La primera marca de la industria paleotécnica fue la polución del aire»,[93] nos cuenta Lewis Mumford con la contundencia en la idea y la dura poética en el estilo que lo caracterizaban. Y ello ocurría en ciudades con edificaciones «de ladrillos rojos, o de ladrillos que hubieran sido rojos si el humo y las cenizas lo hubieran consentido»,[94] para decirlo con trazos de lírica dickensiana no menos definitivos. En esa época de efervescencia industrial, los propietarios de los altos hornos de las fábricas que quemaban carbón para producir su energía desatendieron por ejemplo las sugerencias de todo un Benjamin Franklin, empeñado en promover algo así como una campaña de ahorro energético, basada en la doble utilización del carbón de quemar. Y ello debido a que, según sus propios cálculos, en el proceso de combustión solo se utilizaba verdaderamente el 10 % de la energía procedente del carbón, mientras que el 90 % restante se perdía en forma de radiación y de humo. Tan petulante derroche energético, pensaría Franklin, no ayudaba ni mucho menos a convertir el tiempo en oro. Muy por el contrario, a esta fase de organización capitalista irracional parecía sobrarle el tiempo y el dinero, capaz como era de quemarlo y expulsarlo por las chimeneas de sus fábricas. Una ilusión de superioridad civilizatoria parece, pues, encontrarse en el fondo del uso y abuso de recursos energéticos desperdiciados a granel.

¿No son las crisis cíclicas de sobreproducción capitalistas, tan acertadamente ilustradas por esas fotografías de la Enciclopedia Salvat de mi infancia en las que podían observarse buques de carga en alta mar desde cuyas bordas se tiraban ingentes cantidades de litros de leche, suficiente motivo para justificar esa «tragedia del derroche», tal como performativamente la llamaba el economista norteamericano Stuart Chase en los años treinta del siglo XX?

A tal punto esta (supuestamente) anómala situación de la producción en el seno de la segunda revolución industrial preocupó al siempre puntilloso *todo-cientista-social* Lewis Mumford como dato sociológico, que se encargó de establecer el coste anual de las labores de limpieza ocasionadas por la polución del *smog* -combinación léxica de *smoke* y *fog*- que tuvo que encarar la ciudad de Pittsburgh por aquellos tiempos. Y entre otras cifras exorbitantes acumuladas incluyó 360.000 dólares por «limpieza extraordinaria de cortinas», si bien la dificultad de la tarea de estimar las grandes pérdidas económicas ocasionadas «por la disminución de la salud y la vitalidad provocadas por la interferencia del humo en los rayos del sol»[95] le impidió pronunciarse financieramente al respecto.

Prácticas de despilfarro energético semejantes podían verificarse en los más recónditos parajes del orbe, según constató el Gran Puntilloso Karl Marx, que desde las páginas de *El Capital* señalaba que en los estados del Plata «se sacrifica un animal entero para arrebatarle el cuero o el sebo».[96]

La polución del aire pudo ser, en efecto, la primera marca capitalista conocida y reconocida por la segunda revolución industrial, pero fue el derroche indiscriminado de energías la actividad humana que le otorgó fundamento: si la primera se convirtió en el símbolo, en el logotipo de la marca «Capitalismo», el segundo se enquistó en el imaginario colectivo como práctica aceptada de riqueza y poder, enraizándose como su eslogan publicitario. En esta dirección apunta el suave puñal de Thorstein Veblen cuando confirma que «para que el gasto sea prestigioso ha de ser derrochador: la riqueza y el poder deben ser exhibidos, pues la estima solo se concede a cosas que se ven».[97] Los claroscuros que al final de cada ejercicio contable se ciernen sobre las cuentas de resultados de las grandes empresas, que buscan pavonearse ante sus accionistas y acicalarse frente a la publicidad, son testigo de cargo más que pertinente para el caso que nos ocupa.

También el inefable Werner Sombart hace gala de su daga intelectual más afilada al mantener una agria discusión con el mismísimo Diderot, a quien acusa de equivocarse citando al criado enriquecido Bonnier como el primero de esta clase ascendente de comerciantes y prestamistas en ostentar lujo y caudales, entre otras cuestiones porque ya en el siglo XV había vivido en Francia Jacques Cœur, prestamista enriquecido que poseía palacios en París y Lyon, mientras que en el siglo XVI el «ricacho» Thomas Bohier construyó Chenonceaux, habida cuenta de que en el siglo XVII nada menos que Luis XIV se quejaba del lujo desvergonzado que llevaba la «canalla enriquecida» que lo rodeaba en la Corte. Añade Sombart en su escrito -cuya materia prima son el lujo derrochador y el gasto suntuario entendidos como generadores del espíritu y la materialidad capitalista-, que «ya en la época de Dante encontramos tipos de esta clase, como Giacomo de San Andrea, que arroja al río objetos de oro y plata, y prende fuego a un edificio para aumentar el regocijo de una fiesta».[98] A tal punto el despilfarro de lujo y riquezas es una práctica habitual en estos tiempos preindustriales, que se forman sociedades de derrochadores, como la conocida *brigata godericcia* o *spendericcia*, mientras el propio Dante las llora en las páginas de la *Divina comedia*:

> Las nuevas gentes y las ganancias súbitas,

han generado orgullo y demasía,
en ti, Florencia, y de ello te lamentas.[99]

El derroche y la ostentación de riqueza y poder como práctica pecuniaria y sello de distinción de pertenencia a la clase ociosa constituyen, inevitablemente, un gran éxito de ayer, de hoy y de siempre.

La niebla del *smog* y las tonalidades grises y negras que ocultaban la sórdida realidad de la ciudad industrial en la que nos estamos situando, con sus gigantescas montañas de basuras, sus fétidos regueros de excrementos y los cuerpos de perros, gatos, ratas y seres humanos deambulando por las calles con sus novedosas deformidades orgánicas *made in* Capitalismo, resultaron una inspiración significativa para muchos de los más afamados pintores de la época, con Turner a la cabeza. Sin embargo, no es de extrañar que en cuestión de un par de años las escenas rurales y los temas paisajísticos adquirieran una mayor relevancia en el espacio pictórico: la pintura es luz, y el capitalismo, muerte. Cuentan los expertos que los Monet, Manet, Pissarro, Renoir, Degas, Van Gogh y tantos otros genios de la pintura de aquel período tuvieron que marcharse a buscar a la campiña el aire puro que entra suavemente en los pulmones y la luz del sol que rauda se aloja en la epidermis, del mismo modo que Melville se marchó a los mares del Sur, Thoreau a los bosques de Walden o Tolstói al ambiente campesino. Estas pinturas plenas de colores y luces resultaban inversamente proporcionales a las estaciones de tren encerradas en *smog* que también ellos habían retratado.

En cierta medida, diríase por un lado que, a no ser para la industria del lujo que producía individuos lujosos, el aire limpio y la luz del sol carecían de valor de cambio efectivo para el mercado capitalista de entonces. Y por otro lado, confirmamos que el valor de uso beneficioso de los efectos del aire y el sol en la salud de las personas era constantemente refutado por sesudas investigaciones de la Gran Sociología Naciente, uno de cuyos miembros más destacados era el desaforado escocés Andrew Ure, que promocionaba las ventajas de las luces de gas que iluminaban las fábricas capitalistas día y noche.

La contaminación lumínica de las ciudades que con tanto énfasis denunciara Walter Benjamin en sus escritos, porque impedía palpar el aura de las estrellas y de la noche, está al caer con el advenimiento de la electricidad. Pero la iluminación a ritmo de gas tendría consecuencias muy distintas y en este aspecto podríamos

estarle agradecidos, ¿o no pudo haber ocurrido que el género literario anclado en lo sobrenatural, con sus espíritus observantes, sus fantasmas encadenados y sus casas Usher, que atravesó con sus terrores casi todo el siglo XIX alumbrando -¡nunca mejor dicho!- obras fabulosas como *Drácula, Otra vuelta de tuerca, El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde* o cualquiera de los relatos de Poe, tuviera sus orígenes e inspiraciones precisamente en la inhalación del gas con el que comenzaron a alimentarse las farolas de las calles de la época?

Al despilfarro petulante de riquezas y energías, materializándose a través del carbón de quemar que se perdía sin ahorrarse ni reutilizarse por las chimeneas de las fábricas, y que aumentaba exponencialmente la suciedad del medio ambiente en general y la polución del aire en particular, es preciso sumar ciertos despilfarros complementarios.

Las fábricas de esta fase capitalista desorganizadamente racional, situadas la mayoría de ellas dentro del núcleo urbano central, no solo dilapidaban recursos por arriba sino también por abajo: sus vertidos químicos e industriales, de máxima toxicidad, contaminaron durante años, por no decir durante siglos, las corrientes de agua de la ciudad y los primeros alcantarillados públicos. Tampoco ayudó a la higiene de la ciudad de la época la contaminación surgida a partir de los orines y excrementos humanos, deposiciones que se hacían directamente en las aceras o se vertían en las aguas de las cloacas sin tratamiento previo.

¿Una vez como tragedia y otra como farsa?

Cuando menos resulta curioso enterarnos de que uno de los problemas más acuciantes sufridos hoy en día por el alcantarillado público de las principales ciudades del orbe no se debe al exceso de suciedad provocada por los orines y excrementos volcados en aceras, calles y cloacas, como ocurría entre los albores y la consolidación de la segunda revolución industrial, sino a la obsesión por la higiene de los habitantes del presente. Efectivamente, los datos nos confirman que son las «toallitas higiénicas» que desaprensivamente tiramos al inodoro las que suponen actualmente «un problema global», en opinión de los especialistas. Y del mismo modo que la polución del aire de la época paleotécnica descrita por Mumford se cobraba una fortuna en la limpieza de cortinas de Pittsburgh, la contaminación provocada por el vertido de este tipo de toallitas en los retretes ha ocasionado en nuestra época hipertécnica un gasto de limpieza de 18 millones de dólares en Nueva York en los últimos cinco años, según informaba *The New*

*York Times* el 13 de marzo de 2015, o ha supuesto el gasto de cifras cercanas a los 1.000 millones de euros anuales en el conjunto de la Unión Europea, según datos ofrecidos ese mismo año por EurEau, la asociación que agrupa a las empresas de abastecimiento y saneamiento de veintisiete países europeos.

¿Grandes éxitos de ayer, hoy y siempre?

En diciembre de 1952, la contaminación emitida por las fábricas que seguían instaladas en pleno centro de Londres se alió con una intensa bajada de las temperaturas, ocasionando una concentración dramática de agentes contaminantes que no pudieron dispersarse por la atmósfera, lo que provocó la muerte de cuatro mil personas solo entre el 5 y el 9 de diciembre, mientras que hoy en día no se es un alcalde *comme il faut* si no se compromete a prohibir la circulación de vehículos con motor diésel a partir de 2025.

Esta agonía londinense, ¿no es idéntica a la que circulaba por la ciudad que observa Eneas, «urbe de enorme puerta frontera, con jambas de tan duro acero que ninguna fuerza humana o embestida celeste podría derribarlas, dentro de la cual gemidos se oyen y crueles resonar de azotes, chillar de hierros y arrastrarse de cadenas»?,[100] ¿no es la misma muerte la que habitaba la ciudad de Dite, «urbe de pesados ciudadanos y grandes escuadras, rodeada de altas fosas que parecen de hierro y cuyas mezquitas se ven desde el valle, bermejas, como si del fuego salidas, fuego eterno que les arde adentro en este bajo infierno»?[101]

Contaminación ambiental por arriba y por abajo, dilapidación de recursos energéticos a pleno rendimiento: a nivel material, poco parecen haber cambiado las cosas desde que en 1784, al decir de Marx, «el gran genio de Watt obtuvo la patente de su máquina de vapor registrándola no como invento para fines especiales sino como *agente general de la gran industria*».[102] Y ello al margen del aumento cuantitativo provocado por el teleológico crecimiento de la industrialización capitalista y el previsible incremento de la población mundial (¡Escupamos sobre Malthus!).

Para corroborar estas hipótesis no hace falta desplegar una cadena de datos ni amontonar ruina sobre ruina, más bien alcanza con aportar los siguientes ejemplos: la imposibilidad real de llegar a acuerdos concretos en materia de reducción de gases de efecto invernadero por parte de los llamados «países más industrializados del mundo»; las constantes multas pagadas -que resultan siempre inferiores que los beneficios obtenidos con la trampa- que la Comisión Europea impone regularmente a las empresas por

incumplir las directivas de eficiencia energética de la Unión Europea; las 9.756 muertes anuales que según la Organización Mundial de la Salud se cobra en Argentina el conocido como «asesino invisible», una mortífera contaminación del aire atmosférico que en la ciudad de Buenos Aires -*menudacontradictio in terminis*- se sitúa un 40 % por encima de los niveles de aire respirable considerados seguros por dicha organización.

Sin la vehemencia fanática de un Andrew Ure y sus adulaciones gasísticas o la genialidad ondulatoria de un Émile Durkheim alabando los beneficios de la solidaridad orgánica por sobre los de la solidaridad mecánica, casi trescientos años después de que una clase social de individuos propietaria de los medios de producción (¡Escupamos sobre Marx!) no tan libre de pecado tirara la primera piedra y escondiera todas sus manos, la banalidad del bien ha tomado el mando en las operaciones en lo que al cambio climático se refiere: sin ir más lejos, el flamante presidente de Estados Unidos ha elegido como máximo responsable de la Agencia para la Protección del Medio Ambiente del país más contaminante del mundo a Scott Pruitt, un veterano fiscal de Oklahoma abonado al «negacionismo» que descree de la contribución del ser humano al cambio climático tanto como *in God he trusts*.

*El ruido, cadáver del sonido*

A la par del petulante derroche de carbón que ensuciaba el aire general de la ciudad y de sus habitantes en tiempos de la Revolución Industrial, un sonido ambiente, una cortina musical muy sencilla de identificar se asocia íntimamente con la polución para vestir al escenario capitalista con su particular disfraz: el ruido constante y ensordecedor, comenzando a hacer las veces de interlocutor social. Dificultades socialmente genéticas para respirar, para ver y para oír con claridad son tres caras de la misma moneda, que nace ya desgastada.

La máquina de vapor original de Watt mantuvo el ruido en sus estruendosos niveles iniciáticos, en contra del deseo del propio inventor de suavizar tan inhumanos decibelios con nuevos métodos técnicos que estaban al alcance de la mano, y de la oreja. Criaturas de sus propias creaciones, los mismos inventores de las máquinas son incapaces de luchar contra los designios de la época: una vez que la máquina se ha convertido en fuerza productiva se halla completamente a merced de las relaciones sociales de producción.

Es la figura del autómata que sacude transversalmente nuestra

edad y nuestra geografía, asumiendo el rol de lo reprimido en las formaciones imaginarias y en el inconsciente social, y que con su mano maestra ilustra Melville en el siguiente párrafo de «El campanario»:

> Por un tiempo, olvidó a su criatura; pero esta no le olvidó a él y fiel al propósito con el que había sido creada y al resorte que le daba cuerda, dejó su puesto precisamente en el momento indicado, se deslizó sin ruido por los raíles recién engrasados hacia su objetivo, y apuntando a las manos de la Una, para tañer una estruendosa nota, golpeó sordamente el cráneo de Bannadonna, que estaba de espaldas; los brazos volvieron a alzarse a su amenazadora posición. El cuerpo caído impidió el regreso del objeto, así que permaneció allí, junto a Bannadonna, como si le recitase algún espantoso *post mortem*. El cincel yacía caído de la mano, pero junto a ella estaba la botella de aceite derramada sobre el raíl de hierro. Así, el esclavo ciego obedeció a su señor aún más ciego: pero al obedecerle lo mató. Así la criatura acabó con su creador. Así la campana resultó demasiado pesada para la torre. Así el punto débil de la campana estuvo donde la había debilitado la sangre del hombre. Y así el orgullo precedió a la caída.[103]

El oído no tiene párpados, por lo que las esclusas resultan vanas: al contrario que la imagen, que permanece en el espacio y puede ser visitada y revisitada en el tiempo, el sonido es inasible y fugaz. Cien mil gargantas gritan el gol de Sergio Ramos en el minuto 93 y 47 millones el de Iniesta en el 116, cientos de fans chillan al unísono porque Bisbal y Chenoa han subido juntos al escenario en la gala *revival* de Operación Triunfo: cuando muchas voces se unen en una única Voz, la sensación de pertenencia se hace viral y la retroalimentación sonora está preparada para fortalecer la masa deportivo-corporativa, la muchedumbre espectacular o la multitud política.

Demasiado bien conocía los entresijos de estas consideraciones sociológicas fundamentales el fonoaudiólogo que Hitler llevaba dentro, cuya voz arengando a las masas nacionalsocialistas nunca dejaba de sonar por la radio y de emitirse a través de altavoces situados estratégicamente en las calles de pueblos y ciudades alemanas, con lo que tal vez encontramos aquí el origen del primer hilo o cortina musical de la historia. Chaplin retrató a la perfección estas delicadas cuestiones propagandísticas en *El gran dictador*, y Martín Kohan nos ofrece una instructiva idea cuando comenta que

Hitler y la radio «fueron dos mitades de un mismo motor totalitario, que se encontraron y se acoplaron».[104] Si Luis XIV podía vanagloriarse al decir *L'État c'est moi*, Hitler podría haberlo hecho diciendo *Das Rundfunk bin ich*. Que en la vigilia resulte imposible dejar de oír la voz de Hitler, de Mussolini o de Franco, convierte las peores pesadillas en los sueños más dulces, normalizando la presencia del Jefe una vez que el reloj despertador suena y hay que ir a trabajar.

Estar en posesión de los medios de emisión de ruido -por parafrasearlo en clave marxista-, o ser dueño del monopolio de la violencia ruidística legítima -por hacerlo en clave weberiana-, constituye una garantía de éxito en la lucha por reducir al Otro al silencio y quitarle, en el fondo, la posesión de la Palabra. Si bien el oído no deja de ser, como antes veíamos, un sentido de superficie, es cierto también que comparte con el sentido del olfato la capacidad sensorial de desnudar las apariencias. Así, en la inmensidad de ese otro mar verde que es la Pampa, el baqueano se deja guiar mucho más por los sonidos que escucha y los olores que percibe que por la vista que (no) ve, como nos cuentan con brillantez Ezequiel Martínez Estrada en *Radiografía de la Pampa*, Ricardo Güiraldes en *Don Segundo Sombra* y Domingo F. Sarmiento en *Facundo*, este último relatando, por ejemplo, cómo el caudillo Juan Manuel de Rosas se orientaba en su vastísima hacienda bonaerense por el diferente olor de los pastos que arrancaba a puñados sin apearse del caballo. Traducido al mundo hiposensitivo de la ciudad actual, observamos que el avezado urbanita no necesita consultar Google Maps para saber qué combinaciones de metro serán las más indicadas para llegar a su destino final, conoce a la perfección en qué sitio del andén deberá situarse para bajar justo frente a la escalera mecánica de salida, y es experto en el arte de fingir un sueño profundo para no ceder el asiento a la mujer embarazada.

Se oye antes que se ve al animal salvaje atacar: el combate es cuerpo a cuerpo, y cada ruido del follaje es una señal acústica que me permitirá reaccionar. Se ve antes que se oye al coche frenar: el combate es de un cuerpo contra muchos cuerpos, y no distingo cuál de todos los cuerpos me está atacando porque el sonido es ruido. Cuando la audición se ve forzada en una situación de la que no puede escapar, el sonido pasa a convertirse en ruido.

El divorcio entre el sonido y el ruido, que no deja de ser corolario del sempiterno divorcio entre la naturaleza salvaje y la cultura estandarizada, entre el campo abierto y la ciudad cerrada,

es tratado con singular maestría por Cortázar en «La noche boca arriba», un relato en el que, como recordaremos, intercambian sueños y realidades un hombre que sufre un aparatoso accidente de moto en una ciudad moderna y un hombre que huye de la guerra florida en una cacería moteca. Para intentar sobrevivir, los protagonistas emplean sentidos diferentes y, diríase, funcionalmente opuestos: desde su inerme cama de hospital, el hombre actual necesita *ver*, por lo que disocia «las voces que no parecían pertenecer a las caras suspendidas sobre él»,[105] desde su huida frenética, el hombre inactual necesita *oír*, por lo que termina su fuga truncada «tendido boca arriba con los ojos cerrados entre las hogueras».[106]

Todo esto es Simmel, por supuesto, cuando en «Las grandes urbes y la vida del espíritu» nos dice que «el fundamento psicológico sobre el que se alza el tipo de individualidades urbanitas es el acrecentamiento de la vida nerviosa».[107] El perímetro de extensión adecuado de la polis griega se medía por la distancia existente entre el orador que hablaba y el último de sus conciudadanos capaz de oírlo con claridad. En la gran ciudad, lo que el sentido de la mirada abarca es una serie infinita de impresiones que se nos impone: si tuviéramos que ser capaces de diferenciar cada color, cada sonido o cada olor que nos (a)salta al paso en las grandes urbes, resultaría prácticamente imposible siquiera caminar.

Pero a pesar de todo, o quizás precisamente por ello, no solo somos capaces de andar, sino que lo hacemos mirando con atención la pantalla del teléfono móvil y escribiendo a conciencia mensajes de WhatsApp *al mismo tiempo*: el móvil es el cabestro que tira de nosotros por las calles de la ciudad.

Con esa bellísima prosa del naturalista sabio metido a cuentacuentos que tal vez poseían solo William Henry Hudson y él mismo, en *Walden o la vida en los bosques* Henry David Thoreau realiza un minucioso inventario de los sonidos de un bosque aún a salvo de la industrialización que nacía al mundo, significada esta por el tren de Fitchburg que pasa junto al lago donde vive, con su locomotora y sus vagones «en movimiento planetario, con la nube de vapor como estandarte que se extiende en guirnaldas de oro y plata, como un semidiós viajero que quisiera tomar el ocaso como librea de su cortejo, un caballo de hierro que hace resonar las colinas con su bufido de trueno, sacudiendo la tierra con sus cascos. Ignoro qué clase de caballo alado o qué fiero dragón colocarán en la

nueva mitología».[108] Clasificados y diferenciados según las distintas estaciones del año que transcurrían bajo su escucha, entre muchísimos otros, los sonidos del bosque incluyen los producidos por corrientes de agua, lluvias y vientos y «el distante mugido de alguna vaca que ponía dulzura en el horizonte semejante a la voz de trovadores, o la serenata de un búho ululante, tal vez el sonido más melancólico de la naturaleza que en mi imaginación evocaba espíritus necrófagos y aullidos de idiotas y locos».[109] También tomó notas Thoreau de los ruidos domésticos que lo acompañaban, de los que tenía un verdadero déficit, porque «jamás tuve perro, gato, vaca, cerdo ni gallinas; ni la mantequera, la rueca, el canto de la marmita, el silbido del puchero ni el alboroto de niños estaban allí para consolarme: un hombre del *Ancien régime* hubiera perdido el juicio o hubiera muerto de aburrimiento, pues ni siquiera había ratas en las paredes».[110]

Un saludable ejercicio sociológico sería sin duda, imitando a Thoreau, llevar a cabo un inventario de los ruidos capitalistas.

El estrépito provocado por la primera máquina de vapor de Watt -que, como veíamos, los poderes fácticos de la época no le dejaron suavizar, a pesar de que según el propio inventor era perfectamente posible-, podría ser considerado por nuestro inventario como la primera piedra de toque utilizada en la construcción de todo un nuevo régimen de ruidos que comienza a remodelar las sensibilidades sonoras de los individuos. Y esto es así tanto por el ruido ensordecedor de la máquina de Watt en particular y de la máquina capitalista en general, como por las negativas a reducirlo: el ruido nace así al mundo como (otra) marca emblemática y orgulloso estandarte de la ciclópea fuerza capitalista. Al ruido de la máquina, el capital naciente lo considera música para sus oídos.

Desde luego, no pensemos que el ruido de la máquina encuentra el campo sonoro vacío y se impone sin necesidad de una lucha sin cuartel. ¡La lucha de clases se dirime en cuestión de detalles! El ruido de la máquina tiene que vérselas con un enemigo de altura, con un ruido (o un sonido, según la religiosidad del oído con que se escuche) que dominó con mano de hierro durante siglos el espacio sonoro-emocional de Occidente: el tañer de las campanas.

Así nos lo cuenta el gran Johan Huizinga en *El otoño de la Edad Media*:

> Había un sonido que dominaba una y otra vez el rumor de la vida cotidiana y que, por múltiple que fuese, no era nunca confuso y lo elevaba todo pasajeramente a una esfera de orden y armonía: las campanas. Las campanas eran la vida

> diaria como unos buenos espíritus monitorios que anunciaban con su voz familiar ya el duelo, ya la alegría, ya el reposo, ya la agitación. Se las conocía por sus nombres: la gruesa *Jacqueline*, la campana *Roelant*. Se sabía lo que significaba el tocarlas y el repicarlas.[111]

De la primera campana que puede datarse, para lo cual hay que remontarse a la China de 1250 a. de C., a las últimas conocidas, que serán seguramente las campanas de la Puerta del Sol que cada fin de año tañen Ramón García y Anne Igartiburu, una larga historia de dominación y prohibiciones las acompaña. No siempre las clericales campanas tuvieron un camino de rosas a la hora de imponerse en la sonoridad judeo-cristiana-occidental: en el año 638, los árabes que conquistan Jerusalén limitan la liturgia asociada a las campanas al considerar que sus vibraciones perturban el espíritu de los muertos, mientras que a partir de 1793 la Francia revolucionaria comienza a fundir campanas para fabricar cañones, con lo cual matan dos pájaros de un mismo tiro: se preparan para las guerras que vendrán y reducen «la sacralización del espacio y del tiempo y el poder de emocionar y ensordecer hasta entonces reservado al clero».[112]

En pleno siglo XXI no solo seguimos creyendo en Dios, sino que toda una Comunidad de Madrid avisa a navegantes que protegerá el tañido de las campanas de las iglesias durante el día, como una singularidad dentro de la normativa sobre ruido, teniendo en cuenta, según nota informativa del 27 de febrero de 2017 de la Consejería de Medio Ambiente, «el carácter histórico y su arraigo en el ámbito religioso y cultural de los municipios de la región». Garabateó el gran pensador Antonio Gramsci en algún papelito contrabandeado desde la cárcel la fórmula vital indicadora de que «lo viejo se resiste a morir y lo nuevo no termina de nacer». Hoy sería necesario redefinir esa pauta, porque además de resistirse a morir, lo viejo impide nacer: la realidad milimetrada sigue aturdiendo al silencioso devenir del Ser.

Si en el apartado de los ruidos de la vida cotidiana presentes en un inventario de los ruidos capitalistas preguntasen a un servidor, jamás podrían faltar esos estruendos enloquecedores que provocan la radial o amoladora Bosch GWS 20-230 y la pilotadora Liebherr LB 28.

Uno de los más delicados perceptores anímicos del ambiente de su época fue sin duda Rainer Maria Rilke, que nos deja con la palabra en la boca en el siguiente párrafo de *Los apuntes de Malte Laurids Brigge*:

> ¡Y decir que no puedo evitar dormir con la ventana abierta! Los tranvías circulan con estrépito por mi habitación. Los coches me pasan por encima. Una puerta se cierra de golpe. En alguna parte se oye el fragor de una ventana que cae, distingo la carcajada de los grandes trozos de cristal, la risa ahogada de los añicos. Luego, de pronto, un ruido sordo, encerrado, que llega del otro lado, del interior del edificio. Alguien sube la escalera. Se acerca cada vez más, sin cesar. Llega, se queda un buen rato, luego pasa de largo. Y de nuevo la calle. Una muchacha grita: «Cállate, anda, que me tienes harta.» El tranvía se aproxima, completamente agitado, a toda velocidad, luego sigue su camino pasando por encima del grito, por encima de todo. Alguien da una voz. La gente corre, se agolpa. Ladra un perro. Menudo alivio: un perro. Al amanecer incluso canta un gallo, es algo que sienta de maravilla. Entonces, de pronto, me duermo.[113]

Nada nuevo descubrimos al comentar que los sonidos de la naturaleza o del campo son considerados ruidos extremos por el urbanita consagrado: el ladrido del perro celoso de su hueso, el maullido del gato celoso de su celo, o las furtivas campanadas dando *cada* hora desde lo alto del campanario de la plaza del pueblo de Gargantilla de la Jara donde hemos alquilado la casa rural, nos hacen añorar la frenada hidráulica del búho N3 al llegar a su parada de la esquina de casa, el golpeteo de las ruedecitas del maletón que arrastra consigo el guiri mientras busca en el teléfono móvil la dirección exacta de su piso turístico a horas intempestivas de la madrugada o el que hacen las del *skate* del cuarentón fofisano regresando a toda velocidad de su marchosa noche de *juergues*, somníferos cotidianos de la gran ciudad.

El ruido es el cadáver del sonido: una claustrofóbica burbuja repleta de bocinazos, arrancadas y frenadas e insultos al por mayor emanados de los coches y de sus ocupantes envuelve nuestro andar urbano. Es el estrépito dominante de la urbe contemporánea, al que en épocas de burbuja económica acompaña el escándalo de todo tipo de maquinaria pesada, presente en las obras en construcción o destrucción del espacio urbano.

A tal punto resulta peligrosa la contaminación acústica para el ser humano que habita en nosotros, que la mismísima Organización Mundial de la Salud ha señalado, en «Burden of disease from environmental noise», su primer estudio realizado sobre la materia publicado en marzo de 2011, que dicha contaminación supone «una amenaza para la salud pública», elevándose como el segundo factor

medioambiental de enfermedades, solo por detrás de la polución. Particular preocupación adquiere para los especialistas la enfermedad del tinnitus, por la que se oyen ruidos que no proceden de ninguna fuente externa. Según la OMS, España es el segundo país más ruidoso del mundo tras Japón.

Transportándonos por la ciudad, metidos en el vagón del metro o en el autobús, andando de bar en bar o corriendo de búsqueda de empleo en búsqueda de seguro de desempleo, una variopinta gama de ruidos acompaña el rumiar cotidiano. Suenan acompasados los avisos de Twitter y WhatsApp, entran politónicamente llamadas de MAMÁ, los vídeos de qué grande está mi nieta se disfrutan a todo volumen, en estéreo se escuchan las canciones de Rosalía. Somos amplificadores ambulantes de sonidos que arruidamos, de ruidos que asalvajamos.

¿El volumen elevado a la *n* potencia como símbolo de vigor sexual? ¿El silencio como síntoma de insignificante esterilidad?

La riqueza personal parece medirse hoy por la opulencia de las fuentes de ruido, y subir más el volumen, una señal de desprecio hacia al entorno que nos desprecia. Bien lo sabía Radio Raheem, aquel personaje afroamericano retratado con su acostumbrada pericia por Spike Lee en *Haz lo que debas*, un grandullón que portaba un gigantesco radiocasete con el que competía por el honor y por el volumen -que eran lo mismo- con los jóvenes puertorriqueños.

Tampoco es de extrañar que el volumen alto se imponga en las acciones cotidianas de la gente, cuando el griterío de *one way* es pan de cada día en los debates televisivos, ya sean de fútbol, prensa rosa o política, que se confunden de tal manera en el imaginario colectivo que, dicho sea de paso, contribuyen a la inacción generalizada de la población, tan *cara* a nuestra democracia representativa.

Lejos queda por supuesto aquella «alegría colectiva de la multitud popular, esa visión única y extraoficial del mundo elaborada en el transcurso de siglos, que tenía lugar en la plaza pública de la ciudad, un escenario integral en el que todas las expresiones orales, desde las interpretaciones a voz en grito a los espectáculos organizados, estaban basadas en un ambiente de libertad, franqueza y familiaridad», que señalara Mijaíl Bajtín en las delicadas páginas de *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento*. Nada bien lo pasarían en esos tiempos de jolgorio carnavalesco medieval los figurantes disfrazados de payasos que aún hoy continúan pidiendo, por las calles del Raval, que se respete

el descanso de los vecinos con movimientos de mímica y clown, ni los enviados de un enfadado Julio César, que en el año 44 a. de C. tenían que hacer cumplir la que pasa por ser la primera legislación contra el ruido de la historia, encargada de prohibir la circulación de vehículos en Roma desde el anochecer hasta la salida del sol. ¡Estos romanos están majaretas!, diría nuestro querido Astérix.

Resulta prácticamente imposible encontrar silencio en la *sociudad* de hoy: se entiende así la proliferación de estilos de vida minimalistas que ensalzan las virtudes del silencio, o de servicios para silenciar el entorno y «recrear la Nada», como los que hace algunos años ofrecía la empresa barcelonesa OmmWriter. Sin embargo, el problema de la falta de concentración que supone estar atentos a multitud de artilugios tecnológicos y a sus infinitas aplicaciones *a la vez* no se soluciona con descargar una aplicación para evitar que salten las notificaciones: el mensajero no tiene la culpa del mensaje y el alcohol no es responsable del alcohólico.

Prótesis de memoria externa como el ordenador personal, el teléfono móvil o el iPad pueden pensarse -veíamos- como metáforas de hardware situadas más adentro o más afuera de nuestros cuerpos; pero el Word, el WhatsApp o el e-mail son metonimias que, como el hueso hioides, flotan inconscientes en el organismo.

*Pesos y medidas*

«La máquina de vapor es la madre de las ciudades industriales»,[114] comenta Marx en una nota al pie que no puede pasarnos desapercibida, en el interior del documentado capítulo «Maquinaria y gran industria» de *El Capital*. Y ello debido, por una parte, a que la fuerza productiva del vapor es capaz de comenzar a amontonar fábricas sin necesidad de concentrarlas a lo largo del curso de los ríos o de importantes fuentes de agua, y, por otra parte, a que lo grande, lo inmenso, lo colosal pisan con pies de plomo el nuevo escenario social capitalista. La ciudad y la vida de la ciudad se alzan de este modo dando alas a un gigante de enormes proporciones en comparación con el campo y la vida del campo: el horizonte rural se divisa hacia lo lejos, mientras que el de la ciudad se otea hacia lo alto.

Jonathan Swift venía anunciando esta transformación social en *Los viajes de Gulliver*, cuando su protagonista llega a Brobdingnag y junto a él nos quedamos atónitos frente al padre de Glumdalclitch, que es doce veces más grande de lo que la realidad debería imponerle.

La ciudad es hija de la máquina de vapor, y ambas son engendros del útero capitalista de donde, como veíamos, todo nace y todo muere: la mina de carbón. De la mina sale la primera bomba de vapor que no se detiene hasta derivar en locomotora de vapor y en barco de vapor, salen la escalera mecánica y el ascensor, sale el mismo ferrocarril, un rudimentario sistema de rieles de madera que se introdujo en 1602 en Newcastle para sacar el material de la mina y trasladarlo a la superficie. A la mina llega la muerte en todas sus formas, porque la mina es hija de la guerra, parentesco constitutivo del capitalismo que el imaginario colectivo se ha encargado de eliminar con una poderosa goma de borrar, como borra el hecho de que la guerra es, en realidad, la madre de todas las cosas.

Idéntico mecanismo de borrado lleva a cabo la civilización con respecto a la técnica, como se desprende de la respuesta que a sí mismo se da Martin Heidegger tras haberse preguntado por la esencia de la técnica:

> En todas partes estamos encadenados a la técnica sin que nos podamos librar de ella, tanto si la afirmamos como si la negamos. Sin embargo, cuando del peor modo estamos abandonados a la esencia de la técnica es cuando la consideramos neutral, representación a la que hoy se rinde pleitesía de especial manera.[115]

Así como entendíamos que la polución del aire y el ruido del ambiente marcaban el contexto, la sensibilidad y la sensorialidad capitalista en sus orígenes industriales, cerrando a cal y canto los huecos que podían escaparse de los engranajes de la maquinaria social con la despreocupada dilapidación de *smog* y de *noise-nausea*, así también el peso pesado y tamaño XL se impone como marca capitalista de pleno derecho.

Despilfarro de la polución del aire y de los ruidos del ambiente, derroche generalizado de recursos: si la contaminación del aire y la contaminación acústica constituyen las primeras marcas conocidas del capitalismo industrial, lo inmensamente grande y pesado se elevará como la talla a seguir.

Tan solo setenta años después de que Watt patentara su máquina de vapor como «agente general de la gran industria», según nos recordaba Marx, en la pomposamente bautizada «Great Exhibition of the Works of Industry of all Nations», que tuvo lugar en Londres en 1851 y fue albergada por nuestro viejo conocido el Crystal Palace, Boulton y otros inventores presentaban al público especializado «la más colosal máquina de vapor para barcos

transatlánticos»,[116] dando una fabulosa aceleración a la conquista transoceánica que venía sucediéndose desde tiempos inmemoriales. William Morris veía grandes catedrales surcando los mares en esos buques transatlánticos: la inmensidad de la máquina de vapor y la colosal envergadura de la locomotora primero, y del transatlántico después, dotarán a esta época de un criterio de eficacia directamente proporcional al tamaño XL de sus máquinas.

Resabios de metáforas nunca del todo gastadas, con una pizca de imaginación sociológica podemos asociar hoy las madrileñas Cuatro Torres de Valdebebas a chimeneas de un transatlántico varado en medio de La Mancha, mientras que el Edificio Vela barcelonés lleva adherido a su nombre el criterio simbólico que lo emparenta con un gran velero pronto a atracar pero nunca a zarpar hacia el Mediterráneo.

Hemos visto que el propio Marx adjetiva con un sintomático «gran» a la industria en esas páginas que tanto nos gustan de *El Capital*, cuyo primer tomo fue publicado en 1867, mientras que también por esas mismas fechas Julio Verne fantasea con inconmensurables viajes de aventuras y exploración: *Veinte mil leguas de viaje submarino* se publica en 1869, *La vuelta al mundo en ochenta días* en 1873 y *Miguel Strogoff* en 1876. Las conquistas europeas siempre han sido colosales, pero tal vez ninguna se autoarrogara «el reparto de África y del mundo» con la soberbia que lo hizo la Conferencia de Berlín de 1883. Cien años más tarde, lo grande y pesado continúa haciendo mella en la realidad: los numerosos miembros de la entrañable familia Brady de la serie que llevaba su nombre, emitida por la cadena ABC estadounidense entre 1969 y 1974, viajaban en la gigantesca ranchera norteamericana Satellite Station Wagon, que «funcionaba con un motor de 8 cilindros y una potencia máxima de 112 kW/152 hp por 4.000 rpm», si nos atenemos a la información técnica ofrecida por las páginas web especializadas del sector.

En lo que podría imaginarse como una estrategia conjunta de acción comunicativa, a las grandes fábricas sucias con enormes chimeneas oscuras escupiendo interminables columnas de humo negro, se suman los grandes barcos con cascos negros zarpando y atracando desde muelles oscuros, y las grandes locomotoras oscuras tirando de sucios vagones atiborrados de carbón negro como la vida misma. ¿El objetivo? Erigirse en *signos* fundamentales de eficacia productiva capitalista, establecerse como consignas de progreso y autosatisfacción colectiva.

Estas grandes y pesadas y negras y oscuras y sucias y tenebrosas

metáforas ideológicas de clase, como es natural en lo social, descienden en catarata hacia el vulgo bajo la forma de grandes, pesadas, negras, oscuras, sucias y tenebrosas botas de trabajo y zapatos de vestir, trajes de noche y vestidos de día, ollas, sartenes y baterías de cocina, estufas, máquinas de escribir, teléfonos y automóviles, sostenes y bragas, paraguas…, objetos cotidianos que se mueven dentro de un espacio temporal que todavía nos tinta un poco la vida de negro, pero que fundamentalmente abarcó desde los inicios del capitalismo industrial hasta mediados del siglo XX.

El color, afirma Baudrillard, «está cargado de alusiones psicológicas y morales»:[117] agreguemos de cosecha propia que también lo están el tamaño, el peso y las medidas.

¿Qué ha sido del color negro en nuestros días?

Curiosamente, es el objeto más representativo de la sociedad actual el que viene de fábrica pintado de negro: el teléfono móvil, que en cualquier caso se ve tuneado con carcasas de colores estridentes, con el cristal de la pantalla roto o astillado, o con el anillo trasero que lo convierte en chupete. Ni el árbitro de fútbol se viste ya de negro, y al blanco porvenir con el que Apple comenzó su aventura empresarial se le han caído unas gotas de negro pretérito que lo han decolorado en gris actualidad.

Quizás sea en los coches oficiales y en sus cristales tintados donde la senilidad represiva de la Revolución Industrial primigenia mantenga su orgullo oscurantista, aunque la ex «plataforma digital colaborativa de intercambio entre viajeros» y actual «servicio de transporte» Uber -según la nueva denominación derivada de la sentencia de diciembre de 2017 del Tribunal de Justicia de la Unión Europea- recupera el talante diplomático en el negro de sus coches, en la corbata de sus chóferes.

Blancos, por otra parte, han sido desde siempre los agujeros por donde entra y por donde sale expulsada la comida: las neveras y los inodoros, centros de la mesa bulímica de la sociedad, que antes desaparecerán del escenario que cambiarán de tonalidad.

Con la máquina de vapor da comienzo el proceso de cuantificación estadística de las formas del mundo, un particular *way of life* pendiente de un principio básico que en adelante regirá las leyes de medición fálico-cuantitativa: lo que más mide, lo que más pesa, lo que más población concentra, lo que más polución y suciedad genera, lo que más ruido hace, lo más lejos que llega mi orina para apagar el fuego simbólico de la realidad… *vale* más.

*Adiós al objeto*

Ayer, lo grande y lo pesado, todo tintado de negro y oscuridad, de suciedad y tinieblas, se elevaron como las mejores armas del capitalismo surgido de la Revolución Industrial para fijar su dinámica productiva al imaginario social; hoy, el tamaño y el peso de los objetos técnicos y los mecanismos relacionales, de los comportamientos y las actitudes personales y sociales tienden a cero: la (fr)agilidad se impone en el capitalismo de cristal.

Porque si bien es cierto que la polución y la contaminación acústica han conservado su sonado prestigio, a la par que han sabido mantenerse en el altar desde el cual elevan sus plegarias los oradores principales de esos discursos que festejan el fracaso de las políticas medioambientales urbanas, tenemos que confirmar que, actualmente, el tamaño hegemónico tiende a cero: a las palabras se les permite seguir contando su grandilocuencia, mientras que a las cosas se las fuerza a subsistir en su mínima expresión.

¿Supone esto que el proceso de minimización de todas las cosas exprime la potencia que tenían a ojos vista lo inmenso y lo colosal? Las marcas deportivas de referencia saben perfectamente que ocurre más bien lo contrario, y por ello mismo sus logotipos han ido decreciendo de tamaño de un tiempo a esta parte. No resultará descabellada la hipótesis que sostenga que, más temprano que tarde, Nike o Adidas dejarán de adherir a la ropa su simbolito del visto bueno o de las tres tiras, porque los consumidores que observen sabrán a ciencia cierta de qué marca es la ropa que llevan los consumidores observados, sin necesidad de reparar en el logotipo distintivo. Mal se justificaba en este sentido la experta en mercadotecnia Naomi Klein al ser entrevistada en el programa *Salvados* del 6 de noviembre de 2016, cuando, con el aire despreocupado de la *celebrity* que es, le comentaba al presentador Jordi Évole que la edición británica de su libro *This changes everything* no llevaba impreso su nombre en la portada por azar o casualidad editorial, cuando a esta altura de su fama Naomi debería saber que su nombre es tan visible que puede darse el lujo de pasar inadvertido en cualquier portada.

El movimiento ecologista podría imaginarse como una apuesta por la levedad del Ser y un envite por el ahorro sistemático de recursos energéticos de la Tierra, mientras que la práctica de los múltiples estilos de yoga o la activa militancia vegana podrían sopesarse como negaciones de los pesados pesos y de las grandes medidas heredadas de las cansinas revoluciones industriales originarias. A excepción de los relojes, que en los últimos tiempos

han ido aumentando visiblemente su tamaño, ostentándose en las muñecas de tiburones de la Bolsa, futbolistas, boxeadores y toreros, y de las gafas de sol, que han crecido ornamentando los rostros de tonadilleras y concursantes de Gandía Shore y de MasterChef Junior Italia, en casi todas las secciones que componen el laberíntico puzzle del sistema de los objetos del presente, el tamaño de las cosas, como decimos, tiende actualmente a cero.

En el rubro automotor, por ejemplo, un escenario de primerísima magnitud en lo que a formación de opinión y consciencia colectiva se refiere, el dúo que en los ochenta integraban los inconmensurables Ford Falcon y Ford Fairlane se vio paulatinamente reducido a las cenizas del actual Ford Focus, emblema de coche urbano situado en el cuarto lugar en ventas mundiales con 367.479 unidades en la primera mitad de 2016, según datos de la empresa especializada en el sector Jato. En Estados Unidos, el debate campo-ciudad parece seguir ganándolo el campo: según datos aportados por la misma empresa especializada, si en 2016 la *pick-up* Ford F-Series fue tercera en ventas mundiales con 478.384 unidades, en 2018 se aupó al primer puesto del ranking con 534.827 unidades. A pesar del avance en el mercado automotor de los SUV -magistralmente bautizados por los publicistas «sport utility vehicle»-, hace varios años que el Toyota Corolla y el Volkswagen Golf, dos coches tratados por la industria como «compactos y utilitarios», se alternan en los puestos de cabeza de ventas.

Algún día terminaremos andando sin andar por las calles de la ciudad montados en un *hoverboard*, un *onewheel*, un *solowheel* o un *electric standing scooter*, o volando sin volar calzando botas inspiradas en las que diseñara el Dr. Elephant para Astroboy. Mientras tanto, la evidencia dice que cuanto más crece la ciudad más pequeños se fabrican los coches: la facilidad para aparcar dentro de las almendras centrales debe venir de serie y ofrecerse en el *full equip* de cualquier automóvil compacto y utilitario que se precie.

Así como el personaje de una novela *es* la novela, el tipo de combustible que utiliza un coche *es* el coche. Ya el diésel indicaba una minimización de la gasolina, una tendencia decreciente de su tamaño y su peso simbolizada por la (supuesta) racionalidad ecológica de sus elementos de combustión, una cuestión que, por otra parte, terminó deshaciéndose como un castillo de naipes con el escándalo que sacudió al grupo Volkswagen -y otros tras él- en septiembre de 2015, cuando la Agencia de Protección Ambiental de

Estados Unidos descubrió que la marca había instalado en casi todos sus modelos un programa informático creado para trucar los límites de las emisiones contaminantes. Antes del derrumbe, que no será para tanto, la lógica de compra del automóvil con motor diésel era sencilla: estos consumían menos y utilizaban un carburante mucho más barato y (supuestamente) ecológico que los que funcionaban a gasolina; como contrapartida, sus precios de compra eran más caros. Esta lógica comercial resultaba atractiva a las multinacionales de automóviles, sobre todo en la Unión Europea, donde la curva de consumo indicaba que hasta una media del 53 % de los compradores de coches se decantaban por el diésel.

Contaminamos más que nunca, pero está mal visto contaminar como siempre: entre el 2 y el 8 de diciembre de 2016, el Ayuntamiento de Madrid cerró la hipertransitada Gran Vía a la circulación de coches particulares no residentes, motivo por el cual, según datos ofrecidos por la ONG Ecologistas en Acción, «se pudo apreciar que la estación de medición de $NO_2$ de Plaza del Carmen fue la única, junto con las estaciones ubicadas en grandes zonas verdes de Madrid como el Parque del Retiro, el Parque Juan Carlos I, la Casa de Campo y El Pardo, que no rebasó en ningún momento el valor de 100 $\mu g/m^3$ durante el período considerado (…) observándose que el valor medio de $NO_2$registrado por dicha estación se redujo en un 32 % con respecto al valor correspondiente a la media de los años 2013-2015 en esas mismas fechas (72 $\mu g/m^3$)». Es pronto aún para saber si Madrid Central tendrá el éxito buscado, un proyecto que comenzó su andadura el 30 de noviembre de 2018 y que es explicado de modo tan poético como fisiológico en la página web del Ayuntamiento de Madrid como «una zona de bajas emisiones, primera medida del Plan A de Calidad del Aire y Cambio Climático, que favorecerá al peatón, la bicicleta y el transporte público, convirtiendo el distrito Centro en un pulmón para la ciudad en pleno corazón de Madrid».

Contaminamos como siempre, pero decimos que está muy mal contaminar más que nunca: en la «Cumbre de alcaldes C40: Ciudades liderando acciones climáticas», celebrada en Ciudad de México entre el 30 de noviembre y el 2 de diciembre de 2016, Anne Hidalgo, Manuela Carmena y Miguel Ángel Mancera acordaron prohibir la circulación de vehículos con motores diésel en dichas capitales a partir de 2025, compromiso que seguramente no será sencillo materializar, porque en Francia, por ejemplo, el parque automotor del diésel supera el 65 %.

El coche híbrido, promocionado como la solución perfecta a la

situación contaminante del automóvil, mantiene actualmente serias desventajas comerciales frente al coche de gasolina o al de diésel, como por ejemplo el mayor precio de fabricación y de compra, la toxicidad de sus baterías, la utilización de materiales escasos en la naturaleza como el neodimio y el lantano en algunos modelos, o que pesa bastante más que un coche convencional, por lo que necesita más energía para desplazarse. Al margen de estas desventajas, tanto este tipo de automóvil híbrido como el coche completamente eléctrico confirman la tendencia decreciente del tamaño y del peso de las cosas, donde la polución supone el máximo y la transparencia el mínimo en la balanza de lo real.

«Si uno de los grandes logros del período paleotécnico fue la transformación de las toscas máquinas de madera en las más fuertes y precisas del hierro», comenta Lewis Mumford en *Técnica y civilización*, «una de las tareas principales del período neotécnico posterior fue cambiar las pesadas formas de hierro por las más ligeras del aluminio.»[118] La idea flotaba ya en el ambiente: la progresiva eliminación del objeto pasa a ser el objetivo sistémico del sistema. La tarea de alcanzar una mayor velocidad y obtener una mayor fuerza, empleando para conseguirlo una menor producción de energía, se convierte así en norma de referencia, que la ciencia y la técnica han ido manteniendo hasta el día de hoy.

El viento y el agua fueron de la mano con la madera y el vidrio; el carbón se dejó quemar por bien del tándem hierro-cristal; la electricidad hizo uso y abuso de metales ligeros a la vez que creó compuestos como el celuloide y las resinas sintéticas; el petróleo -que va un poco a su aire guisándose y comiéndose sus propias guerras- prendió la mecha y encendió el motor a combustión: cada época soñará la siguiente, pero lo que se dice vivir, vive en la propia.

Emparentar ligereza y solidez es la ecuación a seguir, perseguir y conseguir por la electricidad y las aleaciones de acero y aluminio: el acero inoxidable surgido de aquella época dorada de aleaciones científicas sigue organizando todavía gran parte de nuestras ollas y sartenes. La siempre ardua tarea de encontrar, en la naturaleza, materiales livianos que permitan fabricar objetos ligeros comienza a estar, pues, a la orden del día.

Tres son actualmente las sustancias minerales convertidas en materiales indispensables para la industria tecnológica.

El coltán es uno de estos elementos, y por su extracción y comercialización unos pocos masacran a otros muchos en la

República Democrática del Congo. Su aplicación principal es la creación de condensadores para equipos electrónicos, siendo una de sus grandes ventajas la eficiencia volumétrica, que permite reducir el tamaño de los condensadores con una alta fiabilidad y estabilidad en un amplio rango de temperaturas.

Similar es el caso del litio, un metal blando que en octubre de 2012 fue definido por la BBC como «el petróleo blanco del Cono Sur», ya que el 85 % de las reservas planetarias calculadas de litio se encuentran en la región de la triple frontera compartida por Argentina, Bolivia y Chile, zona bautizada también por la BBC como «la Arabia Saudí del litio». Perseguidos por el anunciado fin de las reservas de petróleo mundial y angustiados por la posibilidad de que nunca más podamos desplazarnos en coche o en avión, el litio podría ser nuestra salvación, ya que desde hace algún tiempo se emplea con éxito probado en las baterías de los coches movidos con energía eléctrica, a la vez que es utilizado de manera regular en las baterías de teléfonos móviles y ordenadores portátiles. Las capacidades que ofrece el litio a las baterías de Li-ion y a la felicidad de la población mundial están representadas por su extrema ligereza, su elevada capacidad energética y su gran resistencia a la descarga, que han permitido «diseñar acumuladores ligeros, de pequeño tamaño y variadas formas, con un alto rendimiento, especialmente adaptados a las aplicaciones de la industria electrónica de gran consumo», según nos enteramos por Wikipedia.

El último de los tres elementos destacados por su combinación de ligereza y resistencia es el grafeno. En el candelero desde que en 2010 se les otorgara el Premio Nobel de Física a los científicos Andre Gueim y Konstantín Novosiólov por sus trabajos con el grafeno, entre sus propiedades más relevantes figuran su solidez y consistencia -es cien veces más resistente que el acero-, su flexibilidad y elasticidad -se puede enrollar- y su ligereza -es cinco veces más ligero que el aluminio-, además, por supuesto, de sus propiedades de alta conductividad. En el marco del Encuentro Europeo de Nanotecnología celebrado en Madrid en octubre de 2011, el español Francisco Guinea, premio Nacional de Investigación, definía el grafeno como «la verdadera panacea del siglo XXI: estará en todos lados, como el plástico». ¡Nos viene a la mente la cicatriz en el rostro del malo malísimo de Ballin Mundson en su tétrico despacho del casino que supo regentar en Buenos Aires, alabando las temibles propiedades naturales del tungsteno ante un incrédulo Johnny Farrell que solo tenía ojos para lo que

hiciera Gilda!

En cualquier caso, si es verdad que el grafeno «estará en todos lados, como el plástico», vayámonos preparando: en breve podremos encontrarnos con 1.455 toneladas de grafeno sobre la superficie del Mediterráneo, cantidad estimada en relación con el plástico por el estudio «Floating plastic debris in the Central and Western Mediterranean Sea», dirigido por el español Juan Ramis Pujol y publicado en septiembre de 2016 por la revista *Marine Environmental Research*. O peor aún: estará en nuestros intestinos, al menos a juzgar por un estudio científico realizado por un grupo de investigadores de la Universidad Médica de Viena, que, según informa *El País* el 23 de octubre de 2018, «encontraron que muestras de heces de personas de Reino Unido, Italia, Rusia o Japón contenían partículas de policloruro de vinilo, polipropileno, tereftalato de polietileno y hasta una decena de plásticos distintos».

*Mando a distancia*

Del piel con piel que recomiendan las matronas en los cursos preparatorios al parto, a las manos que se le cogen suavemente al moribundo aun después de que les cuesta trabajo zafarse de sus manos muertas si uno es Pedro Páramo, tocarnos los unos a los otros ha sido pilar estructurante de la comunicación humana desde el nacimiento hasta la muerte.

Fue la de la alimentación, probablemente, la primera industria que empleó todo el ingenio y los recursos técnicos disponibles para limitar los efectos de putrefacción que el tiempo y las distancias imponen, por su propia naturaleza, a los alimentos perecederos. La salazón de la carne, la refrigeración de los huevos o la pasteurización de la leche son procesos que más bien quitan que incorporan propiedades nutritivas a los alimentos, pero gracias a ellos es posible tanto espaciar su distribución en el tiempo, como acercar el producto en el espacio al consumidor.

En el campo de la acción comunicativa, tal vez el mejor ejemplo del tiempo que se expande y tarda en llegar del emisor del mensaje al receptor del mismo sea la carta, especie en vías de extinción, si no extinguida ya. Efectivamente, el intercambio epistolar clásico requería de un tiempo socialmente necesario para producirse, tiempo que no solo estaba vinculado a las largas distancias que una carta debía recorrer desde Fort Apache a Silver City o desde Buenos Aires a Lugo, sino que su formato mental se adaptaba a la escritura a mano: más lenta, más reflexiva, con una presencia más profunda

del remitente al que había que imaginar en su lejana e incognoscible vida cotidiana. El gran número de cartas que llegaban a destiempo a destinatarios que habían muerto debido al excesivo tiempo transcurrido hasta recibirlas comprende una situación que bien se encargaron de explotar como uno de sus principios generales del amor romántico el género hollywoodense del Western y Jacques Lacan: un sujeto dividido en pos de un objeto perdido.

A pesar de todo, la carta se nos aparece hoy como un cuerpo extraño, a la manera de un incomprendido medio de comunicación que hubiera nacido de manera póstuma, porque la carta no acercó o eliminó distancias sino que le impuso a las distancias un nuevo código: donde no había nada, hubo cartas. Tampoco podemos pasar por alto otra de las cualidades más idiosincrásicas de la carta escrita a mano y enviada por correo postal, que en varios sentidos le añade profundidad como medio y como mensaje. Porque, a diferencia de las copias que nos quedaban gracias al papel carbónico que se interponía entre el folio y el rodillo de la máquina de escribir, o las copias que nos quedan en la bandeja de enviados o en los globitos del WhatsApp, las cartas podían extraviarse, por lo que al depositarlas en el buzón de la esquina estábamos lanzando al aire de los tiempos nuestra misiva de amor o desamor, sin tener la completa certeza de que llegaría al corazón de destino.

Es más bien el telégrafo el primer invento de la imaginación humana que parece imponerse como tarea propia eliminar las distancias y, ya que estaba, eliminar también el tiempo. Niños y niñas jugando con dos latitas vacías atadas a un piolín: no otro es el concepto del telégrafo, del que en un extremo temporal del siglo XX se hiciera eco el cable coaxial, y en el otro la fibra óptica. Alguien pasó años devanándose los sesos y en el instante en que se le iluminó la bombilla acudió a él la idea -que seguramente otro alguien le robó y patentó en su lugar- de quitar el piolín al que iban unidas, como el mago que de un tirón quita el mantel y sobre la mesa se mantiene impávidamente colocada la vajilla. Entonces las latitas se juntaron a pesar de la distancia que las separaba, momento en el que no solo fue posible pensar primero, y configurar después, la telegrafía sin hilos, el éter radiofónico, el vía satélite televisivo, la telefonía móvil, internet y Ryanair, sino que pudieron sentarse las bases de un concepto teórico cuando menos inquietante, que a comienzos del siglo XXI se formateará y desplegará con máxima autoridad: la concepción de que la inmediatez es la encargada de regir el destino de la «comunidad», para decirlo con palabras de Facebook.

No sabemos si lo inmediato podría ser aquel «rayo que cae en cielo sereno» tipificado por Marx en las páginas de *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, o aquel «recuerdo relumbrando en un instante de peligro» catalogado por Benjamin en sus «Tesis de filosofía de la historia», pero sí intuimos que, reuniendo múltiples cualidades teóricas en sí mismo, lo inmediato engarza a la perfección con la dinámica establecida por nuestra sociedad, acomodando hábitos e impulsando habilidades en el ámbito de la realidad y la ficción contemporánea.

En cierto sentido, lo inmediato opera como una pantalla que en una suerte de *déjà vu* nos recuerda aquellos momentos primitivos, en los que el instante estaba hecho de carne y hueso: de sexo. Los cuerpos se pavoneaban y se tocaban. Pero las pantallas formateadas por lo inmediato alejan hoy a unos cuerpos de otros, o mejor: inmunizan los contactos corporales en un escenario de completa asepsia y profilaxis que Occidente ha venido construyendo desde la Roma imperial, cuando no los gusanos sino la *imago* del emperador ascendía de la hoguera incinerante al Empíreo celeste.

Internet está construido como un escenario de cuerpos inmunizados los unos *frente* a los otros, de cuerpos fortalecidos los otros *contra* los unos. «Cuando el radioteléfono se una a la televisión», leía el futuro en su bola de cristal Lewis Mumford, «la comunicación se diferenciará del trato directo solamente por la imposibilidad del contacto físico.»[119] Quizás nadie se ha percatado y nos ocurre en realidad como a aquellas tribus que, según destacaba Malinowski en *Los argonautas del Pacífico occidental*, llevaban a cabo sus trueques e intercambios sin que los grupos en liza pudieran verse, escondiéndose de la vista en los bosques o protegiéndose de la mirada tras las rocas. Al parecer, nuestra sociedad superespecializada e hipermoderna es tanto más sociable y *friendly* cuanto más grande es la brecha abierta por la distancia y la invisibilidad.

Brazo armado fundamental en la potencia que la sociedad ha desplegado sobre el mapa de la sensibilidad y la sensorialidad contemporánea, a lo inmediato se le encargó la difícil tarea de anular las distancias, esa obsesión de larga data padecida por la humanidad…, ¡y lo ha conseguido!

Vivimos en Lilliput o en Blefuscu pero mantenemos la envergadura de Gulliver, y en honor a la verdad es tan pequeño el mundo que viene virtualmente a nuestro encuentro como el perro acude presto al silbido de su amo: meto una moneda en una caja de metal y cristal e *inmediatamente* acude a mí una lata de gaseosa o

una bolsa de patatas fritas; introduzco una contraseña en la aplicación del móvil e *inmediatamente* un coche de Uber viene a recogerme o una bici de Deliveroo pone la cena en mi mesa; paso la tarjeta bancaria como si fuera un pañuelo ondeando al viento en el datáfono del supermercado o hago clic en la *app* de PayPal o de Amazon e *inmediatamente* una transacción económica real se ha realizado.

¿Existe un mecanismo psíquico más ágil y liviano, más transparente y cristalino, que un comportamiento reactivo maquillado con los pinceles de lo inmediato? ¿Hay alguna fórmula adelgazante más eficaz para el espíritu que quitarse un peso de encima? La vida está llena de *sends* por todas partes, y la persona se lava las manos en una autoimpunidad que está al alcance de cualquier bolsillo: lo inmediatamente reactivo es también una cláusula de suelo infantil. Enviar, responder, responder a todos, teclee su número secreto, pulse ok, marque su *pin*, ponga su ID, escriba su contraseña: aquel conocido reclamo publicitario «¡Llame ahora! ¡Llame ya!» de las teletiendas programadas a altas horas de la madrugada ha sido reemplazado por el «¡Pulse ahora! ¡Pulse ya!» de la telerrealidad abierta 24/7.

Del mismo modo que encender un cigarrillo de filtro supone una actividad reactiva de manual, donde la ansiedad más que el mechero aviva la llama de la inmediatez, cuando armamos un cigarro de tabaco de liar, al menos en parte, la espera constructiva aligera el peso de la reacción ansiosa. Idéntica diferencia existe entre el WhatsApp y el correo electrónico: alcanza con escribir y enviar un whatsApp, mientras que el e-mail requiere una serie de formalidades -poner la dirección del destinatario, incluir el Asunto, escribir el cuerpo del correo, enviar, esperar a que se envíe- que desesperan la voracidad inmediata del consumidor reactivo. No en vano, WhatsApp se define técnicamente como un «sistema de mensajería instantánea», y a pesar de que en marzo de 2017 la cuenta de Twitter WABetaInfo filtrara al ciberespacio que nuevas versiones de esta aplicación permitirían, al usuario arrepentido, hacer desaparecer sus mensajes de WhatsApp recién enviados durante los dos minutos siguientes, resulta bastante improbable pensar que podrá convertirse en su función estrella, como el doble clic azul que delata el instante preciso en que el receptor ha leído nuestro mensaje… ¡y aún no nos ha contestado!

¿La culpa es de WhatsApp? Mejor que nadie sentaba las bases de nuestra jurisprudencia el célebre degollador Bill Sykes, traído a

colación por Marx en una de esas notas al pie tan instructivas de *El Capital*, un criminal confeso que basó su defensa con una diatriba digna de ser reproducida:

> Señores del jurado: es cierto que ese viajante de comercio ha sido degollado. Pero no soy yo el que tiene la culpa, sino el cuchillo. ¿Deberíamos, a causa de estos inconvenientes temporales, suprimir el uso del cuchillo? ¡Reflexionad en ello, simplemente! ¿Dónde estarían la agricultura y la industria sin el cuchillo? ¿Acaso no es tan curativo en la cirugía como sapiente en la anatomía? ¿Y, por si fuera poco, no es un ayudante servicial en el alegre festín? ¡Suprimid el cuchillo y nos habréis arrojado de vuelta a los abismos de la barbarie![120]

> (Mientras tanto, oímos a la Reina de Corazones gritar juzgando sumariamente a Alicia: «¡La sentencia primero: tiempo habrá para el veredicto!»)[121]

¿Muerte de las palabras a manos de las abreviaturas y los emoticonos que pueblan nuestros mensajes de WhatsApp? ¿Desaparición paulatina del tacto de las cosas a horcajadas de los móviles extraplanos y la talla 36? Solo tendiendo hacia lo invisible, solo aligerando el peso de rémoras y de lastres, solo viajando hacia lo inmaterial, las series de palabras y el conjunto de las cosas que habitan la realidad pueden ser capaces de aprobar el siempre exigente examen del control de calidad establecido por el Tribunal de Transparencia.

Nuestro monólogo interior ha pasado de ser una larga carta que, manuscrita con pluma de ganso, tinta sanguinolenta y pulso vacilante, enviábamos mentalmente a ese misterioso Otro-Yo desconocido con quien a pesar de todo pretendíamos establecer contacto, a un sucinto mensaje de texto plagado de jaja, jeje, jiji y un amplio abanico de emoticonos más o menos alegres, enfadados o tristes. ¿Qué son los emoticonos sino señales de tráfico del lenguaje que indican situaciones simplificadas de avance, retroceso, dirección obligatoria o prohibido el paso? Colección onomatopéyica de dardos envenenados bajo la forma de una caca sonriente o un *space invader* desesperado que dirigimos hacia nosotros mismos, el soliloquio emocional y *emoticonal* del presente aspira a ordenar vocablos del lenguaje cotidiano, minimizándolos alrededor de un significado común y adelgazándolos hasta el grado cero de la palabra, cuya imagen más representativa la ofrece actualmente el

pulgar en alto del «Me gusta» de Facebook.

¿Hay alguna actividad más liviana que vivir sin mover un dedo? En la base performativa de las plataformas BlaBlaCar, Uber o Airbnb, pero también en las empresas que ofrecen subirse a un patinete, una bicicleta o un coche en un punto de la ciudad y dejarlo en el de destino, está incorporada la idea de compartir medio de transporte o espacio de habitación, lo que supone un descenso en el tamaño y en el peso de las cosas. También gracias a esta dieta social bajan de peso los títulos de propiedad, aunque no por ello la *sensación* de propiedad: soy dueño de una habitación, de un coche eléctrico o de una bicicleta durante un fin de semana en cualquier ciudad del mundo, pero no necesito que la habitación, el coche o la bicicleta sean *mías*.

Uber no dispone de un solo coche en propiedad y sin embargo está valorada en 58.700 millones de dólares por los mercados, algo similar a lo que ocurre con Airbnb, que no es propietaria de ningún piso y su valor de mercado llega a los 25.300 millones de dólares, según cuentas hechas por la consultora especializada CB Insights en agosto de 2018. ¿Economía de tintes colaborativos? ¿Facilitadores de corte digital? ¿Extracción de plusvalía relativa de origen participativo? Al menos así parecen asegurarlo los grandes fondos de inversión internacionales, que vuelcan su capital contante y sonante en el sostén de plataformas empresariales de este calibre, y Ashton Kutcher, *american playboy* como la copa de un pino y *business angel* por excelencia, y uno de los megáfonos más sonoros con el que cuenta este tipo de economía, socio principal de A-Grade Investments, un fondo de inversión nada pequeño que desde 2010 viene invirtiendo en compañías *startup* (y no tan *startup*) como Airbnb, Spotify, Skype, Uber o Foursquare.

Haciéndose eco de las modas colectivas o las tendencias sociales cuyo resto ideológico venimos describiendo, en diciembre de 2016 Eldiario.es publica un artículo titulado «Si hay que usar coche, mejor que sea eléctrico, compartido y cooperativo». En el cuerpo, la nota comenta el panorama de los operadores de *car sharing* eléctrico en las principales ciudades españolas, subrayando que algunas empresas cooperativas sin ánimo de lucro se están abriendo paso en este mercado y que «proponen otro modelo de movilidad y de propiedad», a pesar de la presencia en el sector de grandes corporaciones multinacionales como Car2Go (perteneciente a Daimler) o Emov (a Peugeot y Citroën). Nada que objetar al tratamiento progresista de la noticia, que sirve además para confirmarnos, una vez más, que lo que se lleva actualmente son los

tonos transparentes casi invisibles en las relaciones sociales de intercambio y consumo, y los materiales ligeros que tienden al peso cero en las fuerzas consumistas de producción.

Viajar, transportar, habitar se vuelven hoy más que nunca actividades ligeras: todo minimalista que se precie sabe perfectamente que tiene que ser capaz de moverse por el mundo con una mochila *daypack* de 25 litros de capacidad, que se organiza metiendo lo imprescindible y quitando la mitad.

### *El dron*, boomerang *de altos vuelos*

Paroxismo de empleo del mando a distancia y de la posibilidad de matar sin mancharse las manos de sangre, detengámonos un instante en la sobresaliente figura del dron, el vehículo aéreo no tripulado que cobra celebridad a pasos agigantados. El dron es actualmente el más ligero de los objetos técnicos, tanto en su materialidad, ya que está fabricado para volar y ser volátil, como en su espiritualidad, que le permite cumplir muy diversas funciones al modo en que boxeaba Muhammad Alí: flotando como una mariposa y picando como una avispa. Digno heredero de la flecha que sale disparada del arco y permite matar con seguridad y a distancia, el dron parece dispuesto a elevarse como una de las figuras más representativas de nuestro tiempo.

Entre otras cuestiones, el dron hace furor hoy en día porque la industria de la guerra ha permitido ya el «uso civil» de este avioncito teledirigido, con aires de ingenuo cometa infantil o de inocuo ejemplar de aeromodelismo, pero cargado de ínfulas destructivas. Porque a pesar de que el uso de drones para uso civil crece de manera exponencial y, sin ir más lejos, Amazon los emplea regularmente para hacer sus repartos en muchos países, a la vez que Domino's Pizza ha hecho su primera entrega de una Hawaiana grande (con extra de piña) en Wellington en noviembre de 2016, el dron nació por y para la guerra. Nada nuevo bajo el sol: cuando la industria de la guerra considera que tiene suficientemente dominados sus inventos, cual desinteresado filántropo los cede a la sociedad civil, que recoge el guante entusiasmada sin detenerse a pensar que el veneno de la guerra viene inoculado en ellos de serie.

A diferencia de los misiles, que también son «vehículos aéreos no tripulados» según la terminología bélico-belicista, el dron es capaz de cumplir otras funciones más allá del vulgar transporte de bombas. Las tareas de vigilancia se hallan entre las más solicitadas para el dron en tiempos de guerra, pero si es necesario transportar

bombas, se transportan.

La principal ventaja que posee el dron como arma de guerra con respecto a otras armas es que puede ser reutilizado, aspecto que claramente lo diferencia de las flechas con punta envenenada, de la piedra del tirachinas y de los proyectiles rusos KAB-250 y KAB-500 vinculados al sistema de navegación Glonass que, según comenta la prensa especializada, «hacen desertar a los terroristas del ISIS en Siria». Ninguno de estos objetos arrojadizos regresa con vida al arco, a la honda o a la base militar que los vio partir, cosa que sí hace el dron.

Categorizados y calificados sobre todo por el alcance en altitud y en distancia que son capaces de recorrer, existen los drones Handheld (600 metros de altitud por 2 kilómetros de alcance en vuelo), los Close (1.500 por 10), los Nato (3.000 por 50), los Tactical (5.500 por 160) o los Hale (9.000 por alcance indeterminado). El Hypersonic consigue una altitud suborbital y el CIS puede viajar entre la Tierra y la Luna.

Repasando brevemente la historia del dron, nos enteramos de que su idea primigenia la empleó por primera vez el ejército austríaco en julio de 1849, cuando dirigió hacia la ciudad de Venecia una serie de globos aerostáticos cargados con explosivos, pero Nikola Tesla no había inventado aún el control remoto por ondas de radio ni había presentado su famosa patente N.º 613.809, por lo que el viento ejerció de mando a distancia y muchos globos explosivos regresaron como *boomerangs* hacia el ejército de Francisco José. En la Guerra de Cuba de 1898, los militares estadounidenses comenzaban la práctica de la vigilancia aérea incorporando una cámara experimental a simples cometas, en la Primera Guerra Mundial se perfeccionaron aeronaves no tripuladas para abatir dirigibles, y en la Segunda los drones ya portaban el calificativo «de asalto». En la Guerra de Vietnam los Lightning Bugs realizaban importantes misiones de vigilancia y fotografía aérea, mientras que los drones equipados con explosivos fueron utilizados con regularidad a partir de la Guerra del Golfo de 1991. Además de tener el dudoso honor de haber sido el primer país del mundo que utilizó drones para aniquilar enemigos jurados en la Guerra del Líbano de 1982, Israel es actualmente el mayor productor y exportador mundial de drones, con un 60,7 % de cuota de mercado, mientras que en el período comprendido entre 2010 y 2017 los mayores compradores de drones fueron Reino Unido y la India, según datos obtenidos de fuentes del sector en internet.

El dron nace como arma de guerra pero también muere en la

batalla. Precisamente, para evitar estas bajas por imprevisible fuego enemigo o por inoportunas ramas de árboles o halcones y palomas que se cruzan en su ruta de vuelo, una de las principales líneas de investigación actual pretende que el dron pueda ser más ágil y más liviano todavía; esto es, que su muerte sea más barata que su vida. Porque cualquier objeto en el que la función de usar y tirar, la orden de que se estrelle cual kamikaze, o la posibilidad de darlo por desaparecido en combate reditúe más beneficios que pérdidas, se convierte de inmediato en un cuerpo donde la agilidad y la ligereza rozan la perfección -la perfección sería no tener que construirlo, así como la mejor victoria es ganar la batalla sin combatir, Sun Tzu *dixit*-. Así lo estima la agencia estadounidense Defense Advanced Research Projects Agency, que a través de su proyecto estrella «Icarus» impulsa la fabricación de drones que «permitan hacer entregas de suministros críticos y luego desvanecerse en el aire (…) imitando la transitoriedad del material que condujo a la desaparición de Ícaro, pero con finales más edificantes», según poéticamente informan a sus seguidores en su portal de internet.

Del teléfono móvil inteligente al dron de usar y tirar, de la ligera onza de oro a la cristalina plancha de bazuco, lo que se lleva en la actualidad es lo ultraligero y extraplano. En cierta manera, es como si el organismo social sufriera de incontinencia fecal y un poderoso laxante hubiera sido ingerido por toda la humanidad: hablando mal y pronto, nos «cagamos encima» para soltar lastre y entonces sentirnos más livianos, quién sabe si para estar en perfectas condiciones físicas y correr a toda velocidad de un puesto de trabajo con contrato basura a otro con contrato temporal, de una cola del INEM a otra de la ETT, de unas rebajas de El Corte Inglés a otras de El Corte Chino. No dejan de ser estas adaptaciones estratégicas al medio, como ocurría con aquellos combatientes de la Segunda Guerra Mundial, para los que el mando había inventado los pañales de guerra, cuyo objetivo era precisamente contener… la incontinencia fecal de los soldados. El temor a la muerte violenta descrita por Hobbes en su *Leviatán* se solucionaba con unos trozos de tela anudados al cuerpo (y un *cacho* de Pervitin para el que pudiera pillarlo…).

*De dominación en dominación*

En *Mal de ojo*, un libro brillante que tengo la fortuna de poder leer interiormente con la voz de su autor, vemos que Christian Ferrer asocia un determinado medio de comunicación de masas a la

forma de intervención militar característica de un período histórico dado, tanto en la práctica como en el discurso. Coincidimos con él en que cada época histórica tiene su estrategia militar mediática que le es propia y un medio de comunicación hegemónico encargado de ponerla de manifiesto: así, la radio se correspondió con la *blitzkriegalemana*, mientras que la televisión estrechó lazos con la estrategia de tira y afloja de la Guerra Fría. ¿Con qué forma intervencionista de dominación discursivo-militar se corresponde internet? Pocas dudas pueden caber al respecto: con la época de «la ubicua fuerza militar de despliegue rápido y las "cirugías militares"»,[122] como podemos corroborar, por ejemplo, con la misión llevada a cabo por un dron del ejército estadounidense que el 12 de junio de 2015 asesinó selectivamente a Naser al Wahishi, líder de Al Qaeda en Yemen. O con el lanzamiento de la bomba GBU-43 el 13 de abril de 2017, el proyectil no nuclear más destructivo del amplio arsenal de Estados Unidos que, con una potencia similar a la de la bomba atómica que el 9 de agosto de 1945 arrasó indiscriminadamente con la vida de 120.000 personas en Nagasaki, también selectivamente asesinó esta vez a 36 miembros de la facción del Estado Islámico de Afganistán.

El 13 de septiembre de 2018, *El Periódico* se hacía eco de una excusa pionera en lo que a la venta de armas se refiere: el ministro de Asuntos Exteriores, Josep Borrell, confirmaba que el Gobierno enviaría a Arabia Saudí cuatrocientas bombas vendidas en virtud de un contrato de 2015, pero que no había de qué preocuparse, ya que se trataba de «un armamento de precisión guiado por láser que no produce efectos colaterales, si no que dan en el blanco con una precisión extraordinaria».

Indiscriminadamente, selectivamente: el lenguaje es una jaula.

Al margen de ir ligados a una estrategia discursivo-militar y a un medio de comunicación determinado, también es posible asociar cada período histórico a un líder político o a un tándem de líderes políticos que lo encarna. ¿El político es el mensaje? Tal vez esta podría ser la apuesta teórica si el que nos hablara fuera Marshall McLuhan, o si hiciéramos caso con el debido respeto a las reflexiones sobre el liderazgo carismático aportadas por Max Weber. Porque, bien miradas las cosas, más que la adaptación que cada figura política triunfante debía hacer en su momento al *medium* a través del cual comunicar su mensaje a las masas de turno, esa figura triunfante ya venía en realidad con el *medium* bajo el brazo: había triunfado, precisamente, por haber sabido manejar a la perfección la herramienta de comunicación que de su mano -de su

voz y de su imagen- consolidaría su hegemonía comunicativa y, *mutatis mutandis*, su supremacía política y militar.

Descendiendo del período histórico y el medio de comunicación que le calza como un guante al líder político que lo encarna, Ferrer señala entonces que «Bismark y Von Moltke fueron encarnaciones de las señales telegráficas, Hitler y Roosevelt lo fueron de las voces radiales, Kennedy y Kruschev fueron incorporaciones televisivas. Recuérdese el momento de sinceridad o de soberbia de Adolf Hitler al inaugurar la *Autobahn*: "sin el automóvil, el aeroplano y el altavoz no hubiera sido posible la conquista del poder"».[123]

Siguiendo este hilo de pensamiento ferreriano, ¿podríamos decir que Donald Trump es la viva encarnación actual de Twitter? Seguramente, ya que todos los analistas coinciden en señalar que el manejo inteligente que Trump y su equipo de campaña realizaron en sus comunicaciones vía Twitter, a la hora de colocar sus mensajes con rapidez y efectividad, y vía Facebook, para obtener importantes contribuciones económicas, resultaron aliados extraordinarios en la consecución del triunfo final en las elecciones que auparon al magnate a la presidencia de Estados Unidos.

Íntimamente asociado al medio hegemónico de comunicación de cada época, también cada momento histórico tiene sus propias metáforas de dominio.

En la segunda mitad del siglo XIX, la red de ferrocarriles y sus estaciones centrales funcionaron como metáforas de la organización burocrática del Estado, mientras que a principios del siglo XX el *Titanic* se convirtió en cajón de sastre de proyecciones y sublimaciones sobre la navegación que hemos heredado y que hoy en día utilizamos como si camináramos sobre las aguas. Curiosamente, la desintegración a los 73 segundos de su lanzamiento del transbordador espacial Challenger en 1986 no repercutió sobre nuestras metáforas como hubiera cabido esperar, siendo como fue un suceso de impotencia lograda. Por su parte, las redes computacionales y las redes sociales pueden vislumbrarse en la rabiosa actualidad como metáforas exactas de los flujos financieros y de los canales de información, que construyen «la raza descarada de nuestros dueños», que diría Deleuze.

Nada se pierde, todo se transforma: incluso la inmensidad real y simbólica del tren del siglo XIX traspasa las fronteras temporales de la lengua y se convierte en metáfora discursiva eficaz, al punto de que en el habla coloquial decimos que alguien «pierde el tren» cuando ha dejado escapar una buena oportunidad, y en el habla oficial apelan a que «Alemania es la locomotora de Europa» cada

vez que una crisis cíclica de sobreproducción capitalista hace tambalear las estructuras financieras de la Unión Europea.

¿No resulta una realidad léxica plenamente verificada que «navegamos por internet»? ¿No se habla de «acelerón» y «frenazo» de la economía real como si esta fuera un automóvil capaz de conducirse y reconducirse pegando un fuerte volantazo o una chirriante frenada? ¿No fueron bautizados tras su nacimiento los circuitos informáticos como «autopistas de la información»? Idénticos motivos nos llevan a seguir hablando de la «salida» y de la «puesta» del sol, como si el modelo ptolomeico del sistema solar no hubiese sido sustituido de forma irreversible por el copernicano porque, según sugería con su habitual elegancia George Steiner en *Presencias reales*, «en nuestro vocabulario y en nuestra gramática habitan metáforas vacías y gastadas figuras retóricas que están firmemente atrapadas en los andamiajes y recovecos del habla de cada día, por donde erran como vagabundos o como fantasmas de desván».[124]

Como un chaleco salvavidas o un tubo de Ventolín llegaron las redes sociales para recuperar el vínculo entre el líder y el grupo, para reflotar la democracia representativa, rescatándola de una desidia popular que estaba a punto de dejarla marchitar. En la campaña de las últimas elecciones presidenciales estadounidenses, celebradas en noviembre de 2016, quedó patente el hecho de que los líderes planetarios suben o bajan puntos en las encuestas según suban o bajen sus *followers* en Twitter. Pero la mentira es parte de la verdad: siguiendo el análisis realizado por la empresa eZanga, minutos antes de que los ciudadanos norteamericanos depositaran sus votos en las urnas, salieron a la luz datos que confirmaban que tanto Donald Trump como Hillary Clinton tenían un gran número de seguidores en sus cuentas de Twitter que eran falsos: de los 11 millones de *followers* que supuestamente seguían a Trump, casi el 40 % no pertenecía a usuarios reales, mientras que lo propio ocurría con alrededor del 37 % de los 8 millones que supuestamente seguían a Clinton. Cantidad de *followers*, dicho sea de paso, situada muy por debajo de los 94.956.663 que por esas mismas fechas seguían a Katy Perry, los 90.691.506 que seguían a Justin Bieber y los 82.634.868 que seguían a Taylor Swift, según datos del Informe «Twitter statistics of popular Celebrities accounts», elaborado por el portal de internet Socialbakers.

La dialéctica de confrontación se da hoy en día entre la ausencia física del líder, cuya presencia paradójicamente se multiplica virtualmente en las redes sociales y las pantallas de plasma, y la

dificultad cada vez más elevada de que un grupo de partisanos organizados o un lobo solitario decidido a todo sea capaz de enfrentarse al líder dominante. Donald Trump regresa nuevamente en nuestra ayuda: un estudio de la radio pública estadounidense NPR calculó que el hoy presidente de Estados Unidos no había comparecido ante los medios en ciento cincuenta días, pero había subido más de 1.500 mensajes a Twitter en ese tiempo, una media de 10 por jornada. De hecho, Trump es el presidente electo que más ha tardado en ofrecer una rueda de prensa en la historia de ese país.

El rotativo *The New York Times*, una de las principales dianas de sus ataques, asegura que desde que se postulara como candidato a ocupar la Casa Blanca, Trump había ofendido o insultado a más de trescientas personas u organizaciones a través de Twitter. ¿Importa mucho, poquito, nada? *Is it not our business*? A quien sí preocupaba el tema era a Brad Parscale, director digital de la campaña para la presidencia de Donald Trump, que, según trascendió, le restringía el uso de su teléfono móvil personal para evitar exabruptos (más) peligrosos.

En un artículo publicado en noviembre de 2016 en el portal de internet The Hill, el especialista Laeeq Khan, director del Laboratorio de Análisis de Redes Sociales de la Universidad de Ohio, coincidía con varias de nuestras tesis más relevantes, asegurando que Donald Trump «dominó Twitter al aprovecharse de su inmediatez (ahora mismo), su transparencia (expresiones sin adornar) y la asunción de riesgos (frente a la precaución)».

Las redes sociales tienen dueño: creer lo contrario sería «reconocer únicamente los progresos del dominio de la naturaleza pero no querer reconocer los retrocesos de la sociedad».[125]

*Plagio por anticipación*

En carta a sus padres del 1 de febrero de 1943, Simone Weil parecía lamentarse al afirmar que «habría que escribir cosas eternas para estar seguros de que serían de actualidad».[126] He aquí la autoridad creadora del pensamiento: la capacidad que permite observar la renovación o la caída de una determinada estructura (in)variable, sin perder de vista las minúsculas manifestaciones que la actualizan o derrumban.

Cuando hace algunas páginas decíamos que Benjamin dice en alguna parte (que dice Michelet en alguna otra) que «cada época sueña la siguiente», lo que aquí y ahora pretendemos destacar es que este juicio supone mucho más que una bella idea poética: es un

método de investigación. Como también supone toda una metodología la encarada por Nietzsche cuando en *Ecce Homo* afirma que él no ataca jamás a personas, sino que se sirve de ellas «tan solo como una lente de aumento con la cual se puede hacer visible una situación de peligro general»,[127] procedimiento alternativo de maximización y minimización en el análisis que a Martínez Estrada le sirvió para organizar su fabulosa microscopía en *La cabeza de Goliat*, y a Horacio González para afirmar, aquella noche de verano en un aula perdida de una vieja maternidad sita en Marcelo T. de Alvear 2230, que «en la anécdota está el dato sociológico».

Las épocas se sueñan unas a otras para atrás y para adelante, se superponen e intentan asesinarse para arriba y para abajo, conviven y consiguen criminalizarse en dirección a todos los puntos cardinales. A la frase de Marx señalando que «la tradición de las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos»[128] es preciso agregar que ese «muertas» debería adjetivar también a las generaciones por venir: hoy el futuro aprieta al menos tanto como aplasta el pasado. Y ese enemigo no ha cesado de vencer.

Es preciso ser muy cuidadosos: el pensamiento no deja de ser, a su manera, «una red de anticuerpos y un sistema de defensa inmunológica natural»,[129] una especie en extinción que también se halla gravemente amenazada.

Son las manifestaciones más ínfimas y las decisiones personales más pequeñas las que nos dan una idea del cambio y las transformaciones en la dirección que recorre con la vista la mirada obediente, en las metáforas que asume la memoria descuidada, en la lógica que sigue y persigue la técnica parcializada, dando fe de un cruce de caminos donde hoy podemos, y debemos, vislumbrar la emergencia de una nueva sensibilidad.

Instrumentos de navegación y ajuar imprescindible del investigador anecdotario-microscopista, a este solo le resta desperezarse y salir a hacer «botánica al asfalto»,[130] cuando el asfalto es la calle, la ciudad y el mundo: la vida en el capitalismo de cristal.

Triple alianza tremendamente fructífera, el líder de turno, el medio de comunicación hegemónico y la metáfora de dominio -¡y el dominio!- resultante se lanzan prestos a la yugular de la arena política con la confianza del *reciario* portando su *fuscina* o del informático de Silicon Valley con su logaritmo matemático (y sus papeles en regla). Tres emoticonos de aplauso al ilustrado Foucault

cuando afirma que «la humanidad no progresa lentamente de combate en combate hacia una reciprocidad universal, en la que las reglas sustituirán, para siempre, a la guerra, sino que instala cada una de estas violencias en un sistema de reglas, y va así de dominación en dominación».[131]

Autoridades especializadas en la formación de conciencia, opinión y consumo, los objetos técnicos moldean, con mayor intensidad de la que somos capaces de sospechar, toda la embarullada retahíla de mecanismos metafóricos y metonímicos reales, imaginarios y simbólicos, que organizan el viaje de ida y vuelta entre el cuerpo social y el organismo privado. Con cara de no haber roto nunca un plato, los objetos técnicos se prefiguran unos a otros como si vivieran una existencia independiente de los sujetos tecnológicos que los han creado, en una actividad profundamente socializante y socializadora, que altera de cuajo y trastorna de raíz nuestros hábitos y comportamientos.

Hemos visto que la pizarra «no-del-todo-mágica», rescatada por Freud del imaginario escolar para metaforizar el funcionamiento del aparato psíquico de sus contemporáneos, fue variable comparativa y origen prefigurador del iPad, ese objeto técnico e ideológico al que hemos comprendido como *gadget* por excelencia del capitalismo de cristal, heredero en este sentido y por múltiples razones del Wunderblock que lo precedió en el tiempo y en el símbolo.

Actores principales de una tríada mecánica encargada de ensamblar toda una época bajo su férreo control y dominio, ¿no aúnan colectivamente el Crystal Palace de Londres (1851), el Brooklyn Bridge de Nueva York (1883) y la parisina Torre Eiffel (1887) lo mejor de la tradición universal y lo peor de la sala de partos de Occidente? Hijos ilegítimos de las pirámides egipcias y de los templos mayas, unidos en Santa Alianza estos tres monstruos de la arquitectura y la ingeniería de su época son responsables, sin ir más lejos, de las siguientes actividades performativas: abonar el terreno para que la construcción comience a emplear materiales sintéticos; anticipar estructuras inmuebles diseñadas para exhibir objetos de consumo para las masas; prefigurar la forma de la torre de telecomunicaciones; poner color al sueño humano de avistar la urbe a vuelo de pájaro desde lo alto del rascacielos; alimentar el cigoto del inminente aeroplano, y dar alas a las muchedumbres ansiosas por sentir la emoción de atravesar las aguas como antaño hiciera Moisés.

Exactamente un siglo más tarde, otra colosal obra de la ingeniería sería emblema y estigma de los ochenta: el *walkman*. Este

*gadget*, que ahora mismo puede ser percibido formando parte de un arte rupestre de tiempos primitivos, fue autorizado para unificar, en un único dispositivo tecnológico-electrónico, una serie de patrones y funcionalidades que se diversificarían y consolidarían tan solo un par de décadas más tarde, y que hoy conforman partes naturalmente integrantes de la vida cotidiana en el capitalismo de cristal.

En primer lugar, el *walkman* -que tiene mi edad y mi geografía- abrió de par en par las compuertas de una corriente caudalosa y acelerada de hiperindividualismo salvaje, que vio salir sus brotes iniciales de la mano de Ronald Reagan y Margaret Thatcher en los ochenta y terminó de florecer al amparo de Juan Pablo II y la caída del Muro de Berlín en los noventa, un hiperindividualismo que llegó tan fuerte y saludable a nuestros días que lo sobrentendemos como parte integrante de la naturaleza humana. Los cascos del *walkman* fueron los primeros párpados artificiales que encerraron a la gente de sus propios oídos para afuera: el corazón y la mente lo fueron poco después.

También el *walkman* prefigura la quintaesencial idea de lo portátil, el concepto de un único dispositivo electrónico capaz de ser transportado y utilizado *al mismo tiempo* por un individuo que camina, por un sujeto que está en movimiento. ¿Cuántos kilómetros de cable tendríamos que utilizar para conectarnos al teléfono si siguiera siendo un aparato negro y fijo y no un artilugio móvil y transparente? ¿Cómo podríamos pensar con absoluta normalidad en enviar un archivo adjunto en pdf, conectarnos de extranjis al wifi del vecino o hacer funcionar unos altavoces mediante bluetooth, si el *walkman* no hubiera patentado la idea de que en mi portabilidad personal mando yo y nadie más que yo?

Además de decretar la movilidad general obligatoria de personas y cosas, el *walkman* acostumbra al oído a la música permanente y prefigura la emergencia de un ruido estruendoso disfrazado de armónico sonido: la cortina musical de tiendas y shoppings, de aeropuertos y coworkings. Regulada en un volumen ni demasiado alto ni demasiado bajo, que parece pretender que los consumidores no escuchen a su voz interior contándoles que el acto de consumir es en realidad una sublimación del acto sexual, la continuada cortina musical de las tiendas constituye una de las piezas más importantes en que se divide el politono generalizado que envuelve a la ciudad.

Finalmente, sin el concurso del *walkman*, el iPad no podría haber llegado a ser fiel metáfora de nuestra memoria externa ni perfecto

resumen de la emergencia de la nueva sensibilidad presente en el capitalismo de cristal, y tan feliz hipótesis de nuestro libro sería rechazada de plano por la comunidad científica.

Existen prefiguradores para todos los gustos. Los que obligan al ojo: direccionan su mirar; los que acostumbran a la memoria: la duermen; los que perforan el oído: embotan la escucha; los que juegan con las manos: las atan.

La presencia de varios televisores en los escaparates de las tiendas, repitiendo cual hilo musical visual para transeúntes distraídos la programación de La 1 de TVE o de Canal 7 en los ochenta, moldea tímida pero asertivamente el inconsciente óptico de la mirada, doblegándola para que acepte las múltiples pantallas que desplegará el sistema operativo Windows pocos años más tarde. Afinando la intención de la mirada, tanto las añoradas *L'Encyclopédie* de Diderot y D'Alambert como la *Encyclopaedia Britannica*, e incluso, por qué no, las autóctonas *Páginas Amarillas*, resultan oulipianos plagios por anticipación de la *Wikipedia, the free encyclopedia*.

¿Podría ser Borges el verdadero inventor de la Red de Redes? No otra cosa parece ser el Aleph que descubre antes de quedarse *tarumbade* tanto curiosear donde no lo llaman, ese objeto secreto y conjetural que se encuentra en «una pequeña esfera tornasolada, de casi intolerable fulgor. Al principio la creí giratoria; luego comprendí que ese movimiento era una ilusión producida por los vertiginosos espectáculos que encerraba. El diámetro del Aleph sería de dos o tres centímetros, pero el espacio cósmico estaba ahí, sin disminución de tamaño. Cada cosa (la luna del espejo, digamos) era infinitas cosas, porque yo claramente la veía desde todos los puntos del universo».[132]

Del mismo modo que en la flecha envenenada está el embrión de los gases tóxicos y en el Teletexto el de Google News y las noticias en tiempo real, podemos pensar que en la espinaca de Popeye,[133] en la poción mágica de Astérix o en las gotitas que en *El sueño de una noche de verano* Puck consigue administrar a Lisandro para que deje de comportarse como un mujeriego, están creciendo los cigotos del Red Bull que te da alas, del Gelocatil con CocaCola que apura los subrayados previos al examen, o la eritropoyetina que consume la subida al Tourmalet de la etapa reina en el Tour de Francia.

El mecanismo de empleo y el manual de instrucciones constituyen parte de la herencia prefiguradora tanto como el objeto en sí mismo. La cámara de fotos Polaroid, archivada hoy en el baúl de los recuerdos o en los escaparates de las tiendas hípster

metamorfoseada en Snap, es pariente por rama directa de la cámara digital, sobre todo por la ansiedad que nos carcome de querer ver la fotografía al instante de haberla tomado; o el Beeper, que a las jóvenes generaciones diera a conocer Jimmy McNulty en la serie televisiva *The Wire*, esconde en su seno el nacimiento del mensaje de texto, cuyo objetivo es conocer el mensaje de la manera más rápida posible, solo que la tecnología del momento obligaba a dar un rodeo hacia el teléfono público más cercano -que no deja de ser un teléfono móvil puntualmente localizado; cabinas telefónicas que prefiguran además, dicho sea de paso, la idea de una red de cajeros automáticos.

Asegurarnos obsesivamente de que las cosas lleguen a su destino es también un derecho psíquico institucionalizado actualmente. Una piedra extraplana con el canto perfectamente redondeado, ideal para hacer «patito», es un objeto de carácter único que no regresa a su usuario, porque tras ser utilizada reposa en las profundidades del lago o del estanque. En el *boomerang* está la idea matriz de que las cosas u objetos que se tiran pueden regresar, y de dicha idea originaria nace el concepto de reciclaje de plástico o papel, de descuento en los billetes de ida y vuelta y de la carta certificada. Y, como hemos visto, también del dron. La frustración provocada por la pérdida no tiene cabida en el capitalismo de cristal, en cuyo catálogo se ofrece siempre un retorno o devolución equivalente al gasto invertido.

Pero no únicamente los objetos técnicos y los usos al uso se ceden el testigo unos a otros, en una cascada polifónica que semeja una orquesta perfectamente afinada; y tampoco únicamente las miradas y las actitudes, los sabores y los sinsabores prefiguran el *ethos* de sensibilidades presentes y por venir: también las ideas se institucionalizan para dar paso a futuras formas de pensar y de sentir que encuentran acomodo específico mediante su (re)inserción y (re)encarnación en objetos técnicos. Ejemplo paradigmático de ello nos lo ofrece la versión, ajustada al extremo, del omnipresente concepto *online*, vale decir, la situación en la que escribir un mensaje a través de una aplicación del teléfono móvil es tan inmediata que «escribir» comienza a decirse «hablar».

Tampoco podemos olvidar que para que el paroxismo de la respuesta instantánea fuera posible, primero fue necesario que el concepto de lo inmediato consiguiera desplegar las aventuras de su dialéctica por el escenario de las relaciones personales en el mundo actual, introyectando en los individuos la idea fundamental de que resultaba perentorio contestar *inmediatamente* a los mensajes

recibidos, e incluso pedir perdón por no haber contestado antes. Sobre la necesidad impuesta por lo inmediato se monta todo un entramado de respuestas en *streaming*, del mismo modo que sobre la urgencia de emborracharse en un mismo sitio se montaron las tabernas, los bares y los botellones.

La conocida como «desconexión digital» ha pasado del debate simbólico a la *lex dura lex*: el 1 de enero de 2017 entró en vigor el derecho a la desconexión en Francia, cuyo Código de Trabajo, en su artículo 7, ordena «las modalidades del pleno ejercicio por parte del trabajador de su derecho a la desconexión y la puesta en marcha por parte de la empresa de un dispositivo de regulación de la utilización de los dispositivos digitales, a fin de asegurar el respeto del tiempo de descanso y de vacaciones, así como su vida personal y familiar». En España, a comienzos de octubre de 2018, todos los grupos parlamentarios del Congreso cerraron por consenso unánime el texto de la nueva Ley de Protección de Datos Personales y Garantía de los Derechos Digitales, que según informaba la Cadena Ser «regulará el derecho a la desconexión digital de los trabajadores, para evitar la fatiga informática y preservar el tiempo de ocio y descanso, sin la obligación de prolongar la jornada respondiendo a mensajes de móvil o correos electrónicos».

¿Conseguirá en esta ocasión la Ley proteger al trabajador-máquina del abuso plusvalista del empresario-mecanismo de dominación? ¿O continuaremos confundiendo las causas con las consecuencias como les sucedió a los *groupies* de Ned Ludd? Seguiremos informando.

Si creyéramos que «la representación de un progreso del género humano en la historia es inseparable de la representación de la prosecución de esta a lo largo de un tiempo homogéneo y vacío»,[134] ¿qué objetos técnicos estarán ahora mismo acicalándose para llenarlo con otros objetos técnicos de la familia?

Si sabemos que una de las tareas en las que la violencia técnica se ha empeñado ha sido desde siempre «hacer presión sobre las fuentes de la imaginación para clausurar sus canales y presionar sobre la memoria a fin de estropear algunas escamas donde se ha guardado lo que se ha leído, lo que se ha visto, lo que se ha oído, lo que se ha intuido»,[135] ¿qué neurosis obsesivas presentes estarán prefigurando futuras angustias esquizoides?

Los *banners* publicitarios cada vez más personalizados que nos asaltan cuando navegamos por internet, ¿estarán tal vez prefigurando un sistema publicitario minuciosamente adaptado a

nuestros deseos más íntimos, como ocurría en la película *Minority Report*, donde los anuncios salían maquinalmente de los carteles publicitarios al paso del protagonista?

La moda del tatuaje y la enorme potencia masificadora que ha conseguido en nuestros días, ¿estará quizás anticipando la incorporación de *chips* nominales a la manera de los que tienen que llevar obligatoriamente los protagonistas del capítulo «The entire history of you» de la serie *Black Mirror* para cumplir con los parámetros de la legalidad vigente?

Los mimos que dedicamos a las pantallas del teléfono móvil o del iPad, acariciándolas suavemente para desplazarnos sobre ellas gracias a los parabienes de la tecnología táctil, del control gestual o del *smart scroll*, ¿estarán acaso tramando una engrasada telequinesis por venir en la que el pensamiento particular sea perfectamente capaz de mover a su antojo los objetos de la realidad, como hace la protagonista de la película *Carrie* para atacar a su madre con los cuchillos de la cocina?

# «PUER LUDENS»: JUEGOS, JUGADORES Y JUGUETES

> El miedo del niño y la oscuridad se llevan de maravilla; no así el propio niño con su miedo.
>
> R. WALSER, *Los hermanos Tanner*

*Infantilismo, etapa superior del capitalismo*

Esconde Georg Simmel en «El secreto y la sociedad secreta» un soliloquio horadador con cuya lectura nos asalta la tentación de querer reproducirlo aquí palabra por palabra, como si fuéramos un vulgar Pierre Menard, autor de *El Quijote*. Con la sobriedad que lo caracteriza -porque, al igual que los buenos futbolistas, Simmel hace fácil lo difícil-, nos revela en su texto un par de conexiones (socio)lógicas fundamentales, diciendo:

> Comparado con el estado infantil, en que toda representación es comunicada enseguida, en que toda empresa es visible para todas las miradas, el secreto significa una enorme ampliación de la vida, porque en completa publicidad muchas manifestaciones de esta no podrían producirse.[136]

¿Toda representación es comunicada enseguida? ¿Toda empresa es visible para todas las miradas? ¿Es en el estado infantil donde estos dos *actings* de manual preferentemente se manifiestan? No parece necesario subrayar que, gracias a sus artes de prestidigitador, ya en 1908 Simmel puntualizaba una serie de preceptos que un siglo más tarde vertebrarían nuestro simmeliano siglo XXI.

Un complemento inteligente a esta aseveración de Simmel nos la ofrece Baudrillard en *El sistema de los objetos*, donde desnuda al actual protagonista de lo social en su obsesiva compulsión a que

todo comunique para que no existan secretos ni misterios, comentando:

> Tendríamos aquí las bases de una caracterología de nuestra civilización técnica: si la hipocondría es la obsesión de la circulación de las sustancias y de la funcionalidad de los órganos primarios, podríamos calificar al hombre moderno, al cibernético, hasta cierto punto de hipocondríaco cerebral, obsesionado por la circulación absoluta de los mensajes.[137]

El secreto y el ideal de transparencia se asocian con natural complicidad para cumplir una tarea paradójica: si por un lado descorren los velos que conservaba la intimidad personal, al mismo tiempo ocultan a la publicidad los secretos mejor guardados de la esfera pública. Las redes sociales representan el mejor ejemplo de la primera función; la pervivencia del secreto bancario, el de la segunda. Juramentándola como portadora de la verdad y nada más que la verdad, el capitalismo de cristal *fuerza* a la transparencia absoluta a elevar su mirada hacia el altar donde los actos sin consecuencias duermen el sueño de los justos; glorificándola como base psíquica del comportamiento infantil, el capitalismo de cristal *obliga* a la visibilidad total a descubrir los secretos de la vida privada espiritual.

Haciendo caso sin pensarlo dos veces, para solaz de la representación escénica de una infancia sumisa y obediente, con gusto internalizamos las premisas ideológicas de clase rumiadas hasta el hartazgo por esa serie infinita de aparatos ideológicos presentes en los más diversos ámbitos del Estado y la sociedad civil, incorporando en modo autocoactivo dispositivos de conducta abstracta y habilidades prácticas como si hubieran salido de nuestro propio estómago. La maquinaria técnico-política nos construye y habita: cuando un individuo vive conscientemente, es inconscientemente vivido por la sociedad.

Una vez que el *big data* transparenta inmediatamente nuestros datos comunicacionales de entrada y salida, al modo metafórico en que las «señoritas telefonistas» de los años veinte cruzaban las llamadas telefónicas desde sus terminales operadoras, ¿cuál podría ser hoy el último refugio de intimidad personal en el que buscar alivio y soledad?

Masturbarse, sí, siempre y cuando para motivarnos no llamemos a las musas de XVideos o de PornHub, porque los *banners* publicitarios para alargar el pene, mantenerlo erecto durante horas

o blanquear el ano y dejarlo como si nunca hubiera defecado en su vida inundarán nuestra flácida imaginación onanista.

Leer, sí, pero no en un ePub o publicación electrónica, ya que el *cazabugs* Craig Arendt descubrió en EpubCheck, Adobe Digital Editions, Amazon KDP, Apple Transporter, Google Play Books y otras plataformas de conversión digital «una vulnerabilidad que permite ejecutar un ataque XXE o un ataque *billion laughs*, que en última instancia permiten al atacante acceder a archivos protegidos y desprotegerlos», según contaba a los medios en enero de 2017.

Votar, sí, votar es secreto.

Transparencia absoluta y visibilidad total: principios sagrados encargados de sostener con garantías la vida en el capitalismo de cristal.

Inmediatez rutilante y simultaneidad visceral: máximas corporativas facultadas para mantener a pleno rendimiento la maquinaria del capital global.

Infantilismo, etapa superior del capitalismo: título de nobleza o código de barras portado con enhiesta gallardía por la sociedad actual.

Solía asegurar Lyotard en alguna parte (que solía asegurar Freud en alguna otra) que éramos rehenes de frases adultas: hoy resultaría mucho más ajustado afirmar que somos rehenes de actos infantiles.

El 21 de diciembre de 2017, el Instituto Nacional de Estadística dio a conocer su informe «Estadística de defunciones según la causa de muerte 2016», cuyos resultados confirmaron que, con 3.569 fallecimientos, el suicidio sigue siendo la primera causa de muerte externa en España, superando a los fallecimientos por caída accidentales (3.019), por ahogamiento, sumersión y sofocación accidentales (2.732), e incluso doblando a los fallecidos por accidente de tráfico (1.890). También el suicidio es la primera causa de mortalidad no natural en el mundo si tenemos en cuenta a las chicas de entre 15 y 19 años, según datos del informe «El estado de la Población Mundial 2016», elaborado por el Fondo de Población de Naciones Unidas. Y todo ello al margen, claro está, de que los intentos de suicidio no suelen aparecer en las estadísticas.

A pesar de la gravedad de la situación, las estadísticas que parecen interesar a la realidad son aquellas que se refieren al estado de mayor o menor felicidad de la comunidad internacional. Instituciones del prestigio de la Universidad de Cambridge o de la Universidad de Boston han llevado a cabo, en los últimos años, estudios comparativos orientados a comprobar el estado de ánimo

de la población en diferentes países del mundo, empleando para ello la información que sus habitantes vuelcan en los mensajes de Twitter, escribiendo palabras como «amor», «feliz» y «gracias». Durante el «I Congreso Internacional de la Felicidad», patrocinado por Coca-Cola y celebrado en Madrid en octubre de 2010, se barajó seriamente la hipótesis científica de que la felicidad pudiera ser una cuestión genética, según explicó la profesora de la Universidad de California Sonja Lyubomirsky, comentando ante un público entregado (y feliz) que «las circunstancias que rodean la vida de cada uno no influyen tanto en la felicidad personal como los genes», mientras que un par de años más tarde, en su informe «The Legatum Prosperity Index 2016», el Legatum Institute concluyó que «la prosperidad mundial se encuentra en su punto más alto en la última década». Utilizando variables como el PIB *per capita*, la esperanza de vida, el apoyo social de familiares y amigos, la generosidad o la libertad para tomar decisiones, el Informe «World Happiness 2018», elaborado por la Red de Soluciones para el Desarrollo Sostenible de Naciones Unidas, situó a Finlandia, Noruega y Dinamarca como ganadoras del medallero de la felicidad y a Sudán del Sur, República Central Africana y Burundi en un estercolero de infelicidad que ni Georges Perec hubiera sido capaz de imaginar en su contundente *W o el recuerdo de la infancia*.

Después de todo, ¿cómo no sentirnos tan a gustito/tan a gustito con la sociedad infantil en la que vivimos si el mismísimo Hijo de Dios nos insta a participar en ella?

> En aquel momento se acercaron a Jesús los discípulos y le dijeron: «¿Quién es, pues, el mayor en el Reino de los Cielos?» Él llamó a un niño, lo puso en medio de ellos y dijo: «Yo os aseguro: si no cambiáis y os hacéis como los niños no entraréis en el Reino de los Cielos.»[138]

Quizás por eso Steve Jobs, ese «Leonardo de nuestra Era», recogió el guante del Creador de sus propias manos y apelando a su genio sin par diseñó una estrategia -esta vez no de ingeniería fiscal sino emocional- que no podríamos rechazar: según afirmaba el programa documental de la BBC «Los secretos de las supermarcas», emitido en mayo de 2011, «ser fan de Apple estimula el cerebro como la religión». Para comprobar tan arriesgada conjetura neurológica contactaron con Alex Brooks, editor del fanzine *World of Apple*, y le hicieron una resonancia magnética para compararla con resonancias magnéticas tomadas a personas de probada convicción religiosa. Las conclusiones fueron terminantes: el

cerebro de Brooks y el de los devotos religiosos sufrían una reacción prácticamente idéntica en las mismas zonas cerebrales al ser estimuladas, el primero con el último modelo (sumergible) del iPhone, los segundos con una estampita (plastificada) de la Virgen del Perpetuo Socorro.

Ver para creer. Y creer o reventar.

La anulación social del secreto y la barra libre ofrecida a las (in)discretas miradas por obra y gracia de la transparencia del cristal constituyen, como venimos observando, elementos de suma importancia que distinguen uno de los comportamientos infantiles más característicos de la sociedad actual que ahora analizaremos: la irreprimible tendencia a la fusión en el ámbito de las relaciones personales y empresariales.

Nuevamente Simmel nos envuelve para regalo su claridad ilustrativa al confirmar que «las relaciones de carácter íntimo, cuyo soporte formal es la proximidad corporal y espiritual, pierden su encanto e incluso el contenido de su intimidad si la proximidad no incluye, al propio tiempo y en alternativa, distancias y pausas».[139] Pero no parece que hoy en día el contenido de la intimidad incluya distancias y pausas: si la fórmula básica de la fusión fue establecida hace un par de milenios por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo fundiéndose en Uno, hoy quizás la metáfora mística más acertada podríamos encontrarla en la figura romántica de Pepe Le Pew, aquella mofeta macho de la serie animada de la Warner nacida en 1945 y que aún nos acompaña, que vivía enamorado pegajosamente de Penélope.

Pepe intentaba engancharse a Penélope sin reparar en gastos ni en gustos, y ello a pesar de que Penélope no era una mofeta sino una gata negra a la que se le había caído pintura blanca en la cola. Cerrado al aferramiento pulsional, a Pepe únicamente le interesaba abrazar a su platónica amada para alcanzar el punto álgido de su irrenunciable necesidad de fusión. La donación dionisíaca de Pepe no encontraba respuesta positiva en el apolíneo rechazo de Penélope, pero la imagen que el espejo reflejaba le aseguraba el triunfo de su deseo más infantil: creer que Penélope podría completarlo. Tampoco podemos decir que el pobre de Pepe estuviera demasiado desencaminado en sus organizaciones libidinales, cuando leemos que todo un formador de opinión como el Diccionario de la Real Academia Española afirma sin despeinarse, para la primera acepción de la entrada «Amor», que se trata de un «sentimiento intenso del ser humano que, partiendo de su propia

insuficiencia, necesita y busca el encuentro y unión con otro ser».

El niño que no quería crecer más famoso de la historia también recurre a la exitosa fórmula bíblica del 3 × 1. Efectivamente, la libido de Peter Pan oscila entre tres personajes femeninos por demás significativos: Campanilla, el hada posesiva, representante de un mundo mágico y seductor; Tigridia, la india portadora del exotismo y la voluptuosidad; Wendy Darling, el amor romántico, la nuera elegida con la que finalmente se quedará Peter ya que, como sugiere Francesco Cataluccio en su consistente libro *Inmadurez*, «ella lo protege de los conflictos interiores porque cede a todos sus caprichos y muestra una actitud de comprensión maternal por su fragilidad psicológica».[140] O recreándonos por un instante en el inefable Jacques Lacan: «Nostalgia de la humanidad, ilusión metafísica de la armonía universal, abismo místico de la fusión afectiva, formas de la búsqueda del paraíso perdido anterior al nacimiento y de la más oscura aspiración a la muerte.»[141]

Al modo de una nueva tribu del Oeste norteamericano que John Ford o Dee Brown bien podrían haber bautizado como «tribu de los pies hinchados» -*Oedipus* significa «pie hinchado»-, empapada la vida como se halla por comportamientos infantiles de pura razón amniótica, hoy nos encontramos incapacitados para realizar en acto la metáfora más definitiva de toda vida adulta que se precie: andar sobre los propios pies.

La real/virtual eliminación de las distancias se ha transformado exitosamente en reputada institución social de nuestra época, dibujándose como una coordenada básica en el mapa de la fusión contemporánea. Las ecuaciones son sencillas, subrayémoslas: sin distancias que recorrer, el espacio ha sido eliminado: inevitablemente hay fusión; sin capacidad de espera por la necesidad de que los mensajes se marchen y acudan inmediatamente, el tiempo ha sido eliminado: invariablemente hay fusión; sin un rol positivo del secreto que amplíe la esfera de la vida en un mundo paralelo personal e intransferible por los dictados de la transparencia absoluta y la visibilidad total, la intimidad ha sido eliminada: irreversiblemente hay fusión.

Condenados a sufrir la forzosa extroversión de la interioridad personal y la obligada interiorización de la exterioridad social, para cumplir con los criterios éticos y comunicacionales de la sociedad de la transparencia actual, nos hallamos en la situación del *piantao*,[142] que está abierto a todo, a pesar de sí mismo.

En la Era de la OPA hostil en la que vivimos, cuando la

superficie de lo social se queda estancada en el agua de borrajas de la fusión, alcanza con hacer un sencillo *research* en internet para calibrar la situación y corroborar la ferviente dinámica fusional que mantiene y sostiene el *business are business* de la empresa privada. Las noticias sobre grandes fusiones corporativas se destacan con la alegría que corresponde en los magazines de actualidad económica: si un día la British American Tobacco, propietaria de Lucky Strike, compra Camel por 46.500 millones de euros, al otro día Ray-Ban opera una fusión con el fabricante óptico francés Essilor; si en una jornada Gamesa aprueba la fusión con Siemens Wind Power (41 % por 59 % de las acciones respectivamente) por la «alta complementariedad en el posicionamiento geográfico, los productos y la tecnología que generará valor añadido para clientes y accionistas», en otra jornada Pfizer se impone a Sanofi en la puja por Medivation gracias a los 14.000 millones de dólares puestos sobre la mesa. «El *boom* de las fusiones y adquisiciones se mantendrá en 2017», celebra en un titular del 29 de diciembre de 2016 *The Financial Times*, que en sus páginas centrales reproduce la opinión completa de Kurt Simon, *global chairman of Mergers &Acquisitions* de JP Morgan Chase -por cierto, nacida, cómo no, de una fusión, la que en el año 2000 realizaron las entidades Chase Manhattan Corporation y JP Morgan & Co.-, uno de los fondos de inversión más poderosos de Estados Unidos, quien afirma mantener «una actitud muy positiva con respecto a las perspectivas de nuestros negocios de fusiones y adquisiciones».

¿Algo nuevo bajo el sol? Nada, al menos si tenemos en cuenta que hace una década este mismo ejercicio anecdótico-sociológico lo realizábamos en *Máscaras sociales*, obteniendo un resultado así de semejante:

> Estados Unidos amenaza lanzar una Oferta Pública de Adquisición sobre Irán si no congela su programa de enriquecimiento de uranio; los «titanes de la tecnología» Bill Gates y Steve Jobs brindan una conferencia de prensa conjunta para dejar atrás su rivalidad, piropearse mutuamente y confesar que «han mantenido su matrimonio en secreto durante una década»; la Comunidad de Madrid vende la piel del oso antes de haberlo cazado y festeja anticipadamente la victoria de la OPA de E.on sobre Endesa pagando, con el dinero de los contribuyentes, un megachirimbolo en el que fusiona ambas imágenes corporativas para subrayar que «una nueva energía se mueve por Madrid»; Rupert Murdoch ha añadido *The Wall Street*

*Journal* a su querida News Corp., y para conseguirlo hizo a la familia Bancroft una oferta que no pudo rechazar.[143]

¿El tamaño no importa? Al parecer importa y mucho, sobre todo cuando se trata de dar rienda suelta a los balances contables y de comunicar a las Bolsas del mundo (¡uníos!) la cantidad de *cash* que hay en caja para fagocitar a las molestas empresillas, esas que persisten en su intento de sobrevivir en un mundo copado por «el casamiento entre elefantes», como denominan los especialistas a estas bodas de tirar la casa por la ventana, que lejos están de celebrarse en los aledaños del macrocementerio sin tumbas ni lápidas donde viven -por decirlo de algún modo- los miles de millones de condenados a sufrir las consecuencias de tan pujante actividad de *Mergers & Acquisitions*.

Aliado ejemplar de la transparencia absoluta y la visibilidad total, cómplice habitual de la inmediatez rutilante y la simultaneidad visceral, colaborador pertinaz de la anulación social del secreto y la eliminación virtual de las distancias, secuaz porfiado en fundir y confundir los pronombres gramaticales desde el Yo hasta el Ello(s), la obsesión de repetición es la bala mejor guardada en la recámara de su revólver por el infantilismo, etapa superior del capitalismo.

Aceite que engrasa la maquinaria del capital, bálsamo que serena los estallidos de violencia cuando esta pretende autoevocarse partera de la historia, lubricante que despeja arterias, venas y capilares del organismo social, la obsesión de repetición es nuestro becario en prácticas de 60 horas semanales de *currele* a 300 *pavos* por mes (en negro y billetes grandes).

¿Las noticias de la guerra y las masacres en el Más Allá producen un espanto irrefrenable y tenemos los dedos morados de mandar mensajes de texto para apadrinar niños, niñas y perros abandonados del Más Acullá? Nada de que preocuparse: las repetimos y analizamos, las lloramos y despotricamos en los ligeros magazines informativos de la mañana, en los confiables telediarios del mediodía, en los amenos magazines familiares de la tarde y en los definitivos telediarios de la noche de todas y cada una de las cadenas de televisión regionales, nacionales e internacionales, hasta que por agotamiento obsesivo-repetitivo estas pierden al fin su carácter de imperativo legal en la conciencia y podemos irnos de cañas.

¿El «gol fantasma» que le han marcado en el último minuto de la prórroga al equipo de nuestros colores y amores parece decantar

injustamente la final de la Copa Libertadores, que si nadie lo remedia irá a parar a manos de nuestro eterno archirrival? Y, ahora, ¿quién podrá defenderme? ¿El chapulín colorado? Problema de fácil solución: como mimos desacomplejados dibujamos un paralelogramo en el aire y solicitamos ayuda al VAR, que repite y analiza científicamente la jugada y nos permite irnos a festejar al Obelisco o a llorar a la Iglesia con la sensación de que todos somos iguales ante los ojos de Dios.

¿Aceptar la frustración? ¿Convivir con la decepción? ¿Asumir nuestra responsabilidad en el fracaso?

*No way*!

A un simple golpe de clic mental «el niño llama en auxilio a la obsesión de repetición deseando no quebrantar el principio del placer»,[144] vaciando de contenido real cada uno de los acontecimientos desagradables que podrían llegar a afectarnos; a un sencillo golpe de clac emocional, la obsesión de repetición oculta bajo la alfombra de lo esporádico y tira al barril sin fondo de la trivialidad todos los sucesos que podrían llegar a molestarnos.

En cámara lenta y superlenta, y desde los mejores ángulos del estadio, la vida pasa ante nuestros ojos repitiéndonos una y otra y otra vez que la felicidad de la que gozamos es más necesaria que el oxígeno que respiramos para sostener las constantes orgánicas en permanente excitación vital. La realidad es entonces un cuento de hadas que el hombre hecho y derecho y la mujer de armas tomar necesitan oír repetidamente, porque su constitución psíquica es la de un niño pequeño «que nunca se cansa de demandar la repetición de un juego, y cuando se le cuenta una historia, quiere oír siempre la misma».[145]

¡Somos aquel niño analizado por Freud, «que tenía un carrete de madera atado a una cuerdecita, y no se le ocurrió jamás llevarlo arrastrado por el suelo, esto es, *jugar al coche*, sino que, teniéndolo sujeto por el extremo de la cuerda, lo arrojaba con gran habilidad por encima de la barandilla de su cuna, forrada de tela, haciéndolo desaparecer detrás de la misma para saludar su reaparición con un alegre “aquí”, convirtiendo en juego el suceso desagradable de la marcha de la madre»![146]

¡Somos lo opuesto a aquel rebaño observado por Nietzsche, «que paciendo pasa ante ti: no sabe qué significa el ayer ni el hoy, salta de un lado para otro, come, descansa, digiere, salta de nuevo, y así de la mañana a la noche y día tras día, atado estrechamente, con su placer o dolor, al poste del momento y sin conocer, por esta razón, la tristeza ni el hastío»![147]

La era de la reproductibilidad técnica está en plena madurez, y bajo su atenta mirada la repetición hacia el infinito se encarga de conjurar imaginariamente un *horror vacui* imposible de exorcizar realmente con herramientas que todavía no han sido creadas.

## (*In)quietud errante*

El tiburón carece de vejiga natatoria, un órgano hidrostático que en cambio poseen todos los demás peces, a la vez que su particular sistema de respiración bombea agua constantemente hacia sus branquias, encargadas de capturar el oxígeno que le permite respirar. Por ambos motivos, el temible escualo se ha visto obligado a desarrollar una conducta especial que se bifurca en dos vertientes conectadas: es incapaz de flotar, al tiempo que no puede dejar de nadar. Al igual que le ocurre al tiburón, el Nosotros contemporáneo tampoco parece poder detenerse.

¿Nomadismo genético? ¿Errancia hereditaria? ¿*Flâneurismo* testamentario?

Dando tumbos de un lado a otro como si fuéramos una bandada de pájaros en migración o un cardumen de atunes en retirada, nos movemos sin interrupción en migraciones cotidianas en una escala de gran amplitud. En el extremo micromigratorio, por ejemplo, los fumadores se mueven de la opípara mesa a la puerta abierta del restaurante por efecto de la prohibición de fumar en sitios cerrados; en el medio de la escala nómade, sin ir más lejos, una manifestación contra la política de Donald Trump en general y contra la persona de Donald Trump en particular se mueve confundiéndose con la cola para entrar al MoMa, al Thyssen o a Old Trafford, que se mueve confundiéndose con la estampida de inmigrantes subsaharianos propiciada por la llegada de Scotland Yard o de la Gendarmerie Nationale, que se mueve confundiéndose con los «trapitos» que aparcan coches en doble fila, que se mueve confundiéndose con la peña yendo al *afterporque* ha cerrado el *before*…; en el extremo macromigratorio, finalmente, sufrientes de efectos colaterales por mala precisión de bombas de precisión en Alepo se mueven de su ciudad natal por causa de la guerra en Siria, el «Migration Statistics Quarterly Report» de noviembre de 2017 confirma que un año después de la votación a favor del *Brexit*, Reino Unido ha sufrido la mayor caída de su inmigración neta desde que existen registros, o el 12 de octubre de 2018 una caravana de migrantes comienza su andadura desde la ciudad hondureña de San Pedro Sula hacia la frontera de México con

Estados Unidos, donde los espera un soldado armado por cada migrante sin nada más que perder salvo sus cadenas.

Estos flujos de mercancías humanas, ¿no suponen, más bien, movimientos económicos y sociales de redistribución? Estas corrientes de mareas migratorias, ¿no se desplazan, en cualquier caso, a la manera de los vientos, formándose siguiendo alternativamente zonas de baja o de alta presión atmosférica?

Es la masa, la muchedumbre, la multitud actual, presa de un estado de alerta permanente y de un ánimo de forzada movilización general. Ya no compacta ni silenciosa, negando el carácter de *reductio ad unum* que solicitaba para ella Auguste Comte, la multitud contemporánea semeja un archipiélago cuyas islas están unidas por aquello que las desune, ajustándose así al clarificador concepto de «espectáculo» debordiano que «reúne lo separado pero lo reúne *en cuanto separado*».[148]

Repasemos sucintamente un par de axiomas sociológicos fundamentales recabados por los más grandes en tan espinosas cuestiones sobre el género y número de las clases sociales.

En *El manifiesto comunista*, Marx y Engels establecen dos clases sociales básicas para el análisis revolucionario, opresores y oprimidos, mientras que para el análisis histórico, en *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* encontramos que Marx hace recuento de clases tan variopintas como «la aristocracia financiera, la burguesía industrial, la clase media, los pequeños burgueses, el ejército, el lumpemproletariado organizado como Guardia Móvil, los intelectuales, los curas y la población del campo».[149]

Nueve son las clases que Louis-Sébastien Mercier contabiliza en su *Tableau de Paris* hacia 1781 y que Sombart reproduce en *Lujo y capitalismo*: «1. Príncipes y grandes señores. 2. Gentes de toga. 3. Hacendistas. 4. Negociantes o mercaderes. 5. Artistas. 6. Artesanos. 7. Obreros manuales. 8. Lacayos. 9. El pueblo bajo.»[150]

El objetivo de George Rudé es dar visibilidad a la multitud, por lo que en las páginas de *La multitud en la historia* declina esconderse detrás de «etiquetas prejuiciosas como la de “gentuza sin nombre” de Clarendon, la de *canaille* de Taine o la de *le peuple* de Michelet, que parecieron dar por supuesto que la multitud debía seguir siendo un fenómeno abstracto, sin cara y sin identidad».[151]

Walter Benjamin señala en «El flâneur» el amor incondicional que sentía Charles Baudelaire por la soledad, cuando la soledad estaba inserta en la muchedumbre -esa «soledad poblada» que más tarde describiría Gilles Deleuze-, a la vez que sitúa el accionar del *flâneur* abandonado en el ambiente de una multitud que «no solo

supone el asilo más reciente para el desterrado, sino que es también el narcótico más reciente para el abandonado».[152] Benjamin nos recuerda también que Victor Hugo es el primer literato que alude a la multitud en los títulos de sus obras *Los miserables* y *Los trabajadores de la mar*, y sabemos también por él que el relato de Edgar Allan Poe de 1840 «El hombre de la multitud» puede considerarse una de las primeras versiones narrativas en las que la multitud obtiene un papel protagonista, con ese viejo que se niega a estar solo y «representa el arquetipo y el genio del profundo crimen».[153]

Hoy cada persona es clase social en sí misma, recortada hasta límites insospechados por el marketing publicitario y el mercado de consumo, que se encargan de trocearnos para vendernos al mejor postor. El turista *es* así el turismo internacional, el aficionado al fútbol *es* el espectáculo deportivo, migrantes e inmigrantes *son* el fenómeno de la inmigración global.

Subidos sobre el caballito o el tanque de la calesita con toda la intención de sacarnos la sortija, nos mareamos dando vueltas, como vueltas daban «los niños perdidos buscando a Peter, los piratas buscando a los niños perdidos, los pieles rojas buscando a los piratas y los animales salvajes buscando a los pieles rojas, que daban vueltas en círculo por la isla pero nunca se encontraban, porque todos iban a la misma velocidad».[154]

¿De qué manera es posible sustraerse a los deliciosos influjos de una droga tan dura y excitante como viajar? ¿De dónde puede sacarse la fortaleza para desoír los cantos de sirena de una actividad lúdica capaz de situarnos en el umbral del tipo ideal de acción racional con arreglo a fines más representativa del presente?

Drogarse y viajar mantienen desde antiguo su eufórica amistad, su amor energizante: la mitología griega imaginó que Afrodita había nacido desnuda de la espuma que rodeaba los genitales de Urano cuando Crono los arrojó al mar, mientras que la superchería medieval retrataba a las brujas volando sobre sus escobas porque las impregnaban con ungüentos afrodisíacos para frotarse y masturbarse; la imaginación popular impulsó las alfombras voladoras de *Las mil y una noches*, en tanto que la clarividencia publicitaria hace que los bebés de anuncio huelan encantados su ropita recién lavada con un suavizante cuyas propiedades los transportan directamente a un frescor narcótico y celestial.

Observando el vuelo de los pájaros el ser humano ha alimentado una de sus envidias más universales: el deseo de volar. Mitos, ritos y símbolos de las más diversas épocas y culturas así nos lo hacen

saber. Si el Dédalo de la mitología griega es clara muestra de que de los laberintos se sale saltando, Ícaro, hijo de Dédalo, es perfecta alegoría de que volar demasiado lejos de la realidad derrite las mejores alas; si ángeles y arcángeles de la cristiandad volaban a sus anchas entre las tenebrosas telarañas tejidas por la Cruz, la del Ra egipcio era una cabeza con plumaje de halcón, ave en la que preferentemente se metamorfoseaba según la ocasión; si la diosa Astarté fenicia, la Ishtar acadia, asiria y babilonia y la israelita Astarot, entre muchas otras diosas hermanadas, eran consideradas «reinas del cielo y el firmamento», fortachones dioses del Norte europeo fabricaban águilas de acero, como el Ilmarinen finés, o confeccionaban vestidos con plumas para poder volar, como el Wieland germano.

¡Y qué decir de mi adorada Psyché, cuyo significado etimológico es «soplar», imaginada por los griegos como una figura alada que, según Homero, se escapaba de la boca tras el último estertor del difunto con veleidades de mariposa, consagrándose como el doble del finado en el Hades!

También el hecho de volar y evadirse de esta Tierra están apuntados como pareja de hecho desde hace dos milenios -«y ni un solo nuevo Dios», acotaría Heidegger parafraseando a Nietzsche-. ¿O existe en verdad algún touroperador más convincente que nuestro Señor Jesucristo, que predicando con el ejemplo «sucedió que, mientras los bendecía, se separó de ellos y fue llevado al Cielo»?[155] ¿O es posible acaso encontrar en el mercado alguna oferta de destino turístico más abducente que llegar, besar el santo y «sentarse a la diestra de Dios»?[156]

Un poco más temprano, te(le)ológicamente hablando, harto de que Apolo lo señalara con el dedo acusándolo de ladrón y mentiroso, Hermes pidió un día audiencia privada con Zeus, con quien mantuvo el siguiente diálogo:

> -Pareces un diosecillo muy elocuente, ingenioso y persuasivo -dijo Zeus.
>
> -Entonces, padre, hazme tu heraldo -replicó Hermes- y me haré responsable de la seguridad de todas las propiedades divinas. Y nunca diré mentiras aunque no puedo prometer que diga siempre la verdad completa.
>
> -Nunca esperaría eso de ti -dijo Zeus sonriendo-. Pero entre tus deberes estará acordar tratados, promocionar el comercio y mantener la libertad de movimientos de los viajeros en cualquier camino del mundo.[157]

Prefiguradoras del *dream team* nacido, crecido y reproducido en los ochenta por el tándem Nike Air-Michael Jordan, las sandalias aladas que tras enchufarlo en el Olimpo Zeus le regaló al histriónico Hermes les permitieron a sus pies posarse en el suelo y rechazarlo cada vez que le viniera en gana, actitud infantilmente caprichosa abrazada posteriormente por la Humanidad, porque, como bien apunta nuevamente Francesco Cataluccio, «el vuelo guarda una relación directa con la inmadurez, con el rechazo obstinado de las leyes de la realidad».[158] Porque fueron las zapatillas Nike Air el producto histórico revolucionario que dio alas a un vuelo de bajo coste y de extraordinaria rentabilidad: el que elevando a *His Royal Airness* a consagrada superestrella del marketing mundial nos facilitó la clave para despegar el culo del asiento y levantar los pies del suelo, dejándonos por las nubes y cara a cara con un espejo que por fin nos devolvió el reflejo de una imagen propia, volátil y etérea.

*El turista, actor racional con arreglo a fines*

El planeta tiene el corazón en un puño, el mundo es un pañuelo: hoy más que nunca la información hace caso a su raíz etimológica para «dar forma» a un globo terráqueo que, cansado de dar vueltas sobre sí mismo, se ha convertido virtualmente en planisferio. Bosques impenetrables, islas vírgenes, desiertos infranqueables, lechos submarinos insondables: ningún escenario es *incognito* porque, cámara y micrófono en mano, de cada rincón del mapa salta a la vista un enviado especial *honoris causa*, eslabón de una obstinada cadena comunicativa que no cesa de enviar imágenes y sonidos siempre inéditos, con el objetivo de multiplicar el imperioso deseo actual de conocer mundo.

La Organización Mundial de Turismo, que se autopromociona como un «organismo especializado de las Naciones Unidas encargado de la promoción de un turismo responsable, sostenible y accesible para todos», ofrece en las primeras líneas de su informe «Panorama OMT del Turismo Internacional 2016» una especie de código deontológico que es faro de su accionar, partiendo de la afirmación de que «el turismo es clave para el desarrollo, la prosperidad y el bienestar». Tras este eslogan de tintes publicitarios o de campaña electoral, el organismo se apoya -o se escondeen datos estadísticos implacables a la hora de ensalzar como corresponde las virtudes del turismo internacional, entre los cuales cabe mencionar, por ejemplo, que «el turismo se ha caracterizado

por un crecimiento prácticamente ininterrumpido y las llegadas de turistas internacionales han pasado de 25 millones en 1950 a 278 millones en 1980, a 674 millones en 2000 y a 1.186 millones en 2015»; o que, sin ir más lejos, «el turismo internacional representa hoy el 7 % de las exportaciones mundiales de bienes y servicios, y como categoría mundial de exportación, ocupa el tercer puesto, solo por detrás de combustibles y productos químicos»; o que, Dios mediante, «las previsiones preparadas por la OMT en 2016 apuntaron a un crecimiento de entre el 3,5 % y el 4,5 % en llegadas de turistas internacionales, por encima de la previsión a largo plazo del informe "El turismo hacia 2030", que lo sitúa en el crecimiento del 3,3 % anual». Con tan exultantes cifras en la mano y en el bolsillo, ¿cómo no declarar 2017 como «Año Internacional del Turismo Sostenible para el Desarrollo»?

Sin embargo, tal vez el dato sociológico más preocupante para aquellos analistas que ponen el grito en el cielo porque el turismo internacional arrasa como una plaga de langostas faulkneriana las *t-shirt stores* de los clubes de fútbol y las *gift shops* de los museos, amén de que los muy guiris van en chanclas todo el día y tiran las colillas encendidas de los cigarrillos en las aceras, es que en noviembre de 2016 el monstruoso algoritmo matemático Airbnb se convirtió en agencia de viajes de pleno derecho, por lo que, más allá de alojamiento a precios sin competencia legal, Airbnb ofrece también desde entonces vuelos, clases de idiomas y de cocina, guías locales y experiencias privilegiadas junto a pobladores autóctonos del emplazamiento turístico escogido. En el acto de presentación de tan buenas nuevas, el consejero delegado de la compañía, Brian Chesky, aseguró que el objetivo era «conseguir que viajar vuelva a tener magia».

¿Experiencias privilegiadas en el lugar turístico de destino junto a miembros destacados de la población local? Quizás Brian se estuviera refiriendo a un deporte de alto riesgo, cuya práctica crece a muy buen ritmo en todo el planeta -lugares donde practicarlo no han de faltar-: el llamado «Turismo macabro». En febrero de 2011, el diario argentino *Clarín* informaba de que «de la mano de la violencia narco crece en México el "Turismo negro" o "Turismo del morbo"», al que principalmente se apuntaban *springbreakers* estadounidenses ávidos de emociones fuertes, hartos como es lógico de la tontuna del coma etílico causado por beber vodka a través del ojo, o de la candidez de las tetraplejias provocadas por la práctica del *balconing*. Así, por 950 dólares, los turistas visitaban sitios donde pocas horas antes había tenido lugar una masacre, eran

perseguidos por la policía fronteriza reeditando la experiencia cotidiana de los *wetback*, o paseaban por las callejuelas de barrios considerados epicentros del narcotráfico. En diciembre de 2015, el touroperador ruso Megapolis se afanaba por conseguir ante las autoridades de la Rosturizm el permiso que le permitiera comenzar a vender el «Asad Tour», un periplo al corazón de las tinieblas de la guerra en Siria solo apto para viajeros probadamente intrépidos.

¿Qué motivación puede existir en el *puer viator* contemporáneo para realizar este tipo de viajes de turismo extremo? Con la precisión cirujana que caracteriza sus aseveraciones, Joyce Carol Oates la desnuda en *Del boxeo*, vinculando la idea de viajar con alguna zona insustituible del aparato psíquico infantil:

> Si bien es verosímil que hombres y mujeres decadentes necesiten experiencias cada vez más extremas para excitarse, tal vez sea cierto también que el deseo no consiste tan solo en *imitar* sino asimismo, mágicamente, en *ser* brutal, primitivo, instintivo, y por lo tanto inocente. Entonces resulta posible ser una persona para quien la contienda no sea un simple juego de autodestrucción sino la vida misma, y que el mundo no esté en una decadencia espectacular e irrevocable, sino que sea nuevo, fresco, vital, pendularmente aterrador e hilarante, un lugar de prodigios. Es el ser ancestral y perdido lo que se busca, por vanos que sean los medios. Como esos residuos de sueños de la niñez, que año tras año continúan eludiéndonos sin ser nunca abandonados, y mucho menos despreciados.[159]

Cogiéndolo con pinzas para el análisis de laboratorio sociológico, de la multitud con D. O. «Turismo Internacional» desprendemos al turista de carne y hueso como privilegiado tipo ideal weberiano de acción racional con arreglo a fines, representante por excelencia del infantilismo, etapa superior del capitalismo. Plenamente determinado «por expectativas en el comportamiento tanto de objetos del mundo exterior como de otros hombres, y utilizando esas expectativas como "condiciones" o "medios" para el logro de fines propios racionalmente sopesados y perseguidos»,[160] el turista contemporáneo es portador, en efecto, de una conducta festiva y despreocupada, altiva y carente de interés por el entorno histórico-geográfico que visita, ajustándose a los parámetros pueriles de la racionalidad instrumental que rige la época que nos ha tocado vivir.

Paseando por la hiperordenada Ginebra al mismo ritmo en el

andar con que lo hace por la desregulada San Pablo o por la hipoordenada Nueva Delhi, a una velocidad punta que ofende el presuroso andar de trabajadores y desempleados de a pie, el turista contemporáneo es el niño enormemente excitado ante cada una de las cosas que le salen al paso en su periplo, ya que todas sin distinción le parecen más nuevas que novedosas, así como también el turista es el crío intensamente irritado cuando constata que el cuento de hadas que ha ido a buscar a la Disneylandia de turno se ve trastocado por la huelga de metro o el piquete de los recolectores de basura municipales.

Visitante efímero por naturaleza -según datos de la Encuesta de Ocupación Hotelera del INE publicada el 14 de septiembre de 2018, la estancia turística media a nivel nacional es de 3,4 noches por viajero en hoteles, aunque el promedio sube a 5,80 si se trata de apartamentos turísticos-, del mismo modo que el del *homeless* o el del policía municipal, que el del inmigrante sin papeles o el del vendedor ambulante, también el del turista es un oficio, uno de los más representativos de nuestra *sociudad*. Ninguna urbe planetaria puede sentirse colmada en sus aspiraciones de grandeza megalómana si por su superficie abrillantada ex profeso no circulan constantemente mapas, guías del ocio, sombreros de paja, cámaras fotográficas y de vídeo y botellas de agua de 1,5 l empujando turistas.

El plano de la ciudad es, forzosamente, el más importante de los instrumentos de navegación necesarios del *kit* de supervivencia turístico. Si hace no tanto tiempo en el tiempo el pobre Luzhin nabokoviano era capaz de horrorizarse con «un mundo nuevo donde el turista paseaba en su traje blanco con un par de prismáticos colgados de una correa»,[161] hoy el mapa de la ciudad identifica al turista de manera obligada: el tamaño *king size* del desplegable así lo hace saber. Cierto es que resulta sencillo reconocer al turista por su indumentaria y sus accesorios, por un atuendo plagado de diversos abalorios que lo convierten en fantástico objeto de deseo para carteristas, tironeros, descuideros y demás miembros del hampa urbana, pero entre todos ellos hay que convenir que es el plano de la ciudad el que opera como baliza fluorescente, como intransferible carnet de identidad del turista, al que ni siquiera han podido desbancar las rutilantes aplicaciones de GPS actuales. Viajando sin mover un pelo y observándolo todo sin levantarse del sofá del City Tour Bus, saber orientarse gracias al plano de la ciudad es lo que busca el turista, con mayor ahínco si cabe que conseguir fotografiarse dentro de la Fontana di Trevi emulando a

Anita Ekberg en *La dolce vita*, o descubrir que a través de *les traboules* de Lyon se podían trasladar las telas desde lo alto del barrio de la Croix Rousse hasta las confluencias del Ródano y el Saona sin que lluvias ni nieves las empaparan.

Tomando fotografías impolutas como postales de los edificios y monumentos más emblemáticos de las piadosas ciudades de la vieja Europa, bebiendo exquisitas margaritas, caipirinhas o vino tinto en envase de *tetra brik* en las playas de finísima arena y olas gigantescas del litoral sudamericano del Atlántico, radiografiando la miseria tercermundista cual temerarios reporteros de guerra montados sobre escuálidos scooters por las calles, callejones y callejuelas de las ciudades capitales del Sudeste asiático, o sencillamente visionando desde el sofá la programación completa del Canal Viajar TV, el turista contemporáneo transita, así, circuitos sin pérdida, paseando por una ruta convenientemente señalizada encargada de «transformar el frenesí de los viajes en una manera disfrazada de vivir la inmovilidad».[162]

*El automóvil, líder carismático*

Pocos objetos resultan menos inocuos e inocentes que los juguetes: si para Benjamin, estos «no dan testimonio de una vida autónoma, sino que constituyen un diálogo mudo basado en signos entre ellos y su pueblo»,[163] para Barthes, se encargan de «prefigurar *literalmente* el universo de las funciones adultas, preparando al niño para que las acepte, en su totalidad».[164] Ambas conceptualizaciones son unificadas por Christian Ferrer en una propia que las complementa y refuerza, cuando afirma que, además de tender a facetar costumbres, los juguetes son también «guías ideológicas que reproducen “a escala” el formato de los símbolos tecnológicos del progreso: en el Meccano o en el Rasti se oculta un proyecto de sociedad y un método de avance escalafonario para las nuevas generaciones».[165]

Es así como el teléfono móvil, siendo un objeto técnico cuyas funcionalidades lo convierten, en principio, en una herramienta de comunicación para adultos, se ofrece constantemente a niños y niñas *como juguete*. De manera consciente, sobre todo mediante la proyección de imágenes de vídeo, el teléfono móvil hará las veces de chupete que les tape la boca para que dejen de llorar, o de cuchara que se las abra para que empiecen a comer; pero inconscientemente, la dirección que asume el hecho de ofrecerles el teléfono móvil cumpliendo la función de juguete gira en torno a la

reproducción de las condiciones de consumo existentes: la forma y el tamaño del teléfono móvil se adaptan perfectamente a las pequeñas manos de los más pequeños, que de sopetón y de *prepo* entran así al mercado de consumo, desde que (no) tienen uso de razón.

Idénticos razonamientos teóricos nos permiten aseverar que el automóvil es un juguete para adultos, y el reloj la cucarda colgada al cuello de la vaca premiada en la feria de ganado.

Hemos borrado de nuestra memoria lúdica, o de lo que queda de ella, que la función principal del sonajero que hoy les damos a los bebés para que se distraigan o lo muerdan -en cualquier caso, para que dejen de llorarfue concebido desde tiempos ancestrales con el fin de ahuyentar a los malos espíritus, a la par que hemos olvidado también que muchos de los grandes inventos de la historia han sido antes juguetes para niños que ideas revolucionarias traducidas en objetos técnicos. Los populares fenaquistoscopio y zoopraxiscopio, mediante los cuales se recorría rápidamente con la vista una sucesión de imágenes dibujadas en el papel, sentaron las bases teóricas y prácticas del cinematógrafo, mientras que la actividad de compartir el milagro de la comunicación a través de dos latitas atadas al extremo de un piolín podría considerarse el prefigurador del telégrafo y del teléfono.

Alcanza con atender a la importancia que han adquirido, en el diseño y elaboración de inventos industriales de probado espíritu vanguardista, los juguetes e instrumentos lúdicos pensados para no tener utilidad alguna. Al respecto, Lewis Mumford nos contagia su energía intelectual contándonos lo siguiente:

> El primer «empleo» de la máquina de vapor, según lo sugiere Herón, fue crear efectos mágicos para infundir temor al pueblo, mientras aparece como un agente de trabajo ya en el siglo X, cuando Silvestre II la empleó para hacer funcionar el órgano de una iglesia. El helicóptero fue inventado como juguete en 1796, y la linterna mágica fue también en primer lugar un juguete fabricado en 1646 por el jesuita alemán Athanase Kircher. Incluso el deseo de velocidad en el viaje apareció primero bajo la forma de juego antes de ser incorporado al ferrocarril y al automóvil: *la promenade aérienne*, el tren de las ferias, surgió antes que ningún otro servicio útil.[166]

No es de extrañar que las cosas así sucedieran y sigan sucediendo así, cuando giramos la cabeza porque Benjamin nos ha

tocado el hombro con su varita mágica para recordarnos que «el juego, y ninguna otra cosa, es la partera de todo hábito. El hábito entra en la vida como juego; en él, aun en sus formas más rígidas, perdura una pizca de juego hasta el final. Formas irreconocibles, petrificadas, de nuestra primera dicha, de nuestro primer horror: eso son los hábitos».[167]

¿Existe alguna actividad adulta más descaradamente infantil que «el milagro del desplazamiento sin esfuerzo, que supone una especie de dicha irreal, de suspenso de la existencia y de irresponsabilidad»?[168] Los juguetes para niños no son los únicos que despliegan su ideología en el campo de batalla definido por el sistema de consumo de mercancías vigente: los juguetes para adultos también campan a sus anchas sobre la resbaladiza pista de baile, que ha sido encerada con esmero por el capitalismo de cristal.

Metáfora práctica y confiable de sí mismo, a pesar del pequeño rayón en el ego de su carrocería que le propició recientemente el *smartphone*, el automóvil continúa llevando la voz cantante en la producción, circulación y consumo de juguetes para adultos, sin haber perdido un ápice de su liderazgo carismático. A la vez que «profeta, hechicero, árbitro, jefe de cacería y caudillo militar, una personalidad por cuya virtud se la considera en posesión de fuerzas sobrenaturales o sobrehumanas»,[169] desde su nacimiento el coche ha sido el juguete de los ojos del discurso publicitario, que en su ritual de adoración no se ha cansado de formar opinión otorgándole cualidades que ya hubiera querido para sí el superhombre de Nietzsche o el hombre sin atributos de Musil: inteligencia, belleza, atrevimiento, obediencia y agilidad son las distinciones que hoy toman la delantera en las sinuosas carreteras publicitarias.

Golosina embadurnada dulcemente, el automóvil ha generado desde siempre procesos adictivos para los que la farmacología moderna aún no ha encontrado ansiolítico eficaz. En la Buenos Aires de 1940, la lucidez incomparable de Ezequiel Martínez Estrada veía el automóvil como «un objeto de lustre personal, un traje de etiqueta que calibra el bienestar económico del habitante de la ciudad»,[170] mientras que veinte años más tarde Roland Barthes nos ofrecía la bella imagen de un automóvil equiparable a las grandes catedrales góticas, «consumidos por un pueblo entero que se apropia, en él, de un objeto absolutamente mágico»,[171] y una década después, Jean Baudrillard lo definía poéticamente como «el más hermoso de los animales domésticos».[172]

La obsesión por alzarse con la propiedad privada de un juguete

personalizado tuvo su época dorada en los ochenta, cuando alcanzaba con tener un par de zapatillas impolutamente blancas para salir de fiesta y otro par algo más colorido para ir sobrados al cole. De un tiempo a esta parte, la hipotecaria adquisición de un piso familiar ha sido sustituida por la compra de un automóvil, con lo que hemos dado una vuelta de tuerca en el sublimado apego atávico al terruño, que continúa latiendo con fuerza en un rincón de nuestro viejo corazón campesino.

Así como hace siglo y medio era necesario acudir al baqueano a la hora de distinguir al caballo *matungo* del pura sangre, hoy la tarea es apta para todo público: cada escudo de armas está marcado con hierro candente sobre el acerado hocico del coche. Es lógico entonces que la potencia del motor del coche siga midiéndose en caballos de fuerza, y da la impresión de que la afición ecuestre de John Wayne, Martín Fierro o el Cid Campeador ha sido transferida íntegramente al automóvil, que hoy en día representa lo mismo que ayer representaba el caballo: una forma de exhibirse.

En el tremendo atasco de «La autopista del sur», en el que sus protagonistas tienen «la sensación contradictoria del encierro en plena selva de máquinas pensadas para correr»,[173] ¿cabría preguntarse si son el mismo automóvil el Dauphine de la muchacha, el Peugeot 404 del ingeniero, el Citroën 2HP de las monjas, el Caravelle del hombre pálido y el Simca de los dos jovencitos? En un atasco todos somos iguales a los ojos del Señor, pero cuando la realidad vuelve en sí, comprobamos que el automóvil conserva la tradición de ser signo distintivo de quien lo porta y maquillaje efectivo de quien se adorna con él: evidentemente, no es la misma acción social racional con arreglo a valores «determinada por la creencia consciente en el valor ético, estético o religioso propio de una conducta relacionada puramente en méritos de ese valor»[174] (¡Escupamos sobre Weber!) la acción social de conducir un Nissan Micra con 200.000 kilómetros en sus ruedas, por más Super-S 1.3 16v que sea, por las calles de la cruda realidad, que la acción social de maniobrar con un flamante Mercedes Benz AMG-GT-C Roadster All Terrain recién salido del concesionario por las amplias avenidas de la felicidad infantil.

*El reloj, fetiche de alta gama*

En muchos aspectos idéntico al automóvil como objeto fetiche que sirve a quien lo porta de blasón de armas o disfraz ornamental, significándolo distintivamente a los ojos del Otro, el reloj se

diferencia sin embargo de este porque, en palabras que nos saca de la punta de la lengua Martínez Estrada, «el automóvil representa la vida colectiva de la calle y el reloj la vida mecanizada del individuo».[175]

La mecanización del individuo es una de las funciones esenciales del reloj cuando da comienzo su periplo capitalista, y para conseguirlo diríase que el reloj cumple tareas de exigente formación pedagógica, contribuyendo a que la sociedad aprendiera -se sometiera- a pensar y a pensarse mecánicamente. Antes de que esto ocurriera, en un par de pasajes significativos de la *Divina comedia*, a comienzos del siglo XIV, Dante asocia la imagen del reloj a una serie de «sentimientos de éxtasis religioso que resultan eróticos»,[176] mientras que dos siglos más tarde, cuando la vorágine preindustrial buscaba desaforadamente su sitio en el escenario capitalista, Kepler ya confiesa por carta a un amigo su propósito de «demostrar que la máquina celeste no es un ser divino sino algo parecido a un reloj»,[177] sentando las bases de un mecanicismo que Descartes se ocuparía de consolidar y propagar. Ni siquiera la influencia de Sir William Shakespeare, que en *Las alegres comadres de Windsor* quería «ahorcar a todo villano mecánico de manteca salada», o que en *Enrique VI* insultaba a todo «abyecto villano boñigoso y mecánico»,[178] fue capaz de aplacar los ansiosos impulsos de la mecanicista madre que nos parió.

Así, las aplicaciones del reloj se vincularon rápidamente a las funciones de los autómatas, cuyas leyendas fascinaban al conjunto de la Edad Media, asentadas con gran popularidad en los siglos XV y XVI. A las fantásticas historias de autómatas enarboladas por los antiguos griegos, como las de Dédalo y Vulcano, o la de la máquina del mundo movida por el agua de Arquímedes, los impulsores del Renacimiento añadieron crónicas de autómatas no menos populares, como la mujer de tamaño humano diseñada por Alberto Magno y destrozada por Tomás de Aquino, que la consideraba obra del diablo. Mostrando de qué manera era posible conseguir efectos mágicos mediante maquinaria inteligente construida en metal o en madera, «relojes y autómatas pasaron a ser mediadores entre los mundos de la magia y de la racionalidad, cambiando los hábitos mentales de sus espectadores».[179]

¿Una *smartmachine* general de aquella época prefiguradora de los *smartphones* y *smartwatches* particulares de la nuestra?

La función de formación pedagógica que naciera con el reloj capitalista parece haber sido convenientemente resucitada hoy por *aparatosos* ideológicos de la talla de Google, Sony, Motorola,

Samsung o Apple, que inundan el mercado con sus relojes inteligentes o *smartwatches* a lo Dick Tracy, aquel inspector de policía creado en 1931 por Chester Gould para el *Chicago Tribune*. Como si estuviéramos reviviendo o revisitando el Renacimiento, al igual que en aquellos tiempos, el *smartwatch* es promocionado hoy como un objeto mitad mágico y mitad mecánico. Según reza la recomendación publicitaria de una de estas marcas de relojes inteligentes, que es válida para todas, con el *smartwatch* «recibe notificaciones y responde al instante. Controla el ejercicio físico que haces a diario. Empieza un entrenamiento usando solo tu voz. Y no vuelvas a perder tu tarjeta de embarque. Con el *smartwatch* llevas la información importante y las funciones que más usas siempre en la muñeca. Además, música, mapas, llamadas de teléfono y muchas otras aplicaciones que creías imposibles».

En el polo opuesto del *smartwatch* encontramos la pulsera o brazalete telemático, también inteligente, que controla la aproximación del maltratador a la víctima con respecto a la cual se le ha impuesto orden de alejamiento: de las puertas de la cárcel para afuera, todo el arco voltaico de la escala social puede ser representado por una esposa distintiva encadenada a la muñeca.

Desde que tribus primitivas inventaran el reloj despertador bebiendo grandes cantidades de agua antes de acostarse, hasta la larga lista de marcas de *smartwatch* que aún es modelo de clase ociosa y todavía no serie de clase desempleada, la función más solicitada del reloj es la de comportarse como signo distintivo y de prestigio. En perfecta sintonía con el carácter infantil prevalente en el capitalismo de cristal, las diversas aplicaciones del *smartwatch* lo apuntalan como artefacto lúdico de capital importancia, al tiempo que su estética remilgada y su precio elevado refuerzan su función distintiva.

Sin embargo, al igual que sucede con los coches, continúan siendo los relojes llamados de «alta gama» los más destacados en el intercambio simbólico de valores distintivos, en el marco de un fetichismo de la mercancía que «no lleva escrito en la frente *lo que* es, y por el contrario, transforma todo producto del trabajo en un jeroglífico social».[180] Los relojes de lujo o alta gama son sencillos de reconocer: por un lado, porque el objeto-reloj de pulsera es uno de los pocos objetos técnicos que ha visto aumentar su tamaño en el capitalismo de cristal, y por otro lado, porque los llevan engarzados a sus muñecas dos tipos ideales de actores sociales que ejercen notable influencia en el imaginario colectivo: los futbolistas de élite y los imputados (perdón, investigados) en variadas tramas de

corrupción. De este modo, vemos que Koke, futbolista del Atlético de Madrid, fue asaltado a punta de pistola dentro del parking de la madrileña Plaza de Olavide el 6 de abril de 2017, donde le robaron un reloj de la marca Audemars Piguet valuado en 70.000 euros, mientras que en el marco de la Operación Púnica, en la casa del cuñado del principal cabecilla de la trama, el exalcalde de Valdemoro Francisco Granados, la Guardia Civil encontró varios relojes de lujo de las marcas Tiffany, Montblanc y Eberhard.

Con el rigor sociológico que caracteriza a la prensa nacional e internacional, en un artículo del 17 de abril de 2017 el periódico gratuito *Qué*! afirmaba que «los relojes son un complemento decorativo y funcional, que siempre han supuesto un elemento de distinción en cuanto a la moda se refiere. Aunque cada año salen al mercado cientos de modelos nuevos, lo cierto es que hay una serie de marcas que te aseguran hacer una buena compra». Acompañan a estas reflexiones el detalle y el año de fundación de marcas como Patek Philippe & Co, fundada en 1851; Cartier, fundada en 1847; Tissot, fundada en 1853, o Rolex, fundada en 1905.

El inconveniente principal de estos relojes de alta gama es que solo dan la hora, y para eso ya tenemos el teléfono móvil.

*En manos del móvil*

Utensilio indispensable de la cocina social, juguete predilecto del infantilismo, etapa superior del capitalismo, el teléfono móvil de toda la vida primero, y el teléfono móvil inteligente o *smartphone* después, es un dispositivo mecánico pensado para efectuar múltiples funciones en el área de la acción comunicativa, entre las que se destacan principalmente, hoy en día, las siguientes: hacer y recibir llamadas telefónicas; conocer siglo, año, mes, semana, día, hora, minuto y segundo exacto en el que vivimos; acceder a los diversos servicios que brinda una conexión a internet, como navegar por la *World Wide Web* o comunicarse vía e-mail, WhatsApp, Telegram, Signal, Skype, Line o apps de mensajería similares; ver y maquinar el contenido de las redes sociales; entretenerse con aplicaciones de juegos; tomar fotografías y editar vídeos; escuchar música; mirarse al espejo para repasar el rímel o quitarse el resto de comida de los dientes gracias a la función selfie. Al parecer, cuando todas estas tareas se realizan simultáneamente, se nos cataloga de expertos en *multitasking*, una especialidad muy bien valorada por el actual mercado laboral.

¿No sería más ajustado llamarlo «teléfono inmóvil»? El

celebrado *Global Positioning System*, GPS para los amigos, que ya viene incorporado de serie al teléfono móvil, es un sistema de posicionamiento que da cuenta de la localización del dispositivo en tiempo real, fijando el movimiento de las personas que lo portan, convertidas así en aparatos fijos de sus aparatos móviles. Del mismo modo que la espiral de ADN contiene toda nuestra información genética, el sistema de GPS se hace a distancia con el mando de las operaciones móviles del participante de lo social. Y esto así funciona no solo porque, a nivel técnico-político, gracias al sistema satelital la Policía Global es capaz de conocer el punto espacial en que nos hallamos en el instante del crimen o del atentado terrorista, sino porque, a nivel comunicacional, estar conectado siempre es estar siempre *pendiente*: menos localizable que localizado, más fijo que quieto.

Arquetipo del perfecto autómata, el teléfono nace precisamente con el objetivo de constituirse como un dispositivo capaz de imitar la voz del ser humano. Para el desarrollo de sus investigaciones, tanto el oficioso Antonio Meucci, quien casi un siglo y medio después de haber inventado su *telettrofono* fuera galardonado por el Gobierno de Italia con el título póstumo de «Inventore ufficiale» del teléfono, como los oficiales Alexander y Melville Bell, habían tomado buena nota del «Euphonia», una máquina parlante ideada hacia 1845 por Faber, y de un artefacto de características similares ideado en 1778 por Vom Kempelen. Un estudio acertado de la fisiología humana resultaba indispensable para esta camada de inventores, que en sus aparatos pretelefónicos imitaban la lengua y las partes blandas de la garganta fabricándolas en caucho, a la vez que copiaban el diseño del oído para los receptores.

Nuestro irrepetible Hoffmann accede nuevamente a aclarar estos conceptos con su maestría habitual, y así leemos en las páginas de «Los autómatas»:

> La figura no es más que una forma inventada para comunicarse, y no se puede negar que el aspecto y los movimientos del autómata son de lo más apropiado para fijar la atención en lo misterioso que encierra, y sobre todo para poner en tensión al que pregunta conforme a los deseos del que responde (…). Que la solución de este misterio me interesa menos que saber los medios de los que se vale el Turco para penetrar y ver el alma del que pregunta. Da la sensación de que el ser que responde, valiéndose de un medio desconocido, ejerce una influencia psíquica sobre nosotros, y es más, logra establecer una relación espiritual

> que se apodera de todo nuestro espíritu y domina de tal forma nuestra personalidad que, no obstante ser difícil que nuestro secreto se manifieste con claridad, logra provocar una especie de éxtasis, una relación intensa con este extraño principio espiritual que reside en nuestro interior, iluminándolo y haciendo que se manifieste.[181]

O tal vez haya sido Maxwell Smart, el Superagente 86, el verdadero inventor del teléfono móvil gracias a su inimitable Zapatófono; y quizás el temible operario del recontraespionaje haya sido también el primero en ofrecer al mercado la idea de que un objeto podía desplegarse y replegarse cuantas veces se quisiera, multiplicando hasta el infinito sus funciones *maquinitales*.

El teléfono móvil ha pasado a formar parte de nuestro propio cuerpo: olvidarlo al salir de casa es quizás la más ilustrativa de las sensaciones que permiten ejemplificar esta nueva fase asumida en el vínculo que mantenemos con él. Porque lo que ocurre en esos casos es que nos invade la angustiante sensación de haber salido a la calle sin un brazo o una pierna. Ni lerdos ni perezosos, nuestros científicos sociales de cabecera han puesto nombre a este terror a encontrarnos sin el móvil llamándolo «nomofobia», término acuñado tras la investigación llevada a cabo en 2008 por el instituto demoscópico británico YouGov, aunque, todo hay que decirlo, la American Psychiatric Association estadounidense aún no ha incluido esta fobia en su célebre «Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders».

Convertido en un objeto de marcadas raíces eróticas, el teléfono móvil es un juguete sexual que brilla con luz propia en la actual *libido dominandi*, al punto de que podríamos emparentarlo con aquella zona erógena secundaria descrita por Freud en sus *Tres ensayos sobre teoría sexual*, cuando afirma que «el niño no se sirve para la succión de un objeto exterior a él, sino preferentemente de una parte de su propio cuerpo, tanto porque ello le es más cómodo como porque de este modo se hace independiente del mundo exterior, que no le es posible dominar aún, creando una segunda zona erógena, aunque de menos valor».[182]

Tocamientos continuos al hacer búsquedas en internet, sobamientos frecuentes al dibujar la clave para desbloquearlo, manoseos incesantes al aceptar la llamada entrante y al pulsar la saliente, pensamientos masturbatorios persistentes en la espera del mensaje al que poder responder cuanto antes para seguir tocándonos, ideas lujuriosas urgentes en el mensaje escrito una y

otra vez en la cabeza, alucinaciones onanísticas de manual en las llamadas perdidas que no vuelven a sonar: pecando en la acción y en el pensamiento, siempre estamos dispuestos a masturbarnos con el teléfono móvil.

El estuche natural del teléfono móvil es la mano: de la angustia oral a la ansiedad táctil, con la insistencia celosa del neurótico más obsesivo del condado, hemos pasado de llevarnos a la boca un cigarrillo de diez a quince veces por cada uno que fumamos, a desbloquear el teléfono móvil entre ochenta y ciento cincuenta veces al día, según afirma un análisis del portal tecnológico Conéctica del 28 de septiembre de 2016.

Con esa parsimonia digna del artista que ha aprendido a cultivar la paciencia para que los detalles de su obra sean a su vez grandes formulaciones generales, Simmel vuelve a despertar nuestra admiración cuando, en su «Digresión sobre la sociología de los sentidos», cuenta que «antes de que en el siglo XIX surgiesen los ómnibus, ferrocarriles y tranvías, los hombres no se hallaban nunca en la situación de estar mirándose mutuamente, minutos y horas, sin hablar»,[183] idea conceptual que, por cierto, Benjamin subraya en su exquisita semblanza del *flâneur*. El empleo que damos al teléfono móvil en general y a WhatsApp en particular hubiera sacado a Simmel y a Benjamin del sopor sociológico en el que parecían sumirlos estas transformaciones inauditas: gracias a las aplicaciones del *smartphone* volvemos a no mirar a la cara a los demás. O mejor aún, utilizamos estas facultades que nos ofrece el teléfono móvil para evitar dichos *enfrentamientos*.

Por inanición sensorial hay que decretar, pues, la desaparición de esos amplios pantallazos generales de los compañeros del metro con quienes viajamos hacia ninguna parte, paneos con los que intentábamos entender una vida entera con la información brindada por ojeras, arrugas o tatuajes; y por horror a la soledad tenemos que verificar la muerte natural de aquellos tiempos muertos en el transporte, cuando podíamos buscar a Dios «*en una de las letras de una de las páginas de uno de los cuatrocientos mil tomos del Clementinum*».[184]

Comunicarse en todo momento y en cualquier lugar requiere el cien por cien de nuestra energía vital. Las máquinas cuyos mecanismos hacen brotar a la superficie de la conciencia universal las revueltas aguas subterráneas del inconsciente colectivo no descansan jamás. A galope tendido y a todo vapor, organizan y despliegan la serie constantemente actualizada de dispositivos relacionales y situaciones prefiguradoras, de coacciones

macrohistóricas y violencias microcotidianas, proyectándose en pantalla gigante hacia los cuatro puntos cardinales del capitalismo de cristal.

No andés cambiando de cueva, hacé las que hace el ratón:
conservate en el rincón
en que empesó tu esistencia:
vaca que cambia querencia
se atrasa en la parición.

J. HERNÁNDEZ, *La vuelta de Martín Fierro*, XV, 2373

PABLO NACACH,
*Buenos Aires (1969), Barcelona (1996),*
*Madrid (2001), Barcelona (2019)*

# BIBLIOGRAFÍA ESCOGIDA


Bajtin, M. *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento*. Alianza, Madrid, 1990.

Barthes, R. *Mitologías*. Siglo XXI, Buenos Aires, 2003.

Bataille, G. *La parte maldita*. Icaria, Barcelona, 1987.

Baudrillard, J. *El sistema de los objetos*. Siglo XXI, México, 1988.

—*El otro por sí mismo*. Anagrama, Barcelona, 1988.

Benjamin, W. *Discursos interrumpidos I*. Taurus, Madrid, 1989.

—*Angelus Novus*. Edhasa, Barcelona, 1971.

Berger, J. *Modos de ver*. Gustavo Gili, Buenos Aires, 2002.

*Biblia de Jerusalem*. Desclée de Brower, Bilbao, 1975.

Blanchot, M. *Thomas el oscuro*. Pre-Textos, Valencia, 2002.

Buck-Morss, S. *Dialéctica de la mirada*. Visor, Madrid, 1995.

Cataluccio, F. *Inmadurez*. Siruela, Madrid, 2006.

De Certeau, M. *La invención de lo cotidiano*. Universidad Iberoamericana, México, 2000.

Debord, G. *La sociedad del espectáculo*. Pre-Textos, Valencia, 1999.

Debray, R. *Vida y muerte de la imagen*. Paidós, Barcelona, 1998.

Deleuze, G. *Lógica del sentido*. Paidós, Barcelona, 1993.

Descartes, R. *Tratado del hombre*. Nacional, Madrid, 1980.

Draaisma, D. *Las metáforas de la memoria*. Alianza, Madrid, 1998.

Durkheim, É. *La división del trabajo social*. Siglo XXI, Madrid, 2012.

Elias, N. *El proceso de la civilización*. Fondo de Cultura Económica, México, 1993.

Ferrer, C. *Mal de ojo*. Colihue, Buenos Aires, 1996.

Foucault, M. *Las palabras y las cosas*. Siglo XXI, México, 1993.

—*Vigilar y castigar*. Siglo XXI, México, 1989.

Freud, S. *El malestar en la cultura*. Alianza, Madrid, 1979.

—*Psicología de las masas*. Alianza, Madrid, 2003.

—*Obras completas*, vols. XII, XVI, XVII, XVIII, XIX, XXI. Amorrortu, Buenos Aires, 2003.

González, H. *La crisálida*. Colihue, Buenos Aires, 2005.

Gouldner, A. *La dialéctica de la ideología y la tecnología*. Alianza, Madrid, 1978.

Graves, R. *Los mitos griegos*. Alianza, Madrid, 1987.

Heidegger, M. *La pregunta por la técnica*. Folio, Barcelona, 2007.

Hobsbawm, E. *Las revoluciones burguesas*. Guadarrama, Madrid, 1971.

Huizinga, J. *El otoño de la Edad Media*. Alianza, Madrid, 2001.

—*Homo ludens*. Alianza, Madrid, 2008.

Ibáñez, J. *Por una sociología de la vida cotidiana*. Siglo XXI, Madrid, 1994.

Le Breton, D. *El sabor del mundo*. Nueva Visión, Buenos Aires, 2009.

Le Goff, J. *El orden de la memoria*. Paidós, Barcelona, 1991.

Lyotard, F. *Lecturas de infancia*. Eudeba, Buenos Aires, 1997.

Maffesoli, M. *El nomadismo*. Fondo de Cultura Económica, México, 2004.

Marcus, G. *Rastros de carmín*. Anagrama, Barcelona, 1993.

Mayr, O. *Autoridad, libertad y maquinaria automática en la primera modernidad europea*. Acantilado, Barcelona, 2012.

McLuhan, M. *La galaxia Gutenberg*. Planeta, Barcelona, 1985.

Martínez Estrada, E. *La cabeza de Goliat*. Revista de Occidente, Madrid, 1970.

Marx, K. *El Capital*. Siglo XXI, México, 1989.

—*El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*. Anteo, Buenos Aires, 1975.

Merleau-Ponty, M. *Fenomenología de la percepción*. Planeta, Barcelona, 1985.

—*El ojo y el espíritu*. Paidós, Barcelona, 1977.

Mumford, L. *Técnica y civilización*. Alianza, Madrid, 2002.

—*La cultura de las ciudades*. Emecé, Buenos Aires, 1945.

Nacach, P. *Máscaras sociales*. Debate, Barcelona, 2008.

—*Barcelona/Madrid. Sobrevivir a la ciudad*. Península, Barcelona, 2010.

Nietzsche, F. *Así habló Zaratustra*. Alianza, Madrid, 1990.

—*La genealogía de la moral*. Alianza, Madrid, 1990.

—*El crepúsculo de los ídolos*. Alianza, Madrid, 1992.

—*Ecce homo*. Alianza, Madrid, 1992.

—*Obras completas*, vol. III. Tecnos, Madrid, 2014.

Oates, J. C. *Del boxeo*. Tusquets, Barcelona, 1990.

Osten, M. *La memoria robada*. Siruela, Madrid, 2008.

Perriault, J. *Las máquinas de comunicar y su utilización lógica*.

Gedisa, Barcelona, 1991.

Pinker, S. *La tabla rasa*. Paidós, Barcelona, 2004.

Ricœur, P. *La memoria, la historia, el olvido*. Trotta, Madrid, 2003.

Rousseau, J.-J. *El contrato social y Sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*. Alianza, Madrid, 1989.

Rozitchner, L. *Freud y el problema del poder*. Folios, México, 1982.

Rudé, G. *La multitud en la historia*. Siglo XXI, Buenos Aires, 1971.

Serres, M. *El contrato natural*. Pre-Textos, Valencia, 2004.

Simmel, G. *El individuo y la libertad*. Península, Barcelona, 1986.

—*Sociología*. Revista de Occidente, Madrid, 1977.

Simondon, G. *El modo de existencia de los objetos técnicos*. Prometeo, Buenos Aires, 2008.

Sombart, W. *Lujo y capitalismo*. Revista de Occidente, Madrid, 1965.

Sontag, S. *Sobre la fotografía*. DeBolsillo, Barcelona, 2015.

Spinoza, B. de. *Ética*. Alianza, Madrid, 1993.

Steiner, G. *Presencias reales*. Destino, Barcelona, 1991.

Thoreau, H. *Walden*. Los Libros de la Frontera, Barcelona, 2004.

Veblen, T. *Teoría de la clase ociosa*. Alianza, Madrid, 2004.

Verdú, V. *El estilo del mundo*. Anagrama, Barcelona, 2003.

Virilio, P. *El cibermundo, la política de lo peor*. Cátedra, Madrid, 1997.

Virno, P. *Gramática de la multitud*. Colihue, Buenos Aires, 2003.

Weber, M. *Economía y sociedad*. Fondo de Cultura Económica, México, 1989.

—*La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Península, Barcelona, 1973.

Weil, S. *La gravedad y la gracia*. Trotta, Madrid, 1994.

—*Raíces del existir*. Sudamericana, Buenos Aires, 1954.

Weinrich, H. *Leteo*. Siruela, Madrid, 1999.

Wigoder, G. (ed.) *Nuevo diccionario de la Biblia*. Muchnik, Madrid, 2001.

Yates, F. *El arte de la memoria*. Siruela, Madrid, 2011.

# NOTAS

1 Freud, S. *El malestar en la cultura*. Alianza, Madrid, 1979. Pág. 35.

2 Baudrillard, J. *La transparencia del mal*. Anagrama, Barcelona, 1991. Pág. 127.

3 *Ibidem*.

4 Bajtín, M. *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento*. Alianza, Madrid, 1990. Pág. 135.

5 Ibáñez, J. «El salón: una exposición permanente», en *Por una sociología de la vida cotidiana*. Siglo XXI, Madrid, 1994. Pág. 19.

6 Hoffmann, E. T. A. «Los autómatas», en *Cuentos*, vol. 1. Alianza, Madrid, 1985. Pág. 200.

7 Debord, G. *La sociedad del espectáculo*. Pre-Textos, Valencia, 1999. Aforismo 18, pág. 43. Las cursivas son de Debord.

8 Freud, S. *El malestar en la cultura. Op. cit*. Nota al pie 15, pág. 233. Añadamos que en muchas culturas ancestrales la menstruación femenina coloca a la mujer olfativamente en desventaja con respecto al hombre ya que, por ejemplo, se cree que su olor atrae a serpientes y otros animales venenosos, o se equipara al olor de animales sucios y promiscuos como los pecaríes del Amazonas. En culturas modernísimas tampoco parece que esta desventaja haya sido superada, al menos para el discurso publicitario, que no se cansa de promocionar compresas preguntándose a qué huelen las nubes.

9 Cortázar, J. *Historias de cronopios y de famas*. Minotauro, Buenos Aires, 1962. Pág. 123.

10 Borges, J. L. «Funes el memorioso», en *Obras completas*, vol. 1. Emecé, Buenos Aires, 1989. Pág. 486. Siempre he creído que este personaje de Borges tiene su origen en la *Segunda consideración intempestiva* de Nietzsche, que nos pone en la situación de imaginar «el caso extremo de un hombre que no posee ni la más mínima fuerza de olvidar y está condenado a percibir en todas partes un devenir» (Nietzsche, F. *Segunda consideración intempestiva*, en

Llinares, J. [ed]. *Nietzsche*. Península, Barcelona, 1988. Pág. 58).

[11] Citado por Nietzsche, F. *Segunda consideración intempestiva*, en Llinares, J. (ed). *Nietzsche. Op. cit*. Págs. 72-74.

[12] Draaisma, D. *Las metáforas de la memoria*. Alianza, Madrid, 1998. Pág. 23.

[13] Marx, K. «Maquinaria y gran industria», en *El Capital*, tomo I, vol. 2. Siglo XXI, México, 1989. Pág. 515.

[14] Freud, S. «Notas sobre la "pizarra mágica"», en *Obras completas*, vol. XIX. Amorrortu, Buenos Aires, 2003. Pág. 246. Las cursivas son de Freud. Si es la red protectora desarrollada por el sistema Preconsciente, si es el propio Inconsciente (el célebre Icc) trabajando a pleno rendimiento, o es directamente el Yo consciente (el célebre Cc) el que «extiende las antenas al encuentro del mundo exterior», supone una cuestión aún a resolver por un servidor -y en ocasiones parece que a resolver también por Freud.

[15] Freud, S. *El malestar en la cultura. Op. cit*. Pág. 12.

[16] Draaisma, D. *Las metáforas de la memoria. Op. cit*. Pág. 199.

[17] Schopenhauer, A. *El mundo como voluntad y representación*. El Ateneo, Buenos Aires, 1950. Pág. 164.

[18] Freud, S. *El malestar en la cultura. Op. cit*. Pág. 13.

[19] *Ibidem*. Págs. 13-14.

[20] Loti, P. *Jerusalem*. Cervantes, Barcelona, 1938. Pág. 23.

[21] Rilke, R. M. *Los apuntes de Malte Laurids Brigge*. Alba, Barcelona, 2016. Págs. 67-68.

[22] En Mateo 2:11 encontramos la siguiente descripción: «Herodes llamó entonces a los magos (…) que entraron en la casa; vieron al niño con María, su madre, y, postrándose, le adoraron; abrieron luego sus cofres y le ofrecieron dones de oro, incienso y mirra.»

[23] Hawthorne, N. «El artista de lo bello», en *Wakefield y otros relatos*. Montesinos, Barcelona, 2004. Págs. 110-111.

[24] Platón. *Teeteto. Diálogos*. Vol. V. Biblioteca Clásica Gredos, Madrid, 1988. Pág. 56.

[25] Hoffmann, E. T. A. «Los autómatas». *Op. cit*. Pág. 192.

[26] Freud, S. «Notas sobre la "pizarra mágica"». *Op. cit*. Pág. 246.

[27] *Ibidem*.

[28] Se podrá aducir en contra de nuestras hipótesis que el mecanismo que en líneas generales encarna el ordenador personal es incapaz de memorizar, y que tan solo funciona almacenando datos. No obstante, a través de la combinación de hardware y software, conceptos informáticos que los especialistas identifican, respectivamente, con niveles de almacenamiento y procesamiento de datos físicos y psíquicos, el ordenador personal parece haber

conseguido destrabar disquisiciones filosóficas tan ancestrales como la división judeo-cristiana entre cuerpo y alma, la separación kantiana entre fenómeno y noúmeno, o la escisión cartesiana entre cuerpo y mente.

29 La cita es de D. C. Denett en su libro *Brainstorms*, mencionado por Draaisma, D. *Las metáforas de la memoria. Op. cit*. Pág. 194.

30 La cita es de D. C. Denett en su libro *Brainstorms*, mencionado por Draaisma, D. *Las metáforas de la memoria. Op. cit*. Pág. 193.

31 Arlt, R. «Las fieras», en *Narrativa corta completa I*, Universidad de La Laguna, Santa Cruz de Tenerife, 1995.

32 Draaisma, D. *Las metáforas de la memoria. Op. cit*. Pág. 200.

33 Benjamin, W. «Tesis 1», en «Tesis de filosofía de la historia», en *Discursos interrumpidos I*. Taurus, Madrid, 1989. Pág. 177.

34 Citado por Le Goff, J. *El orden de la memoria*. Paidós, Barcelona, 1991. Pág. 145.

35 Graves, R. *Los mitos griegos*, vol 1. Alianza, Madrid, 1987. Pág. 158.

36 Weinrich, H. *Leteo*. Siruela, Madrid, 1999. Pág. 21.

37 Le Goff, J. *El orden de la mamoria. Op. cit*. Las cursivas son de Le Goff.

38 Nietzsche, F. *La genealogía de la moral*. Alianza, Madrid, 1990. Pág. 76.

39 Nietzsche, F. *Segunda consideración intempestiva*, en Llinares, J. (ed). *Nietzsche. Op. cit*. Pág. 57.

40 Borges, J. L. «El milagro secreto», en *Obras completas*, vol. 1. *Op. cit*. Págs. 508-513.

41 Borges, J. L. «Funes el memorioso», en *Obras completas*, vol. 1. *Op. cit*. Págs. 485-490.

42 Nabokov, V. *La defensa*. Anagrama, Barcelona, 1990. Pág. 29.

43 Descartes afirma en su *Dióptrica* que «toda la conducta de nuestra vida depende de nuestros sentidos, entre los cuales el de la vista es el más universal y el más noble»; Kant en su *Antropología*, que «el sentido de la vista es seguramente el más noble porque es el que más se aleja del tacto, que constituye la condición más limitada de las percepciones», y Hegel en su *Estética*, que «la vista y el oído son los sentidos aptos para juzgar una obra de arte».

44 Hoffmann, E. T. A. «El hombre de la arena», en *Lo siniestro. El hombre de la arena*. López Crespo Editor, Buenos Aires, 1976. Pág. 80.

45 Debray, R. *Vida y muerte de la imagen*. Paidós, Barcelona, 1998. Pág. 245.

46 Mumford, L. *Técnica y civilización*. Alianza, Madrid, 2002. Pág.

336.

47 *Ibidem*. Pág. 337.

48 *Ibidem*. Pág. 37.

49 Foucault, M. «Las meninas», en *Las palabaras sin las cosas*. Siglo XXI. México, 1993. Pág. 17.

50 Debray, R. *Vida y muerte de la imagen. Op. cit*. Pág. 21. Agrega Debray que, según observa Jean-Pierre Vernant, la palabra «imagen» tiene tres acepciones concomitantes: imagen del sueño (*onar*), aparición suscitada por un dios (*phasma*) y fantasma de un difunto (*psyché*).

51 Citados por Le Breton, D. *El sabor del mundo*. Nueva Visión, Buenos Aires, 2009. Pág. 60.

52 Le Breton, D. *El sabor del mundo. Op. cit*. Pág. 54.

53 *Ibidem*.

54 Nacach, P. *Barcelona/Madrid. Sobrevivir a la ciudad*. Península, Barcelona, 2010. Pág. 153.

55 Nietzsche, F. *El crepúsculo de los ídolos*. Alianza, Madrid, 192. Pág. 83. Las cursivas son de Nietzsche.

56 Freud, S. «La metamorfosis de la pubertad», en *Tres ensayos de teoría sexual*. Alianza, Madrid, 2006. Pág. 81.

57 Citados por Le Breton, D. *El sabor del mundo. Op. cit*. Pág. 55.

58 Ferrer, C. *Mal de ojo*. Colihue, Buenos Aires, 1996. Pág. 96.

59 Debray, R. *Vida y muerte de la imagen. Op. cit*. Pág. 73.

60 Blanchot, M. *Thomas el oscuro*. Pre-Textos, Valencia, 2002. Pág. 15.

61 Ambas citas en Benjamin, W. «La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica», en *Discursos interrumpidos I. Op. cit*. Pág. 31.

62 Baudrillard, J. *El sistema de los objetos*. Siglo XXI, México, 1988. Pág. 22.

63 Bourdieu, P. *La distinción*. Taurus, Madrid, 2012. Pág. 167.

64 Benjamin, W. «La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica», en *Discursos interrumpidos I. Op. cit*. Pág. 20.

65 Kohan, M. *Segundos afuera*. Mondadori, Barcelona, 2006. Pág. 39.

66 La cita completa de Walter Benjamin se encuentra en *Paris, capitale du XIXe siècle* y dice así: «Cada época no solo sueña la siguiente, sino que soñadoramente apremia su despertar. Lleva en sí misma su final y lo despliega -según Hegel- con argucia.» El texto de Jules Michelet se titula «¡Futuro! ¡Futuro!», y apareció en la revista *Europe* en 1929.

[67] Nacach, P. *Máscaras sociales*. Debate, Barcelona, 2008. Pág. 50.

[68] *Ibidem*. Pág. 36.

[69] *Ibidem*. Pág. 37.

[70] Baudrillard, J. *El sistema de los objetos*. Siglo XXI, México, 1988. Pág. 44.

[71] Mumford, L. *Técnica y civilización*. Alianza, Madrid, 2002. Pág. 143.

[72] *Ibidem*. Pág. 146.

[73] Le Breton, D. *El sabor del mundo*. Nueva visión, Buenos Aires, 2009. Pág. 35.

[74] Benjamin, W. «La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica», en *Discursos interrumpidos I*. Taurus, Madrid, 1989. Pág. 43.

[75] Sorkin, M. «Nos vemos en Disneylandia», en Sorkin, M. (ed.). *Variaciones sobre un parque temático*. Gustavo Gilli, Barcelona, 2004. Pág. 235.

[76] *Ibidem*. Pág. 249.

[77] El término «Carcépolis» está definido en la página 84 de *Barcelona-Madrid. Sobrevivir a la ciudad* (Península, Barcelona, 2010): «sarcófago abierto pero aún no tumba sellada, al tiempo es la ciudad manicomio hacinado, prisión superpoblada, órgano de supraexplotación de clase, cementerio de todos: a la Necrópolis tautológica de Mumford precede nuestra sofocante Carcépolis».

[78] Benjamin, W. *Poesía y capitalismo*. Taurus, Madrid, 1998. Pág. 173.

[79] Mumford, L. *Técnica y civilización. Op. cit*. Pág. 143.

[80] Baudrillard, J. *El sistema de los objetos. Op. cit*. Pág. 21.

[81] *Ibidem*.

[82] Cortázar, J. «Axolotl», en *Final del juego*. Sudamericana, Buenos Aires, 1965. Pág. 164.

[83] El *Poena detentori* era un lucro derivado del retraso en la devolución del préstamo, el *damnum emergens* suponía una indenmización al prestamista por las pérdidas que le hubiera causado el préstamo, mientras que el *lucrum cessans* era la indemnización al prestamista en consideración a las oportunidades que había perdido por haber concedido el préstamo. El *Asset Backed Securities* (ABS) es un bono de titulización de activos que cuenta con el respaldo de un activo, ya sea inmobiliario, financiero o material, el *Collateralized Debt Obligations* (CDO) es una obligación garantizada por deuda que se invierte habitualmente en bonos corporativos, mientras que el *Swap* es un contrato por el cual dos

partes se comprometen a intercambiar una serie de cantidades de dinero en fechas futuras, asociados a la tasa de interés *Interest Rate Swap*.

84 Actualizando esta noticia vemos que, según su informe de septiembre de 2017, el Banco de España cuantifica las aportaciones públicas a través del Fondo Estatal de Reestructuración Ordenada Bancaria (FROB) en 54.353 millones de euros. De ellos, solo considera recuperados 4.477 millones, lo que representa un 8,2 %, y calcula que el Estado podrá recobrar otros 9.798 millones cuando venda las participaciones en la nueva Bankia. En total, recurriendo a los titulares de la prensa, puede decirse que «El Banco de España da por perdido el 75 % del rescate bancario».

85 Nacach, P. *Máscaras sociales. Op. cit*. Pág. 100.

86 El término *sociudad* lo he acuñado en *Barcelona-Madrid. Sobrevivir a la ciudad* (Península, Barcelona, 2010) y hace referencia a la imposibilidad de pensar ya la sociedad sin la ciudad, por lo que se unifican en este concepto único.

87 Simmel, G. «El secreto y la sociedad secreta», en *Sociología*, vol. 1. Revista de Occidente, Madrid, 1977. Pág. 363.

88 Para un análisis del discurso publicitario, puede revisitarse mi libro *Las palabras sin las cosas*. Lengua de Trapo, Madrid, 2003.

89 Baudrillard, J. *El sistema de los objetos. Op. cit*. Pág. 44.

90 En la entrada al término «Inmune» de su *Breve Diccionario Etimológico de la Lengua Castellana*, Joan Corominas sugiere que está tomado del latín *immūnis, «*exento de servicio», «libre de cualquier cosa», y que hacia 1597 el término derivó en «exento de ciertas cargas y males», consideraciones gracias a las cuales elaboramos nuestra hipótesis de que inmunidad e impunidad son términos «cómplices».

91 Marx, K. «La llamada acumulación originaria», en *El Capital*, tomo I, vol. 3. Siglo XXI, México, 1989. Pág. 950.

92 Marx, K. «Proceso de trabajo y proceso de valorización», en *El capital*, tomo I, vol. 1. *Op. cit*. Nota 17, pág. 238. La cita dice así: «Al trabajador se lo distingue aquí, según la certera expresión de los antiguos, solo como *instrumentum vocale*, del animal como *instrumentum semivocale* y de la herramienta inanimada como *instrumentum mutum*.»

93 Mumford, L. *Técnica y civilización*. Alianza, Madrid, 2002. Pág. 187.

94 Dickens, C. *Tiempos difíciles*. Cátedra, Madrid, 1992. Pág. 110.

95 Mumford, L. *Técnica y civilización. Op. cit*. Pág. 188.

96 Marx, K. «Maquinaria y gran industria», en *El Capital*, tomo I,

vol. 2. *Op. cit*. Pág. 439.

97 Veblen, T. *Teoría de la clase ociosa*. Alianza, Madrid, 2014. Págs. 15-16.

98 Sombart, W. *Lujo y capitalismo*. Revista de Occidente, Madrid, 1965. Pág. 100.

99 Alighieri, D. «Infierno», en *Divina Comedia*. Cátedra, Madrid, 2012. Canto XVI, pág. 179.

100 Virgilio. *Eneida*. Alianza, Madrid, 1998. Parte VI, Pág. 123.

101 Alighieri, D. «Infierno», en *Divina Comedia*. Alianza, Madrid, 2000. Canto VIII, pág. 129.

102 Marx, K. «Maquinaria y gran industria», en *El Capital*, tomo I, vol. 2. *Op. cit*. Pág. 459.

103 Melville, H. «El campanario», en *Cuentos completos*. Alba, Barcelona, 2006. Pág. 226.

104 Kohan, M. *Segundos afuera*. Mondadori, Barcelona, 2006. Pág. 108.

105 Cortázar, J. «La noche boca arriba», en *Final del juego*. Sudamericana, Buenos Aires, 1965. Pág. 175.

106 *Ibidem*. Pág. 178.

107 Simmel, G. «Las grandes urbes y la vida del espíritu», en *El individuo y la libertad*. Península, Barcelona, 1986. Pág. 247.

108 Thoreau, H. *Walden o la vida en los bosques*. Los Libros de la Frontera, Barcelona, 2004. Pág. 107.

109 *Ibidem*. Pág. 114.

110 *Ibidem*. Pág. 117.

111 Huizinga, J. *El otoño de la Edad Media*. Alianza, Madrid, 2001. Pág. 14.

112 Le Breton, D. *El sabor del mundo*. Nueva Visión, Buenos Aires, 2009. Pág. 120.

113 Rilke, R. M. *Los apuntes de Malte Laurids Brigge*. Alba, Barcelona, 2016. Pág. 35.

114 Marx, K. «Maquinaria y gran industria», en *El Capital*, tomo I, vol. 2. *Op. cit*. Nota 99, pág. 459.

115 Heidegger, M. *La pregunta por la técnica*. Folios, Barcelona, 2007. Pág 6.

116 Marx, K. «Maquinaria y gran industria», en *El Capital*, tomo I, vol. 2. *Op. cit*. Nota 99, pág. 459.

117 Baudrillard, J. *El sistema de los objetos*. Siglo XXI, México, 1988. Pág. 31.

118 Mumford, L. *Técnica y civilización. Op. cit*. Pág. 251.

119 *Ibidem*. Pág. 259.

120 Marx, K. «Maquinaria y gran industria», en *El Capital*, tomo I,

vol. 2. Siglo XXI, México, 1989. Nota 216 bis, pág. 538.

121 Carroll, L. *Alicia en el País de las Maravillas*. Cátedra, Madrid, 1997. Pág. 227.

122 Ferrer, C. *Mal de ojo*. Colihue, Buenos Aires, 1996. Pág. 49.

123 *Ibidem*.

124 Steiner, G. *Presencias reales*. Destino, Barcelona, 1991. Pág. 13. Nietzsche también tiene un precioso pasaje sobre este tema que dice así: «¿Qué es entonces la verdad? Una hueste en movimiento de metáforas, metonimias, antropomorfismos, en resumidas cuentas, una suma de relaciones humanas que han sido realzadas, extrapoladas y adornadas poética y retóricamente y que, después de un prolongado uso, un pueblo considera firmes, canónicas y vinculantes; las verdades son ilusiones de las que se ha olvidado que lo son; metáforas que se han vuelto gastadas y sin fuerza sensible, monedas que han perdido su troquelado y no son ahora ya consideradas como monedas sino como metal.» *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*. Tecnos, Madrid, 2003. Pág. 25.

125 Benjamin, W. «Tesis 11», en «Tesis de filosofía de la historia», en *Discursos interrumpidos I*. Taurus, Madrid, 1989. Pág. 185.

126 Weil, S. *Escritos de Londres y últimas cartas*. Trotta, Madrid, 2000. Pág. 179.

127 Nietzsche, F. *Ecce homo*. Alianza, Madrid, 1992. Pág. 32.

128 Marx, K. *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*. Anteo, Buenos Aires, 1975. Pág. 15.

129 Baudrillard, J. *El otro por sí mismo*. Anagrama, Barcelona, 1988. Pág. 33.

130 Benjamin, W. «El flâneur», en *Poesía y capitalismo*. Taurus, Madrid, 1998. Pág. 53.

131 Foucault, M. *Nietzsche, la genealogía, la historia*. Pre-Textos, Valencia, 1988. Pág. 40.

132 Borges, J. L. «El Aleph», en *Obras completas*, vol. 1. Emecé, Buenos Aires, 1989. Pág. 625.

133 Popeye nace en 1929 en un cómic publicado por *The New York Evening Journal*, que suponemos intentaría fortalecer el físico de los trabajadores frente a la Gran Depresión, tal vez encarnada por Bluto. No es baladí que se tratara de un marinero, ya que poco faltaba para que la US Army comenzara su célebre campaña del «I Want You». Astérix, en cambio, nace en 1959, quién sabe si como respuesta -tardía- a la invasión nazi de Francia.

134 Benjamin, W. «Tesis 13», en «Tesis de filosofía de la historia», en *Discursos interrumpidos I. Op. cit.* Pág. 187.

135 Ferrer, Ch. *Mal de ojo. Op. cit.* Pág. 109.

136 Simmel, G. «El secreto y la sociedad secreta», en *Sociología*, vol. 1. Revista de Occidente, Madrid, 1977. Pág. 378.

137 Baudrillard, J. *El sistema de los objetos*. Siglo XXI, México, 1988. Págs. 29-30.

138 Mateo 18:1-3.

139 Simmel, G. «El secreto y la sociedad secreta», en *Sociología*, vol. 1. *Op. cit*. Pág. 365.

140 Cataluccio, F. *Inmadurez*. Siruela, Madrid, 2006. Pág. 54.

141 Lacan, J. *La familia*. Argonauta, Buenos Aires, 1978. Pág. 43.

142 «Piantado» significa «enajenado» o «loco» en lunfardo, literalmente sería «el que se pianta, el que se va», y por eso no vive en la realidad de este mundo.

143 Nacach, P. *Máscaras sociales*. Debate, Barcelona, 2008. Pág. 74.

144 Freud, S. *Más allá del principio del placer*. Alianza, Madrid, 1979. Pág. 102.

145 *Ibidem*. Pág. 115.

146 *Ibidem*. Pág. 94.

147 Llinares, J. (ed). «De la utilidad y los inconvenientes de la historia para la vida», en *Nietzsche*. Península, Barcelona, 1988. Pág. 57.

148 Debord, G. *La sociedad del espectáculo*. Pre-Textos, Valencia, 1999. Pág. 49.

149 Marx, K. *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*. Anteo, Buenos Aires, 1975. Pág. 25.

150 Sombart, W. *Lujo y capitalismo*. Revista de Occidente, Madrid, 1965. Pág. 45.

151 Rudé, G. *La multitud en la historia*. Siglo XXI, Buenos Aires, 1971. Pág. 201.

152 Benjamin, W. *Poesía y capitalismo*. Taurus, Madrid, 1998. Pág. 71.

153 Poe, E. A. «El hombre de la multitud», en *Cuentos*, vol. 1. Alianza, Madrid, 1994. Pág. 256.

154 Barrie, J. M. *Peter Pan*. Alianza, Madrid, 2000. Pág. 35.

155 Lucas 24:51.

156 Marcos 16:19.

157 Graves, R. *Los mitos griegos I*. Alianza, Madrid, 1987. Pág. 82.

158 Cataluccio, F. *Inmadurez. Op. cit*. Pág. 91.

159 Oates, J. C. *Del boxeo*. Tusquets, Barcelona, 1990. Pág. 59.

160 Weber, M. *Economía y sociedad*. Fondo de Cultura Económica, México, 1989. Pág. 20.

161 Nabokov, V. *La defensa*. Anagrama, Barcelona, 1990. Pág.

162.

[162] Maffesoli, M. *El nomadismo*. Fondo de Cultura Económica, México, 2004. Pág. 99.

[163] Benjamin, W. *Juguetes*. Casimiro, Madrid, 2015. Pág. 23.

[164] Barthes, R. *Mitologías*. Siglo XXI, Buenos Aires, 2003. Pág. 60.

[165] Ferrer, C. *Mal de ojo*. Colihue, Buenos Aires, 1996. Pág. 75.

[166] Mumford, L. *Técnica y civlización*. Alianza, Madrid, 2002. Págs. 120-121.

[167] Benjamin, W. *Juguetes. Op. cit*. Págs. 31-32.

[168] Baudrillard, J. *El sistema de los objetos. Op. cit*. Pág. 76.

[169] Weber, M. *Economía y sociedad. Op. cit*. Pág. 193.

[170] Martínez Estrada, E. *La cabeza de Goliat*. Emecé, Buenos Aires, 1947. Pág. 33.

[171] Barthes, R. *Mitologías. Op. cit*. Pág. 155.

[172] Baudrillard, J. *El sistema de los objetos. Op. cit*. Pág. 101.

[173] Cortázar, J. «La Autopista del Sur», en *Todos los fuegos el fuego*. Sudamericana, Buenos Aires, 1987. Pág. 10.

[174] Weber, M. *Economía y sociedad. Op. cit*. Pág. 20.

[175] Martínez Estrada, E. *La cabeza de Goliat. Op. cit*. Pág. 35.

[176] Mayr, O. *Autoridad, libertad y maquinaria automática en la primera modernidad europea*. Acantilado, Barcelona, 2012. Pág. 48.

[177] Kepler, J., «Carta a Herwart von Hohenburg», Praga, 10 de febrero de 1605. Citado por O. Mayr, en *Autoridad, libertad y maquinaria automática en la primera modernidad europea. Op. cit*. Pág. 97.

[178] Mayr, O. *Autoridad, libertad y maquinaria automática en la primera modernidad europea. Op. cit*. Nota 9, pág. 344.

[179] *Ibidem*. Pág. 42.

[180] Marx, K. «El carácter fetichista de la mercancía y su secreto», en *El Capital*, tomo I, vol. 1. Siglo XXI, México, 1989. Pág. 91.

[181] Hoffmann, E. T. A. «Los autómatas», en *Cuentos*, vol. 1. Alianza, Madrid, 1985. Pág. 188.

[182] Freud, S. *Tres ensayos sobre teoría sexual*. Alianza, Madrid, 1972. Pág. 52.

[183] Simmel, G. «El espacio y la sociedad», en *Sociología*, vol. 2. *Op. cit*. Pág. 681.

[184] Borges, J. L. «El milagro secreto», en *Obras completas*, vol. 1. Emecé, Buenos Aires, 1989. Pág. 501. Las cursivas son de Borges.